

cartas andaluzas

HIRTIO VERNIER

AKRÓN

2008

© Hirtio Vernier, 2008

© Editorial Akrón, S.L.U., 2008

Apartado de Correos N° 134
24700 Astorga, León
(España)
www.editorialakron.es
info@editorialakron.es

Primera edición: Marzo 2008

ISBN 978-84-936011-9-5

Depósito Legal:

Impresión y encuadernación: Gráficas Varona S.A.

Impreso en España

Diseño de la cubierta:

Departamento de Diseño de Editorial Akrón

Ilustración de la cubierta:

Fuensanta, de Julio Romero de Torres

Queda prohibida la reproducción parcial o total de la presente obra sin permiso previo escrito del editor. Todos los derechos reservados.

cartas andaluzas

HIRTIO VERNIER

*A mi compañera,
porque los dos coincidimos
hasta en lo dicho aquí.*

HIRTIO VERNIER

ÍNDICE

PREFACIO ACLARATORIO	9
Carta 1	17
Carta 2	23
Carta 3	27
Carta 4	35
Carta 5	43
Carta 6	47
Carta 7	51
Carta 8	55
Carta 9	57
Carta 10	61
Carta 11	67
Carta 12	71
Carta 13	75
Carta 14	81
Carta 15	85
Carta 16	87
Carta 17	91
Carta 18	97
Carta 19	107
Carta 20	117
Carta 21	121
Carta 22	125
Carta 23	131
Carta 24	137
Carta 25	141
Carta 26	145
Carta 27	151
Carta 28	157
Carta 29	163
Carta 30	173
Carta 31	175
Carta 32	183
Carta 33	187
Carta 34	195
Carta 35	201
EPÍLOGO NO MENOS ACLARATORIO	205

PREFACIO ACLARATORIO

Durante el verano del año 2005 decidí recluirme en un pequeño pueblo de Andalucía para aislarme. Tenía el proyecto de redactar un libro sobre las mutuas influencias de la música y la poesía en la época isabelina. Era el motivo académico por el que me concedieron un año sabático en la Universidad de Oxford, donde trabajo como profesor de Literatura Inglesa. Pero también me apetecía retornar durante un tiempo a mi antigua patria y pasar allí una temporada más larga de lo habitual en mí.

Después de investigar decidí asentarme en un pueblo llamado Almenar del Monte, provincia de Córdoba. Es una zona donde se concentran un buen número de británicos que han huido de la costa y de su ambiente abigarrado para buscar la paz de los campos. Esos compatriotas míos, James y Nancy, habían tomado la misma decisión que una pareja de amigos muy cercanos. Querían comprar una casita pequeña y acogedora, barata y soleada, por supuesto con un espacioso patio, donde pasar algunas temporadas. Enterados de mis intenciones me encomendaron que rastrease el mercado inmobiliario del entorno, siempre y cuando no interfiriera en mi trabajo. El pueblo, a pesar de estar en Andalucía, cuenta con unos paisajes preciosos y con abundancia de agua, lo que le presta una apariencia lejana de la

imagen tónica de los campos resecos. Tiene enormes plantaciones de olivos, pero la zona de mayor desarrollo inmobiliario presenta ese aspecto fresco y vivo de los parajes llenos de árboles y vegetación.

Al poco de llegar empecé a cumplir mis planes y les enviaba regularmente correos electrónicos en los que daba cuenta de mis pesquisas. Muy pronto me percaté de que aquellos mensajes presentaban el aspecto de una descripción casi costumbrista de lo que iba experimentando. De este modo, lo que en intenciones no era sino una relación escueta de mis andanzas inmobiliarias, se convirtió enseguida en un conjunto de cartas donde contaba lo que iba observando durante mi estancia en el pueblo. Ya durante su redacción me di cuenta de su posible valor documental. Una vez de regreso en Oxford volví a releerlas y creí que merecería la pena publicarlas.

Nací en Sevilla de padre gallego y madre catalana. Mis ascendientes, por otro lado, son italianos y franceses. Mi padre era funcionario y se vio obligado durante varios años a patearse España en sucesivos destinos. Durante su periplo conoció a mi madre y se casó y acabaron asentándose en Sevilla. Nunca pensé que estos rasgos de mi árbol genealógico me llenaran de tanto orgullo hoy en día. No le presté la menor atención hasta que he vuelto a la tierra que me vio nacer y he podido comprobar que soy un afortunado. Esta circunstancia me convertiría en una especie de apátrida en este país torturado por sus afanes de singularidad étnica y sus fantasmas del pasado. Mi propia existencia sería una incómoda turbulencia en el acontecer disgregador de los nacionalistas de pacotilla que están floreciendo en mi antigua patria. Por *ius soli* podría pedir la futura nacionalidad andaluza; por el *ius sanguinis* podría exigir que se me considerase nacional de la futura nación gallega independiente o de la ya casi existente República Catalana.

A mí, en el fondo, me daría igual. Mi origen mestizo favoreció que nunca sintiera una vinculación especial con Sevilla, donde nació y viví hasta los veintitrés años. Mis padres jamás llegaron a integrarse en la sociedad y las costumbres de la ciudad del Guadalquivir y siempre observé las afamadas particularidades de esa supuesta joya del sur de Europa con un distanciamiento enriquecedor, lo que no me impidió involucrarme en su vida social. Conviví con los sevillanos, pero nunca me sentí sevillano. Aclaro todos estos extremos porque creo que son significativos para comprender mi actitud ante lo que experimenté en ese verano.

Con veintitrés años partí a Gran Bretaña armado de ilusión y de una beca poco generosa. Esta decisión cambió mi vida. Acabé quedándome en esa tierra y nacionalizándome británico. Ahora por nada cambiaría esta nacionalidad. Me siento tan británico como los originarios. O más, porque este rasgo distintivo de mi persona es producto de una elección personal, no de un azar. Es una opción querida, asumida y totalmente aceptada, de la que me siento orgulloso. De otro lado, la deriva que en los últimos tiempos está tomando mi antiguo país me desmoraliza hasta tal punto que me confirmo en mi decisión tomada hace algunos años atrás, cuando tuve la oportunidad de seguir siendo español y no quise.

A pesar de mi distanciamiento geográfico y emocional de esta tierra, nunca desconecté completamente de mi antigua patria. Siempre he mantenido lazos con mis familiares. De vez en cuando he aparecido por aquí y sigo las noticias a través de los medios de comunicación. Pero desde que me fui, nunca me he quedado tanto tiempo como para poder reflexionar profundamente y, lo que es más, comentar mi visión de la realidad andaluza.

Conviene dejar claro desde el principio que soy un liberal irreductible, un defensor a ultranza de los derechos de los indi-

viduos, un convencido de los valores de nuestras sociedades occidentales y me siento orgullosamente vinculado con la historia de Europa y sus extensiones en el resto del mundo. Éste fue mi criterio de valoración en el instante de enjuiciar la realidad andaluza que experimenté. Como eso de la verdad es algo difuso, algo inalcanzable y, en todo caso, de discutido acuerdo, sólo nos queda ser claros, honrados y poner nuestras cartas boca arriba antes de empezar. Ese es mi paradigma. No es el único imbatible y, probablemente, no sea el único verdadero; pero es el mío y como tal lo asumo y lo declaro.

Uno de los axiomas fundamentales de la literatura es que el autor necesita un distanciamiento entre el asunto que trata y su propia toma de postura respecto al mismo. Yo no pretendo hacer literatura, sino poner por escrito unas opiniones producto de mi criterio personal aplicado a una realidad observada. Por tanto no es sólo que me sienta liberado de la ley del distanciamiento exigido a la ficción, sino que proclamo como la principal característica de este conjunto de cartas, el defender de forma completamente personal las conclusiones que mi percepción me ha llevado a tomar. Creo que ofrezco una visión difícil de encontrar en alguna otra parte. Luego, si el lector decide visitar esta tierra, podrá elaborar su propia opinión.

Me sentí aliviado cuando pude liberarme con mi escapada a Gran Bretaña. Nunca me identifiqué con esta tierra y desde siempre me resultó irritante esa concepción de Andalucía que la envuelve en un aura de belleza supraterrena. Si lo que se desea es empaparse de las maravillas de esta tierra y de las alabanzas hacia ella, el lector tiene al alcance toda la masa de agencias de viajes, de literatura romántica y moderna; tiene toda la muchedumbre de turistas encandilados, toda la patulea de borrachos británicos que acuden aquí, porque es más barato agarrar una melopea y pegarle a la policía. En suma, tiene a todo el colectivo

de turiferarios de la espontaneidad de las tierras del sur que tanto abundan por el norte de Europa.

Por último es preciso explicar que el original de estas misivas está escrito en inglés. Yo mismo me he encargado de traducirlas al español. Con frecuencia se emplean términos del habla coloquial andaluza. En los originales que envié a mi buen amigo James Weston, esos términos venían explicados a continuación mediante una traducción lo más aproximada posible al inglés. Como es obvio, esas aclaraciones han desaparecido de esta traducción, ya que para un hispanohablante son totalmente innecesarias.

Oxford, invierno de 2006

Hirtio Vernier

“Son muchos millares de hombres los que se levantan muy tarde, toman chocolate muy caliente, agua muy fría; se visten, salen a la plaza, ajustan un par de pollos, oyen misa, vuelven a la plaza, dan cuatro paseos, se informan en qué estado se hallan los chismes y hablillas del lugar, vuelven a casa, comen muy despacio, duermen la siesta, se levantan, dan un paseo en el campo, vuelven a casa, se refrescan, van a la tertulia, juegan a la malilla, vuelta a casa, rezan el rosario, cenan y se meten en la cama.”

(José Cadalso, *Cartas marruecas*, carta LXXXV)

Carta 1

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Llevo instalado en Almenar del Monte desde hace una semana. Mi llegada a Andalucía fue por la puerta que emplean los británicos. Me refiero a Málaga. Hacía un tremendo calor propio del mes de julio. Sobreviví gracias al aire acondicionado. Me decía el conserje del hotel donde me alojé, que soplaban un viento que por allí llaman terral. Gracias a tu dominio del español, no te pasará desapercibida la semejanza entre esa palabra y la palabra tierra. Se trata de un viento que sopla desde el interior del desierto y que fulmina a todo ser viviente y a todo objeto que no sea una piedra. Para más abundamiento en este terror climatológico, la humedad de esa ciudad confiere al calor una gravedad infame que convierte cada movimiento en una proeza y cada palabra en una heroicidad. Según mi informante no suele pasar de un día o dos el tiempo en el que la aridez del desierto se deja caer por esta ciudad. Menos mal. Si viviera allí, no sé si podría soportar mucho tiempo ese estado. Durante mi breve charla con el conserje me aseguró que el terral era típico de la ciudad de Málaga; que en los pueblos de la costa y en otras zonas de Andalucía ignoraban lo que era ese viento.

Durante el desayuno de aquella mañana, una pareja de compatriotas entró en conversación conmigo y me aseguraron que

su experiencia con el clima de Sevilla o Córdoba había sido todavía peor.

Esta pobre gente no tuvo otra ocurrencia que organizar una excursión a Sevilla el día anterior a mi llegada. La señora, ya entrada en años, al parecer tuvo que ser atendida en un hospital porque sufrió una lipotimia.

El relato de semejante aventura es estremecedor. En su ignorancia, los dos jubilados marcharon en tren desde Málaga a Sevilla. Comenzó su calvario en el transporte. El aire acondicionado falló. El tren era muy moderno y, por ello, carecía de ventanas que pudieran subirse o bajarse. El ambiente en el interior era infernal. La gente no hacía más que protestar a voz en grito. El revisor intentaba calmar lo ánimos, pero la tendencia de esta gente a hablar por encima de lo que sería recomendable para la salud, unido al enfado general, convirtió el ambiente en algo imposible de describir. Mis conocidos estaban sumidos en una mezcla de sopor, letargo y asfixia que los dejaba aplanados sobre su asiento. Hubieron de recorrer un buen tramo entre estaciones para poder detenerse al fin en la siguiente parada y esperar a que algún técnico arreglase la instalación, tarea en la que no tuvo éxito.

Otra desgracia se añadió a esta primera. El tren, como te he dicho, era moderno. Tan moderno que disponía de un servicio higiénico para minusválidos. Un amplio espacio con una puerta corredera automática en forma semicircular que se abre y se cierra con oprimir un botón. Ya habían observado cuando subieron al tren que dicho servicio estaba siendo atendido por un joven que, con un ordenador portátil conectado a una toma en la pared, tecleaba de forma furiosa. Aquello provocó en mis conocidos una agradable impresión: era una muestra infalible de que los transportes públicos de esta región se acomodaban a los avances de la técnica moderna. Un servicio que debía ser programado para su funcionamiento a través de un ordenador

era un prueba evidente del progreso andaluz. Lo malo es que la puerta se estropeó al tiempo que el aire acondicionado.

Durante un tiempo, el revisor, ya al borde de un colapso entre las protestas escandalosas del público y su impotencia, estuvo trasteando con una llave especial en la puerta. Finalmente, optó por darle instrucciones a la larga cola que aguardaba para entrar. El servicio podía usarse, pero el que entraba debía decirle al que le seguía en la cola que con sus manos estaba obligado a mantener cerrada la puerta empujándola fuertemente contra el cierre. En todo el tren sólo había otro servicio, pero estaba intratable. Según el revisor, no habían tenido tiempo de limpiarlo desde el último trayecto del tren. Hasta ahí todo fue relativamente normal.

Las gentes de esta tierra no se caracterizan por tener un alto sentido cívico. Mucho menos inciden en esta virtud los jóvenes y niños, que se muestran mucho más asilvestrados que lo que conocemos en nuestro país. Te cuento. En un determinado momento, una monja tuvo necesidad de usar el servicio. Desde los últimos asientos del vagón donde viajaban nuestros dos compatriotas, fueron testigos de la escena. La religiosa estuvo esperando unos momentos a que apareciera alguien con pretensión de usar el servicio para pedirle por favor que mantuviera la puerta cerrada. Tuvo la mala fortuna de que aparecieran dos mocosos de no más de diez años, vestidos a la americana, ya sabes, gorra de béisbol, ropones anchos, zapatillas de deporte, pendientes en las orejas y todos los abalorios que marcan esa moda que está invadiendo todo el mundo con su horrible sentido estético.

Los chicos se ofrecieron muy serios a hacerle el imprescindible favor a la monja. Durante unos instantes, cumplieron con su tarea, hasta que apareció un señor que se sumó a la cola. Entonces ocurrió. Los niños abrieron la puerta del servicio y tanto ellos como el nuevo solicitante del servicio, así como una

señora que acababa de unirse al grupo, pudieron contemplar las blancas carnes de un trasero monjil en toda su gloria. La buena señora estaba subiéndose su ropa interior, con el hábito remangado y medio en cuclillas.

Risas de un lado, improperios de otro, lamentos de otro sector y, en general, gran alboroto en el vagón que hizo aparecer al revisor, aterrado ante la posibilidad de hallarse delante de otro mal funcionamiento de los mecanismos del tren.

La monja, los dos presentes en el hecho, que aguardaban turno, y el revisor, acudieron enardecidos en busca de los niños huidos y los hallaron en compañía de sus padres en uno de los vagones. La monja comenzó a relatarles lo ocurrido; el señor y la señora comenzaron a soltar toda clase de calificaciones negativas de la conducta de los chicos, y el revisor asistía bastante harto a la escena.

El caso es que el padre de uno de los niños (el otro era un amigo), se levantó y abofeteó al hombre, insultó a la monja con adjetivos que es mejor no reproducir y a la otra señora la cogió de un brazo, y la puso en dirección opuesta a donde estaba indicándole no muy diplomáticamente que se marchara por donde había venido. Se organizó otro tumulto aún mayor que el causado por la falta de aire acondicionado. La concurrencia se dividió en dos. Un sector decía que la actitud de los niños no era más que una broma, que no había que criminalizarlos (palabreja que se usa por doquier aquí cuando se quiere justificar comportamientos que antes se considerarían reprensibles), que todo el mundo debía comprender que los niños son así y que hacer bromas es su naturaleza. Había quien afirmaba a voz en grito que la monja lo tenía bien empleado por ser monja. Los padres de la criatura gritaban que nadie iba a decirles a ellos cómo educar a sus hijos y que si alguien se sentía molesto, que tomase ajo y agua, todo ello en medio de improperios hacia el

revisor, la monja, los dos testigos y el sector que se oponía a ellos.

Bien es cierto, que aquella parte opuesta a la actitud de los dos pequeños gamberros y de sus defensores, era mucho menos ruidosa y que en la mayor parte de sus caras se podía advertir un cierto rasgo de temor. Sus reproches no tenían la intensidad del otro bando y sus miradas se cruzaban silenciosas de modo cómplice.

A instancias del señor agredido por el celoso padre, el revisor hizo llamar a un guardia de seguridad que se paseaba indolente entre las filas de pasajeros y éste le exigió al agresor que diera cuenta de su identidad, ya que el agredido tenía intención de ponerle una denuncia nada más llegar al destino. Por supuesto, el agresor se negó diciendo, entre palabras malsonantes, que a él ningún segurata de mierda le pedía el carnet de identidad. El grupo se disolvió finalmente, cada uno volvió a su sitio y parece que el suceso no fue a más, entre el regocijo de los vencedores, la juerga de los niños, la complacencia del sector que los apoyaba y el sentimiento de escarnio de los que se sentían ultrajados.

El señor que fuera abofeteado recurrió a su teléfono móvil y llamó a La Guardia Civil. Desistió con un rostro bastante compungido. Le habían dicho que si no había sangre, que no parecían y que tenían demasiado trabajo como para atender a semejantes chorradas.

El aire acondicionado no pudo arreglarse y, al final, llegaron a Sevilla casi a punto de ser conducidos a urgencias.

Te cuento esto en detalle porque aquellos dos compatriotas tuyos estaban consternados y por unos instantes estuvieron casi por salir corriendo a tomar el primer avión y volver a Londres. Quizá hubiera sido lo mejor, porque la señora al día siguiente, tuvo que acudir a un hospital, como te he dicho, porque

le dio una lipotimia mientras paseaban por los jardines del Real Alcázar, allá sobre las seis de la tarde.

Pero el relato de ese accidente lo dejo para la próxima carta. El tiempo en este cibercafé se me está acabando y estoy cansado.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 2

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Esta mañana he ido a la agencia inmobiliaria cuya dirección te facilitaron en Londres. Los dueños son británicos y he hablado con ellos en inglés. Da gusto poder entenderse en inglés con la gente. Los que tenéis el inglés como lengua materna estáis ya hechos a la idea de que allá por donde vayáis, los demás van a entenderos. Más o menos, contáis con que casi todo el mundo puede entender algunas palabras en inglés, cuando no pueden comunicarse de forma aceptable en vuestra lengua. Este es un hecho que se puede comprobar con creces cuando se viaja por buena parte del mundo. Pero resulta que aquí en Andalucía pocos se pueden manejar con el inglés. Poca gente lo habla. Harías bien en extrañarte de que una región como la andaluza, que en buena parte vive del turismo, pueda permitirse el lujo de carecer de una población que domine no ya el inglés, sino dos o tres idiomas más. Por la zona de la costa la proporción parece que se incrementa notablemente; pero olvídate de esperar que en Sevilla, o en Córdoba, no digamos ya en Cádiz o Huelva o Jaén, puedas hablar con la población local en otra lengua que no sea el español.

Quizá la extrañeza por estos hechos sea mía, porque doy como algo indiscutible que el mundo se mueve en inglés y por-

que el español es la tercera lengua más hablada en el mundo y ello convierte a los españoles en unos seres poco dispuestos a aprender otros idiomas. Parece ser que ellos a sí mismo se justifican diciendo que tienen demasiado orgullo como para admitir que pueden equivocarse a la hora de aprender y hablar otra lengua. Si quieres, podríamos decir que más que orgullo se trata de vergüenza. Pero se me antoja esta excusa algo sin fundamento. Sencillamente, no aprenden idiomas porque no quieren. Sin duda, el esfuerzo tan notable de paciencia y constancia que requiere llegar a dominar de forma elemental un idioma se convierte para estas gentes en un obstáculo difícilmente salvable. Sólo el que su sustento más inmediato dependa de ese conocimiento les impulsa a dedicar su tiempo a aprenderlo. Aunque ni siquiera esto en algunas ocasiones es suficiente. Por ejemplo, difícilmente se encuentra ni un taxista que hable inglés de forma medio decente. Chapurrean algunas palabras, pero poco más.

En fin, tampoco se trata de ninguna tragedia. Recuerdo aquella dependienta de un comercio de Bruselas en el que entramos para comprar aquellos encajes que tanto gustaban a mi ex-esposa y que después nos enteramos de que estaban fabricados en Taiwán. Hicimos amago de hablarle en francés. La mujer, ya entrada en años, sonrió amable y nos preguntó de dónde éramos. Le dijimos que éramos británicos y seguidamente, comenzó a hablarnos en inglés. Nos reímos de nuestros vanos intentos de defendernos en francés, pero ella nos repuso: “En el fondo no importan los idiomas. Con una sonrisa todos somos capaces de entendernos.” Quizá esa conducta y esas palabras justificaron el pequeño timo que la mujer nos dio vendiendo como encajes de Bruselas, lo que no eran sino encajes chinos.

Con una sonrisa como prueba me moví por Málaga y con una sonrisa me estoy moviendo por este pueblo. En la siguien-

HIRTIO VERNIER

te carta te contaré lo que les sucedió a la pareja que conocí en el hotel durante su complicada visita a Sevilla.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 3

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Como te prometí en mi último correo electrónico, voy a contarte hoy lo que les sucedió a nuestros dos compatriotas durante su escapada a la ciudad de Sevilla.

Las agencias de viaje deberían ser un poco más consideradas con sus clientes, de los cuales viven y a los cuales extraen con maestría de mercaderes medievales un dineral prometiendo paraísos de ensueño, aventuras sin fin o, lo que es más utópico, unas vacaciones relajadas con los niños. Se supone que éstos van a dedicar su tiempo a distraerse en medio de atracciones de los más diversos tipos, en vez de martirizar en su tradicional egoísmo la cartera y el ánimo de sus padres con infinitas reclamaciones de atención. Y no hablaré de la oportunidad de sus enfermedades.

Pero las agencias de viajes están en este mundo para lo mismo que todos los demás mortales: vivir con las mayores comodidades posibles mediante los menores esfuerzos posibles. De este modo, despachan billetes a entornos maravillosos de los trópicos en medio de la temporada de huracanes. Se sirven de vender pasajes de avión a sabanas africanas cuando los elefantes están en celo y los leones más hambrientos. Facilitan abonos para hoteles en exóticos países del remoto oriente cuando

está a punto de estallar una sublevación militar; o lo que es nuestro caso, no tienen empacho en sacudirle al ingenuo supuestas rutas inolvidables a Andalucía en pleno verano.

Mis conocidos ya tuvieron en Málaga un avance, pero dando muestras de la misma entereza que condujo a vuestros abuelos a la conquista de la India o de las tierras australes en pos del conocimiento de nuevos mundos, se metieron en aquel dichoso tren un nefasto día de julio rumbo a Sevilla.

Gracias a ese horripilante trayecto en un tren sin aire acondicionado, al llegar a la estación de Santa Justa, el bofetón de calor que les surcó el rostro no fue tan traumático como el que yo sentí al descender del avión en mi llegada al aeropuerto de Málaga. Era (me dijeron) un aire ardiente casi como el de Málaga, pero algo menos húmedo. Respirar se les hacía difícil. Cargando con sus maletas, accedieron a la parada de taxis, donde tuvieron que esperar media hora a que viniera uno vacío que los pudiera transportar al hotel. Por supuesto, sufrieron la tan tradicional, como inevitable estafa por parte del taxista a la hora de cobrar sus honorarios, pero éste es un hecho al que es preciso acostumbrarse nada más desembarcar en esta parte del mundo. Los extranjeros procedentes de países civilizados, son vistos como simples esponjas repletas de dinero que están ansiosas de ser estrujadas sin compasión por estas aguerridas gentes.

Nadie les advirtió de que era una locura ponerse a pasear por Sevilla a fines de julio en determinadas horas. Los sevillanos tienen una vieja sabiduría de siglos en eso de soportar el cariño abrasador del sol que les permitió sobrevivir durante los milenios previos a la invención del aire acondicionado. Salvo los miserables que no tienen más remedio que trabajar al aire libre durante el día, aquellos que deben quedarse en la capital durante el verano, suelen refugiarse en el aire acondicionado de sus oficinas o locales de trabajo o, en caso extremo, acuden

a visitar unos grandes almacenes llamados El Corte Inglés (no te confundas, no tiene nada que ver con la vieja Inglaterra), cuyas instalaciones gozan de la mejor refrigeración ambiental de este país y que te permite brujulear sin descanso durante horas por sus enormes plantas sin que nadie te diga nada. Los que no han de trabajar, pero deben permanecer en Sevilla, tienen de plazo hasta, aproximadamente, las doce horas del mediodía para realizar todas las gestiones y tareas precisas cotidianamente. Después de esa hora lo mejor es esconderse a la sombra de cada hogar, con aire acondicionado, si se tiene, o con un buen ventilador y la casa a oscuras. Así, sumergidos en la penumbra pasan el día hasta que oscurece, cuando salen de sus madrigueras a pasear y a sentarse en los bares donde beben en cantidades industriales cerveza o una mezcla étnica denominada tinto de verano, que no es sino un procedimiento bastante vulgar de enmascarar un vino que en otras condiciones provocaría efectos indeseados en el organismo. Se atiborran igualmente de pequeños platos que aquí llaman tapas, normalmente alimentos bañados en salsas gruesas y chorreantes de aceite chamuscado con más frituras encima que cañonazos el gorro del duque de Wellington. Los precios de esas cenas al aire libre no son precisamente bajos, pero las terrazas de los bares están siempre repletas de gente. Es uno de los misterios de esta tierra. Estás en una de las más pobres de España y de Europa, pero los lugares donde se come y se bebe están a reventar de público continuamente.

Nuestros compatriotas salieron por la mañana temprano a recorrer Sevilla. Durante las primeras horas, aunque ya hacía calor, no notaron nada extraño. Las calles estaban animadas y la gente parecía moverse en un estado normal, con ese estruendo permanente que caracteriza el ambiente de aquí. Pero a partir del mediodía el ruido comenzó a decrecer y al cabo las calles quedaron desiertas. Nuestros intrépidos protagonistas decidie-

ron comer en algún restaurante y continuar la visita por la tarde.

¡Par de ingenuos! Como primer cataclismo tomaron la decisión de comer en uno de esos restaurantes decorados al estilo más kitsch de flamenqueo y gitanería que tienen como principales víctimas de su labor a los turistas. Te comunico que la comida que ofrecen es pésima, cuando no tóxica. Los camareros son de una amabilidad untuosa pero picaresca por cuanto sólo esperan desplumar al cliente y el ambiente daría calambres de estómago a cualquiera que conozca un poco los rasgos esenciales de lo andaluz. El sitio donde se sentaron a comer disponía de aire acondicionado y un entorno aparentemente agradable. Estas características atrajeron a nuestros pobres británicos. Sin embargo, el amable camarero, que apenas podía articular una palabra en otra cosa que no fuera su español a la andaluza, se empeñó entre sonrisas en espetarles un gazpacho que les provocó ardores de estómago hasta el día siguiente, para acto seguido obstinarse solícitamente en que se zamparan un enorme pescado cada uno. Todo ello culminó con postre, café y copa de regalo para los señores. Ellos, que sólo deseaban comer alguna ensaladita o algún plato ligero, al estilo de lo que se hace en nuestra tierra, tuvieron que pasearse la tarde sevillana con el estómago a reventar, con un insistente sabor a ajo en la boca, que no se fue sino hasta pasadas veinticuatro horas, y con el reflujo de los aceites y las salsas del pescado. La cartera también sufrió, como era de prever, pero eso a la larga resultó ser un mal menor frente a los males que ya sufrían y a los que iban a sufrir.

Repuestas las fuerzas, se supone, se encaminaron hacia el Real Alcázar. El camarero les dijo que estaba cerca, así que fueron a pie. No contaban con el paseo a través de lo que allí llaman la Avenida a las cuatro de la tarde, con un asfalto que escupía llamas y absolutamente solos. Algún coche transitaba

en los que, a pesar de ser una máquina y por tanto incapaz de sentimientos, cualquier persona con imaginación podría adivinar un gesto de desesperación. De vez en cuando se cruzaban con alguien que lucía el mismo aspecto de turista que ellos, es decir, congestionado, cara enrojecida y miembros al aire, desesperado, pero contento de poder pasear por los escenarios de las leyendas más típicas del romanticismo europeo.

Llegaron al Alcázar, compraron la entrada ya con síntomas de agotamiento y deshidratación. Un puestecillo con un hombre sofocado acurrucado bajo una sombrilla les suministró a un precio abusivo unas pequeñas botellas de agua mineral que salvaron la situación por el momento. Recuerdo que los jardines del Alcázar son frondosos, pero el calor del ambiente se hacía más extremo por el grado de humedad que había. Todo transcurría en medio de la sensación de estar haciendo un sacrificio en pro de la ampliación del saber propio, cuando la mujer cayó desvanecida al suelo. Su esposo logró encontrar medio adormilado a un vigilante, que mientras abanicaba con un folleto turístico a la dama, farfullaba algunas palabras poco amables contra los guiris. Lo demás es lo habitual en estos pagos, según me he informado: llamada a una ambulancia, que se demoró casi tres cuartos de hora, viaje a urgencias de un hospital y asistencia en el mismo después de aguardar casi dos horas en medio de una masa doliente que soportaba con paciencia la llegada de su turno.

Cuando, por fin, la señora fue atendida, se encontró delante de dos muchachos jóvenes que se miraban asustados el uno al otro y que auscultaron a la mujer, ya vuelta en sí y casi totalmente recuperada, con manos temblorosas. La enviaron a hacerse un análisis de sangre, unas radiografías y alguna otra prueba que los demoraron en aquel antro casi tres horas. Concluyeron de nuevo en el despacho de los dos galenos, que certifica-

ron la lipotimia de la mujer. Le recetaron unas medicinas y la despacharon.

Parece ser, según me han dicho, que cuando llega el verano, así como otras épocas de vacaciones, el personal estable de los servicios sanitarios se toma, como es lógico, su descanso. Para cubrir los puestos la administración contrata en condiciones de miseria a jóvenes licenciados en medicina, recién salidos de la carrera sin apenas experiencia, características que les permiten a los burócratas ahorrarse un suculento montante de dinero que después dedicarán a objetivos, digamos, menos altruistas. Con todo, esas contrataciones propias de negreros, no sirven para cubrir el servicio, con lo que ese personal ya de por sí superado en sus condiciones económicas, se ve superado también por unas exigencias extremas en cuanto a su función laboral. Ignoro si las estadísticas muestran un aumento de fallecimientos en verano y en vacaciones provocadas por la desidia de los burócratas, pero si no es así, acabaré creyendo, yo que soy ateo, lo que todos por aquí proclaman con orgullo: esta es la tierra de María, la Virgen Santísima, que los protege de todo mal, incluidas las prestaciones sanitarias de la burocracia andaluza en períodos de vacaciones. Lo que sin duda muestra la tan extendida impresión de que el catolicismo es mucho más efectivo que el anglicanismo en eso de cubrir las necesidades espirituales y carnales de los fieles.

Al salir del hospital, pudieron observar aterrados cómo una familia de raza gitana estaba aporreando en masa a un par de enfermeros entre la inactividad de la concurrencia y los vanos intentos de dos supuestos guardias de seguridad que no ponían excesivo empeño en su función por aquello de que cuando se reparten bofetadas, el que está cerca cobra alguna vengá o no a cuento.

Ya de madrugada retornaron al hotel y al día siguiente, nada más levantarse, tomaron el primer tren hacia Málaga. Cuando

coincidió con ellos en el hotel, tenían intención de tomar el primer avión a Inglaterra. Habían decidido que en lo sucesivo, en verano su objetivo sería visitar los fiordos Noruegos y zonas del planeta similares, no tanto por aquello del frescor escandinavo, como por el tradicional saber estar de las gentes del norte.

Perdóname si he adornado el relato de las peripecias con pinceladas de mi propia cosecha. Como podrás suponer hay muchos detalles que los testigos de los hechos eran incapaces de comprender. Tómalo a beneficio del colorido ambiental y, en todo caso, te aseguro que lo fundamental de lo narrado corresponde fielmente a lo que me transmitieron sus protagonistas.

Te dejo por ahora. Te he escrito desde un cibercafé que hay en este pueblo de Almenar del Monte. Te lo comento para que compruebes como hasta aquí llegan también los beneficiosos efectos de progreso tecnológico, aunque el ordenador desde el que te escribo tenga algo así como dos dedos de mugre encima y apeste a tabaco. Por otra parte, me siento muy contento de comprobar la vigencia de mi capacidad de concentración. Los gritos de la parroquia y el estruendo de las motos de los muchachos, que no paran de pasar por la calle, no logran despistarme de mi objetivo primordial, relatarte mis experiencias.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 4

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Ayer al caer la tarde fui testigo de una escena que no me resisto a contarte. Iba de vuelta hacia el hotel dando un pequeño paseo entre las calles de casas blanqueadas, ventanas enrejadas y pavimentos ardientes, cuando empecé a oír un tumulto a lo lejos. Espoleado por la curiosidad, anduve buscando el origen de semejante alboroto. Conforme iba aproximándome al lugar, el jaleo se iba incrementando. Al final, accedí a una plazuela en uno de cuyos lados se erige una modesta iglesia. A sus puertas estaba congregada una multitud que vociferaba desgañitándose. Destacaban un grupo de niñas adolescentes que gritaban desahoradamente, con el rostro desencajado y los brazos agitándose en aspavientos. De sus ojos brotaban a borbotones las lágrimas de ira y alguna esgrimía puños amenazantes que envolvían un pañuelo blanco, depósito de sus pesares.

No eran sólo las muchachas las que constituían el núcleo de aquel espectáculo. No le quedaban a la zaga un grupo de muchachos, aproximadamente de la misma edad, alguno de los cuales también lloraba. En general todos reflejaban unas expresiones repletas de odio y animosidad contra algo o alguien que los estaba provocando con su actitud. Aquí y allá en el grupo de gente se podía apreciar también la presencia de personas de

mediana edad y de personas ya mayores. En un momento dado una anciana cayó derrumbada al suelo entre espasmos. En su socorro acudieron algunos de los presentes que pugnaban más que por ayudarla en su angustiada situación, por mostrarla como claro testimonio de la fechoría que se estaba cometiendo con los concurrentes. Otra señora, ésta algo más joven, cayó también al suelo, lo que provocó un cierto retumbar del ambiente, ya que era bastante entrada en carnes. Quedó tendida en el suelo quieta, por contraste con la anciana que seguía sacudiéndose entre espasmos. De nuevo algunos presentes se inclinaron sobre la recién caída y comenzaron a abanicarla con lo que tenían a mano. Los espontáneos socorristas en uso de un excelente buen criterio optaron por limitar su acción benefactora a ese gesto, ya que la masa corporal de la devota, despararrada por los suelos, desaconsejaba otro tipo de actividad, so peligro de una feroz lumbalgia o un pertinaz encasquillamiento de huesos dorsales. Pienso que algún sentimiento de culpabilidad poseería a los humanitarios personajes dada la ampulosidad de sus aspavientos y el volumen de sus gritos de ánimo. Quizás pretendieran compensar su falta de caridad cristiana puesto que habían dado prioridad en su labor a las precauciones hacia su salud ósea y articularia, antes que a la puesta en pie de su hermana en la fe.

Era un espectáculo pavoroso de ira y furor en medio del verano andaluz. Me mantuve a una cierta distancia porque, ignorando el motivo de aquella manifestación, no me atrevía a acercarme. Mis recelos, sin embargo, se disiparon cuando advertí entre la masa los uniformes azules y celestes de la policía municipal que salía de la iglesia. Llevaban entre dos un extraño bulto tapado con una sábana blanca. Se protegían detrás de otro compañero que intentaba abrirse paso entre la multitud. Mejor hubiera sido que no hubieran aparecido. Su presencia fue recibida con un enorme incremento de los insultos e improperios

en un idioma como el español ya de por sí dado a fomentar el despliegue de toda clase de expresiones destinadas a sumir al enemigo en la más absoluta de las desolaciones. A duras penas, soportando incluso algún empujón, lograron introducir el objeto dentro de una furgoneta de la policía. Se metieron dentro y comenzaron la maniobra de salir a escape de la encerrona. Pero no podían. Los vecinos se situaron delante del vehículo e impedían la marcha. Uno de ellos, apartando de forma ostentosa a sus conciudadanos, se hizo un hueco y, acto seguido, se tumbó en el suelo a guisa de obstáculo de carne contra la furgoneta. Hubo quien aplaudió la heroicidad. La actitud valerosa, no obstante, fue efímera, porque a un acelerón del vehículo, cuya intención era más asustar a las personas que iniciar una marcha veloz, el mencionado héroe dio un salto propio de felinos y salió corriendo. Le siguieron algunos vecinos que lo vitoreaban y parecían animarle a que volviera a intentar la hazaña. A pesar de esos requerimientos, el ínclito descendiente del Cid y de otros ilustres personajes de la historia de España, optó por no regresar a la escena de su valentía, supongo que por temor a que le volvieran a exigir una muestra de su coraje.

Tuvo que aparecer un coche de la Guardia Civil, para que la reunión permitiese el paso de la policía municipal. Todavía inspira algún respeto esta institución en estas tierras, aunque su imagen dista hoy en día de la que os tenían acostumbrados los intelectuales que informaban de aquella España en guerra y llena de caciques donde el charol negro de los tricornos atenazaban las ansias de prosperidad y libertad de los campesinos desheredados.

Una vez desaparecidos los dos coches de policía, la manifestación fue disolviéndose lentamente. Yo me había quedado apoyado en la pared de una casa, en un extremo de la plaza, mientras observaba lo acontecido. Y esperé a que el tumulto se disipase. Los manifestantes iban caminando y pasaban a mi

lado. Algunos me miraban con curiosidad, pero la mayoría no se percataron de mi presencia. Iban conmocionados. De vez en cuando, alguno profería una palabra malsonante, lo que era coreado por otros añadiendo más ira a la expresión original.

El último vehículo en aparecer por la plaza fue una ambulancia, de la que descendieron dos hombres que atendieron a las dos mujeres que habían caído al suelo. La verdad es que debían de tener una profunda pericia en su oficio, o bien los desvanecimientos y espasmos no eran todo lo grave que se creía, porque ambas se levantaron (bien es cierto que con bastante ayuda de los pocos presentes) y emprendieron también ellas la marcha hacia sus casas en medio de hipidos, lágrimas y gritos dirigidos a la iglesia.

Cuando todo hubo pasado, reemprendí mi camino hacia el hotel intrigado por lo que había sucedido. Me llamaba la atención el tumulto tan espantoso, las manifestaciones de furia y de dolor mezcladas. Pero más me intrigaba comprobar que todas estas expresiones iban dirigidas a la iglesia, de la que había visto salir a un hombrecillo cheposo y diminuto que cerró el portálón con una llave. Previamente, había asomado la cara y comprobado que la reunión había desaparecido. Tras lo cual, a paso ligero, desapareció entre las esquinas de una de las calles que desembocan en la plazuela.

De mis años de vida en Sevilla, sé bien que eso de la religión y de los cultos es un asunto en el que no se admiten bromas y no acertaba a comprender qué habría en un edificio sagrado que despertara semejante ira entre esas personas.

Las dudas me las despejaron en la recepción del hotel. El recepcionista es un joven espabilado lleno de simpatía. Esta cualidad me impulsó a preguntarle si sabía las causas del espectáculo que acababa de contemplar. Y me lo contó.

La cosa es que hace tiempo, un hombre de este pueblo, uno de esos que cuentan con una amplia extensión de olivos (la ri-

queza fundamental de esta tierra), con un enorme cortijo en el campo, con unas cuantas casas en el pueblo y unos muy saneados ingresos, propuso a una hermandad cederle la imagen de una virgen que él conservaba en el cortijo desde tiempo inmemorial. La citada hermandad había tenido la mala suerte de que se le quemara su virgen en un incendio. Esa hermandad tenía su sede en la iglesia a cuyas puertas se había organizado todo el jaleo.

Una hermandad es una congregación de fieles que se reúnen para montar una especie de altar sobre un cajón durante los días en que o bien se conmemora la muerte de Jesucristo, o bien se festeja a alguno de los numerosos integrantes de la corte celestial. En dicho altar ponen imágenes de cristos, de vírgenes y santos. Posteriormente, en una fecha concreta, cargan el cajón sobre sus hombros, lo sacan a la calle y lo pasean por su localidad. Las hermandades o cofradías son una institución intocable en Andalucía y poseen un enorme poder tanto desde el punto de vista social, como político y económico. Por ahora, baste con esto y sigo con lo que te contaba.

El rumboso donante puso, sin embargo, una condición para proceder a la cesión de la venerada imagen de la Virgen y evitarle así un desembolso a la congregación. Porque hubieran tenido que encargar una talla nueva, algo que nunca resulta barato. La condición estipulaba que sobre él debería recaer la responsabilidad de vestir a la imagen cada vez que tuvieran que sacarla en procesión. Los jefes de la cofradía accedieron y el trato se cumplió religiosamente durante años. Hasta que esos jefes fueron sustituidos por otros. Esta sustitución se hace mediante votación de los hermanos, aunque en ellas sucede lo que en las repúblicas bananeras. Una minoría controla los resortes de las elecciones, apenas votan unos cuantos que han sido aleccionados y seleccionados previamente, y salen siempre los que el poder fáctico determina. El caso es que el donante fue

apartado de su misión aquella última Semana Santa. Como resultado de semejante fechoría el dueño de la imagen pretendió llevársela de nuevo a su cortijo. Las autoridades cofrades se negaron. El preterido acudió a los tribunales y debía de ser buen conocedor de sus paisanos, cuando pudo alegar un pacto por escrito ante notario donde constaban sus condiciones.

Como era de esperar, la justicia falló a su favor y la hermandad fue conminada a devolver su posesión a su legítimo dueño. Claro que la gente del pueblo no estaba de acuerdo con el fallo, así que comenzaron a manifestarse, a acosar al donante y hasta a dañar sus propiedades. Tanto, que hubo de huir del pueblo y esconderse no se sabe dónde. Pero el curso de la justicia siguió implacable y la sentencia se ejecutó aquella tarde en la que yo paseaba tranquilo por las tranquilas calles de Almenar del Monte.

Por una extraña ingenuidad nacida sin duda por el largo tiempo transcurrido desde que abandoné Sevilla, lo primero que se me ocurrió decirle al conserje del hotel fue que podían buscar otra imagen. En Andalucía hay un censo muy nutrido de objetos sagrados de toda variedad y clase. O, simplemente, podrían recaudar el dinero entre los devotos, que siempre suelen estar dispuestos a soltar dinero por estas causas tan santas. Pero el joven me repuso con una cara de sonriente resignación que la gente decía que no, que querían esa y no otra; que era “su” virgen y que si traían otra, la quemaban.

Así las cosas, como supongo que en la Semana Santa del año que viene quizá estemos por aquí pasando nuestras vacaciones de Pascua, podremos comprobar el final de este curioso affaire andaluz.

Me han enseñado un par de casas. Ya te contaré. Por lo pronto, te envió en archivo adjunto las fotos que he hecho a ambas. A ver qué te parecen. Piden para la primera 120.000 € y para la segunda 110.000 €. Míralas y dime qué te parecen y lue-

go te comento algunas cosas más. Te añado algunas direcciones de internet correspondientes a inmobiliarias que compatriotas nuestros han instalado aquí. Allí también puedes ver fotografías de casas, con su descripción, precios y demás datos.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 5

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Voy conociendo a algunos almenareños. A partir de las conversaciones con ellos y de lo que voy husmeando por aquí y por allá, me estoy enterando de historias acontecidas en el pueblo que me van a permitir retomar una vieja afición que abandoné hace muchos años.

Esas historias me están inspirando para escribir pequeños textos que no sé dónde encajarlos desde el punto de vista del género. Son como relatos breves, pero carecen de determinadas reglas exigidas. Me resisto, con todo, a dejármelas en el coleteo y no dártelas a conocer adobadas con toques de mi cosecha para que sean más digeribles. A su modo, también nos dicen cómo son y cómo viven estas gentes. Te dejo bien claro que cuanto fabulo tiene un sustento de verdad en la crónica tradicional de este pueblo.

Para comprender bien mi primer texto, es necesario que te explique algo de la historia de España y de Andalucía. El relato se titula *El coronel Zarralegui*. El protagonista real del relato es un coronel de caballería originario de Navarra, una zona de España lindante con Francia que siempre ha sido muy tradicionalista y apegada a sus leyes y costumbres. Los navarros tienen fama de ser gentes fuertes, muy adheridas a su terruño, muy católicas,

robustas y concienzudas. En cuanto a las referencias geográficas, todas giran en torno a una incursión hacia el sur de la Península.

Está ambientado durante una de las muchas guerras civiles que asolaron este país durante el siglo XIX. Es una de las llamadas Guerras carlistas. Al morir uno de sus reyes, un tal Fernando VII, que reinó de forma confusa y sangrienta, el trono debía pasar a su hija mayor, ya que no había tenido hijos varones que le pudieran suceder. Existía, sin embargo, una ley llamada sálica, de origen francés, que impedía reinar a las mujeres. De ese modo, siguiendo la tradición de la dinastía a la que pertenecía el citado Fernando VII, la de los Borbones, de origen francés, el trono debía pasar al hermano del rey, Carlos. El rey Fernando abolió la ley sálica con idea de que fuera su hija Isabel la que reinase. Pero sucedió que el hermano del monarca no quedó conforme y se sublevó contra su sobrina. Lo siguiente fue la división del país en dos bandos que trascendían una simple disputa dinástica, ya que los partidarios de la reina Isabel ideológicamente defendían una monarquía constitucional y liberal, mientras que los partidarios de Carlos, esto es, carlistas, se apoyaron en la defensa de una monarquía absoluta al estilo del antiguo régimen. Al final, las guerras civiles que se sucedieron fueron unas guerras entre el liberalismo y el absolutismo.

Como puedes imaginarte, esto de resolver las rencillas a base de garrotazos, mandobles, fusilería o bombardeo aéreo y terrestre es una de las más inveteradas tradiciones del alma hispánica desde que el espabilado corso abandonó este país a principios del siglo XIX. La historia moderna de España es una sucesión continua de asaltos al poder cuyo principal programa es exterminar al que había sido derrocado. En esto no se salvan ni unos ni otros y tan crueles fueron los progresistas como los conservadores, los de derechas y los de izquierdas. Hubo en este período un par de momentos en que el país se estabilizó,

pero parece que una especie de ley natural oscura e irreductible, empuja siempre a acabar resolviendo las querellas mediante el procedimiento expeditivo de la eliminación física del otro. Cuando el signo de los tiempos hace complicado exterminar físicamente, como ocurre hoy en día, se echa mano del exterminio civil.

En la actualidad, uno de los resultados más penosos de esta actitud es el descrédito que amplios sectores de la izquierda están arrojando sobre ese milagro ejemplar que fue lo que aquí llaman la “Transición”. Es el período durante el cual, mediante un artificio de ingeniería política, se desmanteló un régimen autoritario y se pasó a un régimen democrático sin más muertos que los provocados por la izquierda vasca con su terrorismo. Parece que, efectivamente, debe de existir una especie de genio maligno que siempre acaba por hacer acto de presencia en la historia de este atribulado país.

Aquí tienes el breve relato.

EL CORONEL ZARRALEGUI

Al mando del Regimiento de Caballería nº 13, Dragones de Olite, el coronel Zarralegui emprendió aquella primavera las habituales incursiones en busca del sur y de las tropas isabelinas. Había perdido ya la cuenta de los años que llevaba realizando esa misión según las órdenes del Estado Mayor de Su Majestad Católica Don Carlos V, Nuestro Señor, Que Dios Guarde. No solía regresar a Navarra satisfecho, porque jamás había logrado superar la barrera de La Mancha. Sus aguerridos soldados acababan retirándose pasado Toledo. Pero aquel año, la suerte le sonrió. Avanzaron hasta Despeñaperros sin encontrar apenas resistencia, asolando y saqueando todo lo que encontraban a su paso. Lo peor empezó cuando sus hombres le pidieron permiso para desabrocharse las guerreras por el calor que empezaba

a hacer. No era un calor abrasador, sino una tenue brisilla que alegraba los rostros de los combatientes. Ante el paso por Despeñaperros, el coronel dudó si seguir adelante. Estaban bastante lejos de las líneas amigas. Llevado de su virtud guerrera, decidió que era una oportunidad para presentarse ante Su Majestad con un deber cumplido más allá de los límites del valor. Ordenó al Regimiento que se internara en el paso. Mucho peor fue lo que vino a continuación. Sus soldados fueron quedándose por el camino. No muertos, ni heridos, sino seducidos lentamente, aquí por una buena mesa, allí por una hermosa andaluza, acullá por un paraje de relajada tranquilidad y clima bonancible. Hasta que el coronel Zarralegui se encontró con sólo una docena de hombres en una ribera del Guadalquivir y a pocas leguas de Sevilla. Llegado a este punto, pensó que su esposa estaba ya demasiado ajada como para regresar a sus brazos, que sus hijos eran mayores y ya no le hacían caso alguno y que Su Majestad Carlos V, Q.D.G., disponía de muchos más coroneles, regimientos y soldados como para echar en falta a un pamplonés que ya sólo aspiraba a no pasar demasiado frío en invierno. El Regimiento de Caballería nº 13, Dragones de Olite, fue dado por desaparecido en acción.

Un saludo cordial,
Hirtio

Carta 6

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

He pasado una mala noche. Ayer me puse a cenar con bastante hambre, porque al mediodía sólo comí una ensalada. Como aquí tienen la costumbre de cenar muy tarde, hasta las diez y media de la noche no pude sentarme al fin ante una mesa. La razón del retraso fue la invitación que el agente inmobiliario que aquí tienen contactado desde Málaga se empeñó en hacerme. Cuando tengo hambre difícilmente me contengo e ingerí una cantidad considerable de carne con una salsa bastante fuerte que se me estuvo repitiendo durante toda la noche. Como es también habitual aquí, me marché a la cama casi recién terminada la cena, porque no tenía ganas de ir con el agente a tomar una copa en el único lugar del pueblo donde se puede hacer.

Ayer también pude acompañar al agente a ver un par de casas más. Poco a poco voy haciéndome con un álbum de fotos con imágenes de los inmuebles que me van mostrando. La tónica general es de casas viejas, en mal estado, por las que piden cantidades desorbitadas. El agente me ha confesado algo que ya sabía: los habitantes de Almenar están deseando vender sus casas a extranjeros, principalmente británicos, a los que consideran indefectiblemente ricos y lo suficientemente tontos como para ser timados sin reparos y sin consideración. En eso se

equivocan, evidentemente. No es mi intención que seas engañado; pero me lo ponen complicado porque es casi imposible negociar una bajada en el precio cuando el propietario te mira como un fajo de billetes en vez de un ser humano que tiene lo que tiene gracias a su trabajo, ejercido a diario en condiciones de alta exigencia y en una sociedad competitiva.

Por eso mi empeño durante las visitas es pasarme por un sevillano interesado en comprar algo en Almenar del Monte.

Pero en una de las casas que visitamos ayer, se me antojó hacer una prueba, ya que deseaba conocer de primera mano cuál es el modo de proceder de las gentes del lugar con los extranjeros. Le advertí al agente que me iba a hacer pasar por un guiri. Gracias a mi aspecto poco andaluz, la farsa podía tener éxito. Me comunicaría con mi acompañante en inglés.

La casa que vimos estaba habitada por un hombre mayor que vivía solo. Su única compañía parecía ser un perro que compensaba su escaso tamaño con un constante ladrar en un tono tan chillón y desagradable, que en un momento en que el dueño no me observaba, le propiné un puntapié. El viejo se empeñaba en hablarme sin parar, aunque yo supuestamente ignoraba el idioma. El agente pretendió al principio fingirse intérprete, pero se dio por vencido cuando pudo comprobar que el anciano no tenía la menor consideración hacia su labor y no le dejaba tiempo de traducir sus palabras al inglés.

A la hora de preguntarle el precio, empezó pidiendo ciento veinte mil euros mientras me observaba fijamente a los ojos con mirada escrutadora. Supongo que no advirtió gesto alguno de asombro o de extrañeza, que le diera a entender lo elevado del precio, así que sobre la marcha, corrigió su petición y la elevó a ciento treinta mil con idéntico escrutinio sobre mis gestos. Antes de salir, le dijo al agente que si me podía sacar ciento cuarenta mil, pues mejor que mejor. Asentimos y nos marchamos.

Por el camino observé cómo proliferan por este pueblo los carteles donde aparecen las palabras se vende. Por un momento creí que todo el mundo deseaba marcharse de aquí y concebí alguna leve sospecha de que este pueblo no era tan paradisíaco como se me decía. Pero el agente me comentó que entre los almenareños se ha levantado una fiebre por vender a los británicos. Los precios se han elevado muy por encima de lo que se merecen las casas. Curiosamente, en este pueblo las leyes de la economía no funcionan. Me explico.

Como muy bien sabes, cuando hay una excesiva oferta y una escasa demanda, los precios deben bajar. Inversamente, cuando hay escasa oferta y excesiva demanda, los precios suben. Esto es no sólo lo que la economía elemental y clásica exige, sino el simple sentido común. Pero estas leyes aquí carecen de vigor. La oferta es amplísima; pero los precios suben. Un señor decide vender su casa. Pide, por ejemplo, 100.000 € por ella. Pasa un año y comprueba que el precio es elevado y que nadie se la queda. Lo que marca el sentido del mercado es que el propietario baje el precio exigido y así consiga vender el bien que pone a la venta. Pero resulta que aquí eso no ocurre. Si no logra venderla durante un año, el mencionado señor opina que se ha revalorizado y que debe pedir más por ella. Así, al año siguiente, pide 110.000 €. De nuevo pasa un año y la casa sigue sin venderse. De nuevo, el propietario opina que el inmueble se ha revalorizado y que siempre aparecerá un incauto guiri a quien timar con esa cantidad y que esté dispuesto a dársela. Por esta razón a los dos años la casa vale ya, en opinión de su dueño, 125.000 € y así hasta el infinito. Debido a este mecanismo que pretende corregir el mercado, hay casas que llevan hasta diez años sin venderse. Y sus dueños, a pesar de que los agentes inmobiliarios les dicen que ese procedimiento de negociar es erróneo, se niegan a corregirlo. Creen que si nadie compra su producto no es porque su precio exceda lo que el mercado está

dispuesto a ofrecer por él, sino porque nadie se da cuenta de lo que realmente vale. La culpa, pues, no es del que oferta, sino de la estupidez del que demanda.

Esta manera de enfocar la actividad económica puede ser una de las causas por las que el capitalismo no ha logrado plantar aquí sus raíces, algo que regocija a quienes consideran que eso del capitalismo es una aberración; pero que tiene sumida a esta tierra en una postración aprovechada astutamente por sus dirigentes y de la que te hablaré en otro momento.

Como ves, lo que te he contado constituye un magnífico ejemplo de cómo la actitud de los habitantes de un pueblo de Andalucía impugna la base de las leyes de la economía universal. Porque, al final, casi de modo milagroso, aparece algún tonto que acaba por comprar. Con lo cual hacemos pobre honor a una nación como la nuestra que dio a la humanidad el economista primigenio, nuestro astuto Adam Smith, quien tuvo la desgracia de no conocer en sus días el comportamiento de los almenareños del siglo XXI. Si los hubiese conocido, probablemente se hubiera dedicado a plantar repollos en una granjita de Escocia, antes que dejarse el cerebro en dilucidar unas leyes que se incumplen tan desconsideradamente en este rincón del planeta.

He empezado a redactar el libro que voy a escribir. Voy cumpliendo los plazos que me impuse para mi trabajo. Por lo demás, todo transcurre como aquí suele acontecer: una existencia aplastada por el sol y animada por el grito impenitente de las chicharras.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 7

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Las noches se están convirtiendo en una tortura. Cuando no son inacabables por causa de una digestión pesada, lo son porque hay quien no te deja dormir. Desde ayer por la mañana no han cesado de sonar cohetes en todo el pueblo. Ha sido un martillar constante que impedía olvidar la fiesta que se celebraba. Siguen una táctica al parecer estudiada que obliga al que la sufre a tener siempre presente que debe regocijarse por aquello que los lanzadores de cohetes consideran importante. Primero tiran al aire una tanda. El sobresalto es considerable, ya que te coge totalmente desprevenido. El ruido va acompañado del ladrar de todos los perros de la comarca y hasta algún gallo se despista creyendo ser los cohetes algún tipo de advertencia natural que los saca de su continua búsqueda de alimento y de gallinas con las que echar un buen ratillo. Descansa durante un tiempo el estruendo, lo suficiente para que uno olvide que hay alguna celebración en este pueblo, y de nuevo asolan el cielo con otra tanda de cohetes, que de nuevo también le ponen a uno el corazón en la garganta y lo aceleran en una carrera despavorida, como si quisiera huir del terror que le hacen padecer. La serie de cohetes se repite de forma incansable durante todo el día, siempre con la misma cadencia y siempre con idénticos

resultados en los que no estamos advertidos de semejante manera de jolgorio popular.

Los almenareños parecen no advertir tales sonidos. Quizá están acostumbrados ya que forman parte de su existencia desde que nacen. Igualmente, nadie protesta y todos lo toman con una naturalidad que choca con la cólera que provoca la alteración del ritmo cardíaco en los que no hemos tenido la fortuna de nacer en este sitio.

Con todo, ese constante sufrir de corazón y de oídos tendría un cierto pasar si se limitase a las horas del día. O si respetase el momento del descanso. Pero esta esperanza es vana en estas tierras. Eso de descansar no va con esta gente. De entrada no respetan algo que debería ser sacrosanto en medio de estos calores inhumanos: la hora de la siesta.

Algo debe de sonarte eso de la siesta. Es un período posterior a la comida de lo que aquí llaman mediodía, pero que en realidad es el inicio de la tarde. Digo esto porque el mediodía en el que se come no son las doce, ni la una. La gente aquí, como ya sabes por otra parte, come entre las dos y las tres de la tarde. Comen como desaforados. Se meten en el estómago cantidades industriales de alimentos que, forzosamente, requieren una digestión lenta, laboriosa y cuidada. Los sopores del atracón impulsan a las víctimas del banquete diario a tumbarse un rato en un sofá o en una cama. El período de la siesta puede ir de una media hora en los casos más estoicos, a un par de horas en los casos más epicúreos. En verano, la siesta se vuelve más obligada, por cuanto corresponde con las horas de mayor calor. El calor afloja los miembros, reblandece el cerebro y vuelve a quienes lo sufren apariencias de seres humanos, más que seres humanos en sí. Dormir la siesta ayuda a pasar las peores horas del día y lo repone a uno con nuevas fuerzas para afrontar el resto de la jornada, que suele prolongarse hasta bien entrada la noche, es decir, las doce o la una de la madrugada. De joven

nunca me aficioné a la siesta, pero desde mi regreso a Andalucía, me he acostumbrado a dormirla y te confieso que es un invento de primera categoría. Además, es como el tabaco o el alcohol: al principio te desagrada y te provoca efectos adversos en el organismo, pero cuando te acostumbras, ya no puedes prescindir de ella. En virtud de este descubrimiento he decidido incluir la siesta como segundo rasgo andaluz al que no pienso renunciar. El primero es el aceite de oliva. Respecto de lo demás sigo manteniendo muy serias dudas.

Después de esta digresión sobre la siesta, retorno al objeto principal de esta carta. Te decía que los cohetes no respetan la siesta. Pero es que tampoco respetan las horas de sueño nocturno. Los devotos (porque se trata de las fiestas en honor de una de sus innumerables vírgenes) no han dejado de soltar cohetes durante casi toda la noche al mismo ritmo que durante el día. Sólo han descansado de tres y media de la madrugada hasta las siete. Como podrás comprender, ha sido una experiencia traumática. Te despertabas sobresaltado, asustado, dando un brinco en la cama. Cuando conseguías calmarte, volvías a conciliar el sueño. Objeto inútil de esfuerzo éste, porque al cabo de una hora, aproximadamente, o algo menos, una nueva tanda de petardos iluminaba el cielo y llenaba de horror mi corazón, mis venas y arterias. Tras las tandas que acompañaron las primeras luces del alba, se han tomado un nuevo descanso en su tarea. Pero a partir de un poco antes de media mañana han vuelto a devastar mis oídos con las muestras de su fervor religioso.

Le he preguntado al recepcionista cuándo dejarán de torturarme. De nuevo ha esbozado una sonrisa entre triste y compasiva. Un par de días sólo, me ha respondido, hasta que el domingo saquen a la virgen y la paseen por todo el pueblo. Me ha advertido que durante ese paseo, la orgía de cohetes llega a un extremo inimaginable; pero que una vez metida la estatua en su

iglesia, todo vuelve a la calma. ¿Que cuándo se mete la virgen en la iglesia? Pues a las tres de la mañana.

Así que a lo largo de estas noches me dedicaré a la lectura. Cerraré las ventanas, pondré el aire acondicionado al máximo, me compraré taponos para los oídos, me pondré encima unos cascos grandes que he adquirido para oír música y esperaré que el machaconeo de las devociones lugareñas me afecte algo menos que la noche pasada.

Un compatriota que he conocido, me ha facilitado algunos libros para ponerme al día sobre la realidad histórica, social y política de Andalucía. Es una persona ilustrada y enamorada de esta tierra que vive aquí desde hace algunos años. Ya conoces mi infinita curiosidad por casi todo lo que pueda ser aprendido, sea de asuntos científicos o humanos. Así que aprovecharé que apenas podré dormir para empezar la lectura de esos libros.

He visto otras dos casas. Seguimos con la misma tónica. Pero una de ellas parece que responde a lo que esperamos: vale (por el momento) 100.000 €, tiene dos plantas, con comedor, cuarto de baño, sala de estar y cocina en la planta baja y dos dormitorios en la planta alta. Es vieja y tiene sus vigas de madera a la vista, lo que le da a la casa un aspecto rústico y encantador. Está en malas condiciones, pero el emprender una reforma es algo con lo que tenéis que contar siempre. Lo mejor es un inmenso patio en la parte posterior, abierto al cielo con una luminosidad impresionante. Igualmente, la casa ofrece buena luz. Junto al mayor de los dormitorios, hay una amplia terraza. El dueño parece una persona sensata y de lo visto hasta ahora es lo que más me ha gustado. Te envío la foto con este correo. Es la que corresponde a las imágenes que van desde la número 15 a la 21. Ya me dirás qué opinas.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 8

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Hoy toca relato. Éste se ambienta en la sociedad que existía en los últimos años del franquismo. La Organización Juvenil Española era el equivalente a las Juventudes Hitlerianas, o a los Flechas del Fascio italiano o, en otro sentido más democrático y decente, a los Boy Scouts. El Movimiento es el nombre que recibía el único partido político que en época de Franco estaba legalizado y que, como puedes adivinar, era el suyo. También te puedes hacer una idea del grado de descomposición que el régimen presentaba en los últimos años del dictador.

Del mismo modo que Hitler se autoproclamó Führer y Mussolini fue llamado Duce, el general Franco recibió el racial apelativo de Caudillo, término que evocaba tiempos de combates íberos asediados por romanos o de caballeros medievales en perpetua refriega con infieles. En esto, la versión española del fascismo europeo se mostró aventajada alumna.

Este relato, como todos, está basado en acontecimientos realmente vividos en este pueblo por aquellos años.

ORGANIZACIÓN JUVENIL ESPAÑOLA

Había hecho la guerra y la había ganado. Muy joven aún para percibir el alcance de su logro, acertó a sacar menos partido del

esperado. Pero no sentía frustración alguna. Ser Jefe Provincial del Movimiento era un buen cargo. Luego, estaba su familia: una esposa sumisa y atenta; unos hijos varones todos buenos chicos, estudiosos, decentes y leales al Caudillo tanto como su padre. Finalmente, una hija piadosa y honesta.

Un día llegó el anónimo. En uno de los pueblos de la provincia bajo su mando, el local de la Organización Juvenil Española se había convertido en un antro donde se fumaban sustancias extrañas, se bebía en exceso, se blasfemaba, se bailaban aires pecaminosos entre penumbras y, lo que era peor, el retrato del Caudillo había sido colgado de cara a la pared. Intentó resolver el asunto por vía oficial. Mandó inspecciones que no descubrieron nada reprochable. Todo era un ordenado colectivo de chicos y chicas uniformados y ensayando cantos patrióticos. Evidentemente, la autoridad local amparaba el cotarro. Su intuición le decía que el anónimo era cierto y el aspecto impecable que se mostraba durante las inspecciones, le escamaba. Cavilando cómo detener aquella evidente orgía, ideó un plan.

Infiltró al mayor de sus hijos en la organización del pueblo. Era quien contaba con su mayor confianza. Durante un tiempo careció de informes. No se impacientó porque sabía que la tarea era delicada y requería constancia.

Al cabo de unos meses, tuvo la primera noticia sobre lo que pasaba. Y la última. El muchacho había dejado embarazada a la hija del alcalde y ambos se fugaban a una colonia de hippies en Fuerteventura, todo lo cual constaba en una carta de puño y letra de Alvarito, bajo el yugo y las flechas, el saludo ritual de “¡Arriba Española!” y el membrete de la Organización Juvenil Española.

Un saludo cordial,
Hirtio

Carta 9

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Sigo intimando con aquel compatriota que te mencioné en un correo anterior. Se llama David Tomlinson. Es originario de Newcastle, pero está instalado en Almenar del Monte desde hace unos años. Cuando él llegó aquí, apenas había británicos y tampoco se les esperaba. Dice que siguió las huellas de Gerald Brenan, un inglés que vivió en una zona de Granada llamada Las Alpujarras, un enamorado también de esta tierra.

Dave era creativo en una agencia de publicidad. La vida le sonreía y tenía una existencia rutinaria, pero feliz, con su mujer y sus dos hijas. Gozaba de un excelente nivel de vida, ya que a su sueldo se unía el de su esposa, una reputada profesora universitaria especializada en teoría política. Pero su vida cambió bruscamente. Una noche, cuando volvía a casa de una reunión en la que había logrado llevarse para su empresa la cuenta de publicidad de una importantísima multinacional, exultante por el buen resultado de su trabajo, tuvo la mala fortuna de encontrarse de frente en la autopista con un conductor suicida. No pudo esquivarlo del todo. Pasó varios meses en el hospital con momentos en que estuvo a punto de morir. Pero sobrevivió. Hubo de pasar aún un par de años hasta que se encontró lo suficientemente recuperado como para llevar una vida normal,

aunque con algunas secuelas. Lo peor fue que en ese período de tiempo su mujer lo abandonó y perdió todo lo que había sido su existencia hasta el momento del accidente.

Tuvo oportunidad de reincorporarse a su antiguo trabajo. Pero demasiadas cosas habían cambiado en su vida como para intentar retornar al viejo camino. Así que con la indemnización millonaria que le dio la casa de seguros del conductor suicida, el dinero que resultó de la liquidación en su empresa y algunos ahorros, decidió darle un vuelco a su existencia. Y llevó a cabo un sueño que siempre tuvo y que nunca se atrevió a hacer realidad porque era incapaz de romper con todas las responsabilidades que se había echado sobre sus espaldas a lo largo de su vida.

Tomó un avión y se plantó en Andalucía. Buscó durante una temporada dónde asentarse y acabó en este pueblo, donde lo siguen llamando “el inglés” a pesar de que actualmente hay más compatriotas asentados en estas tierras. En aquellos tiempos, comprar una casa era una labor bastante fácil y económica. Es feliz y se le nota. Vive de sus rentas y de vez en cuando gana algún dinero haciendo en ocasiones de intérprete, en ocasiones de corredor inmobiliario, otras veces traduciendo folletos turísticos, como guía por los senderos de la sierra y, en general, de lo que surge. Bajo su mismo techo habita una mujer sudamericana, una inmigrante de las que en los últimos tiempos abundan en España y juraría que tienen una relación que va más allá de lo que parece. Formalmente, ella se encarga de la casa y en público mantienen una respetuosa distancia. Pero no creo que esa actitud se deba a que Dave desee mantener una cierta imagen, sino a que los dos son así. Como comprenderás, después de la peripecia vital de nuestro compatriota, el qué dirán le importa tanto como la lluvia un día de invierno.

Dave ama esta tierra y a lo largo de algunas charlas que llevamos encima, me da su versión del carácter de estas gentes. Te lo cuento. Esta tierra ha sido habitada y explotada desde antes

de los tiempos históricos, que, con todo, se remontan a casi tres mil años de antigüedad. Hace esa friolera de años, ya había aquí ciudades y civilización. Esta tierra ha sido invadida y colonizada por numerosos pueblos, imperios, naciones, cada uno con sus costumbres, religiones, mentalidades. Para Dave, la característica esencial de las gentes de aquí es su sentido de la realidad, de la auténtica realidad de la vida y de los valores que la sustentan. Los andaluces, ante las dos plagas de la vida, el sufrimiento y los poderosos, reaccionan con una especie de resistencia pasiva propia de los pueblos viejos. No se creen lo que les cuentan los que poseen el poder y, es más, los utilizan mediante una aparente sumisión que les permite extraerles todo lo que pueden. Mientras, en su fuero interno, los consideran pobres gentes que creen dominar las almas, cuando sólo logran dominar los cuerpos. Ante los sufrimientos de la vida, se resignan y se lamentan a su modo. Su rebeldía se manifiesta en sus fiestas, donde dan curso a la energía reprimida en otras actividades de la vida. En las fiestas se desbordan porque es el momento de liberarse de todo aquello que pretende socavar su amor propio y su capacidad de afrontar la existencia. Por ello, según Dave, son tan inclinados a los jolgorios. Todo esto hace que los andaluces sean reticentes a aquellos valores que el mundo desarrollado aprecia por encima de todos los demás. Los andaluces no tienen ese sentido casi sagrado del trabajo que los pueblos del norte tenemos. Para ellos el trabajo se trata de algo que es forzoso realizar para poder tener lo fundamental. Generalmente, los andaluces prefieren un buen instante con sus amigos acompañados de buena mesa y buena bebida, algo improductivo que no les reporta beneficio material, antes que ganar una buena cantidad de dinero empleando ese mismo tiempo en trabajar.

El capitalismo lo tiene difícil en esta tierra, porque el andaluz no se cree esos valores que nosotros tanto propugnamos.

Se ríe de ellos y ante nuestros desvelos por ganar más dinero, ellos prefieren ofrecernos una copa de vino y animarnos a disfrutar de la vida. Los andaluces son unos anarquistas pacíficos que parecen ser dóciles, pero que se ríen de quienes los consideran así y como muestra de esa rebeldía, prefieren dedicar sus energías a actividades no productivas. A fin de cuentas parecen saber que siempre habrá alguien que saque más partido que ellos de sus desvelos y por esa razón no merece la pena sacrificar ni más tiempo ni más esfuerzo del conveniente.

Es la visión de Dave; su particular versión, en la que rastreo indicios de algunos tópicos muy extendidos fuera de estas fronteras. Es indudable que pueden gozar de una cierta calidad de vida. Pero esa calidad de vida se fundamenta en disponer de momentos para comer, beber y celebrar alguna fiesta, no en disfrutar de buenos servicios sociales o de un aparato administrativo eficaz. Por otra parte, están siempre sometidos a dirigentes corruptos y prepotentes que sacan partido de esa especie de desidia que poseen. En unas pocas palabras, los andaluces prefieren que el estado les pague un plato de jamón y una copa de vino antes que poder tener un médico de guardia en medio de la noche para una urgencia. Es la otra cara de la moneda.

Así se lo dije a Dave la noche en que charlábamos delante de la puerta de su casa. Me sonrió y me llenó la copa de vino blanco que tenía delante de mí. “Tú naciste aquí y te escapaste hacia allí; yo nací allí y me escapé hacia aquí. Somos afortunados: tenemos lo que deseamos.” Esas fueron sus palabras.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 10

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Es curiosa la relación con el ruido que tienen estas gentes. Junto con el calor asfixiante es la impresión más fuerte que reciben los forasteros. El ruido lo impregna todo y parece formar parte de sus vidas de un modo tan constante como imperceptible para sus oídos. Nunca como en este caso parece ser verdad aquello de que la costumbre termina por abotargar todos los sentidos. Quizá sea que el índice tan abusivo de decibelios ha deteriorado de tal modo su sentido de la audición que no perciben sus molestias. O quizá sucede que ya ni le prestan atención, como aquellas personas que tienen la desgracia de vivir junto a una estación de trenes y se acostumbran a sus traqueteos y chirridos.

Sea por unas u otras razones, el ruido no es percibido como molesto por los andaluces. Hay ruido por todas partes. No sólo en esos nefastos cohetes que estuvieron martirizándome el otro día. Si entras en un local público, los presentes hablan a voz en grito y crean un alboroto persistente que taladra los oídos de quienes no estamos hechos a semejantes expansiones. Hay ruido en las calles. Los muchachos tienen la extendida costumbre de trucar sus motos para hacer mucho más ruido que cuando salen de fábrica, con lo que caminar por estas calles o

estar sentado en un sillón con las ventanas abiertas es un continuo sobresalto. Parece ser que hay leyes contra todas estas manifestaciones de incivildad, pero como suele ser corriente en este país, nadie se preocupa de hacerlas cumplir. La policía no les hace caso y los ciudadanos son en esto, como en otros muchos aspectos, grandes conformistas que aceptan lo que hay sin intentar cambiarlo por algo mejor. Esos mismos jóvenes son aficionados a organizar fiestas en plena calle ambientándolas mediante el curioso método de poner música estridente en la radio de sus coches, abrir las puertas de par en par y atronar al vecindario. A esto lo llaman movida o botellona, en el primer caso creo que porque los jóvenes mueven el ambiente o ellos se mueven; en el segundo, porque el objeto de esas reuniones es competir por ser el primero que cae redondo al suelo en plena borrachera. Me han dicho que nada se puede hacer contra esto, porque las autoridades le tienen miedo a la juventud y, por otra parte, hay en estas gentes una rara mentalidad colectiva que proscribiera cualquier actitud que prohíba. Es como si el mayo del 68 francés hubiera encontrado su paraíso aquí. Del mismo modo que todos los paraísos predicados anteriormente, el resultado de éste es abominable.

En la calle principal del pueblo hay un comercio que tiene orientados hacia la calle un par de altavoces por los que se difunde escandalosamente música durante el horario laboral. Me han dicho que el dueño cambia los motivos musicales según la época del año, de tal modo que en Navidad deleita a la concurrencia con villancicos a todo trapo; durante el carnaval anima a la clientela con cantos del momento; durante las fiestas de Semana Santa expande por los alrededores compases de esas marchas ramplonas con las que acompañan a sus ídolos; durante las ferias, son cantos folclóricos (especialmente los denominados sevillanas por proceder de la ciudad de Sevilla) los que se pueden oír a todo lo largo de la calle, y así hasta que el ciclo de

las festividades se cumple y vuelve a empezar el año. Nadie parece estar molesto con este afán musical del aguerrido tendero, pero a mí, concretamente, me resulta bastante enojoso tener que pasear por esa calle. El volumen con que propaga sus aficiones musicales atacan mis pabellones auditivos de un modo atroz.

En las verbenas y fiestas populares la música está puesta a toda potencia. Los propietarios de las atracciones y de los locales donde se sirven comida y bebida compiten entre ellos a ver quién monta más ruido para atraer a los clientes. Nada les importa que en las cercanías vivan personas dentro de sus casas. Es más, dichas personas parecen aceptar estos inconvenientes sin rechistar.

Hasta en los funerales, que en otros sitios suelen ser espacios de silencio, de recogimiento y de paz ante la presencia del difunto y el dolor de sus deudos, se convierten aquí en motivo de ruido. Si el personaje fallecido es famoso o los conciudadanos se consideran agradecidos a su labor, aplauden al paso del féretro o le gritan frases elogiosas. Si no es nadie relevante, ya se encargan sus deudos de colmar el ambiente con gritos y exclamaciones de dolor.

Diría, quizá, mi amigo Dave, admirado, que con este culto al estruendo los andaluces combaten la triste realidad de la vida y, al tiempo, atacan el orden burgués que requiere un silencio propio de conventos.

En todo caso, Andalucía no es un lugar donde venir a encontrar paz y tranquilidad, salvo que uno se esconda en el interior de sus campos y escape de las poblaciones, sean grandes o pequeñas. Como comprenderás, después de todo lo que estoy recordando y, al tiempo, experimentando nuevamente por aquí, te confieso que me están entrando deseos de disuadirte en tu afán por adquirir una casa en estos pagos. Seguro que hay luga-

res en el mundo donde eso del respeto sea un concepto realmente comprendido y llevado a la práctica.

Al principio de mi llegada a Almenar del Monte, con intención de variar alguna mañana el desayuno del hotel (por otra parte, exquisito) acudí a una cafetería. Instalada recientemente, mostraba un diseño cuidadoso para lo que aquí se acostumbra. Las dependientas iban vestidas con pulcros uniformes y se deshacían en una amabilidad casi británica. Pero el *genius loci* se cruzó en mi camino. El primer día gocé de una agradable experiencia. Ni siquiera había música de fondo. Sin embargo, el segundo día que me senté en la misma mesa que el día anterior (siempre me han gustado esos hábitos tan literarios), sucedió lo inevitable.

Haciendo malabares con la pesada puerta de entrada, hizo su aparición una señora de tamaño un tanto elefantiásico, de rostro adusto, pelambre hirsuta en la cabeza y una sonrisa que cualquier explorador consideraría sospechosa, en el caso de encontrarse rodeado de una tribu de antropófagos. En conjunto tenía un aspecto entre espectral y monstruoso. Enarbolaba, más que conducía, un carrito de niño a bordo del cual asentaba sus reales una supuestamente tierna criatura.

La entrada de la señora fue acompañada de un grito horriblo que taladró mis tímpanos. Era su particular y racial manera de saludar a una concurrencia a todas luces sobradamente conocida. Su saludo fue respondido con una cordialidad directamente proporcional a la que mostrara la emisora. Inmediatamente, la criatura secundó las expresiones de alborozo generalizadas entonando un infantil berrido.

El ambiente de la cafetería se estaba caldeando y yo empezaba a sospechar que lo experimentado el día anterior fue una rara circunstancia que en pocas ocasiones se da por estos lares. El estafermo, vestido de bambito de flores y babuchas tipo moruno con lentejuelas de latilla, se sentó en una mesa próxima a

la que yo ocupaba. Seguidamente, dejó suelta a la criatura que llevaba. A todas luces se trataba de su querido y angelical nietecito.

Puedes imaginar cómo siguió esa refinada sesión de tortura. Me era difícil escapar a todo gas porque tenía a medio tomar mi café y mis tostadas (hazte a la idea de que aquí es imposible desayunar como en Gran Bretaña). Así que el destino fatal no me dejaba más vía de salvación que apurar el ritmo de mis consumiciones y salir lo más pronto posible del lugar. Mientras me quemaba la laringe tomando el café y me atragantaba engullendo las tostadas, me dio tiempo, mísero de mí, a escuchar las admoniciones del monstruo. Repantingado en toda su redondez en una tímida silla, sin mover ni uno solo de sus pliegues de grasa y pellejo, berreaba sobre su nieto para que dejase de gritar y de incordiar a la parroquia. Por supuesto que el niño no le hacía el menor caso.

Para mayor abundamiento acerca del ambiente en el selecto local, hicieron su aparición dos señoras de similar pelaje al de la abuela, que iniciaron con una de las dependientas un diálogo que sonaba, aproximadamente así:

PRIMERA CLIENTE: ¿Cómo estás, chocho?

SEGUNDA CLIENTE: ¡Estás más gorda, cabrona!

DEPENDIENTA: ¿No ves? Culo y tetas. Cada vez tengo más culo y más tetas.

ABUELA: ¡Kevin, cabrón, ven aquí a tomarte el cola-caol!

Me ahorro la continuación de la escena. Salí de aquel lugar y no he vuelto ni pienso volver. Al menos en el restaurante del hotel no hay más que clientes, es decir gente que no es del lugar, y parecen todos estar poseídos de un cierto pudor.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 11

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Me paso las horas muertas charlando con Dave. A pesar de su profundo cariño hacia esta tierra, sus gentes y sus costumbres, aspecto escasamente compartido por quien esto escribe, tiene una conversación amena y es un pozo de sabiduría acerca de los asuntos de Andalucía. Tanto es así que me está sirviendo para enterarme de los acontecimientos históricos y sociales recientes tanto del pueblo como de la región.

Te adjunto otro de mis relatos verídicos.

EL PÁRROCO

Don Cipriano, cuando llegó destinado al pueblo, se encontró con una agradable sorpresa: el cementerio no pertenecía al ayuntamiento, sino a su parroquia. Don Cipriano había nacido en una cabaña en medio del monte. Sus padres se quitaban el hambre a bofetones y lo mandaron al seminario con ocho años porque con dos hijos varones había bocas de sobra. Don Cipriano, aunque no podía disfrutar abiertamente de las riquezas dado su carácter sacerdotal, apreciaba sobre todo el dinero. Porque ese dinero no sólo le aprovechaba para las obras asistenciales y para el adorno de la iglesia, sino también para la austera comodi-

dad de la que se rodeaba en su hogar; una comodidad tan merecida, por otra parte, habida cuenta de su dedicación incansable a la tarea de la cura de almas.

Al poco de llegar puso precio a la entrada del cementerio. Cuando un deudo quería visitar la tumba de algún difunto, debía abonar una cantidad. El enterrador pasó a ser también taquillero.

La verdad es que la medida no agradó a los parroquianos. Pero nadie protestó. En aquel pueblo, el cura aún era un personaje con autoridad. Envalentonado, don Cipriano aumentó los precios por enterramiento, por cuidado de nichos y tumbas, por alquiler. Una tarde, el párroco mandó traer de la capital una máquina que abría automáticamente la cancela. Así se ahorró el sobresueldo que le entregaba al enterrador por su función de portero.

Las finanzas de la parroquia iban viento en popa, hasta que un día ocurrió la desgracia.

Doña Caridad, la dama más rica del pueblo, digna viuda del dueño de más de la mitad de todo el municipio, acudió un viernes por la tarde a llevar flores. Era una labor piadosa con la que cumplía frecuentemente. La visita era a la tumba de su marido, un historiado panteón donde reposaban varias generaciones de la familia.

Doña Caridad no sólo entregaba la moneda cada vez que acudía al camposanto, sino que, para dar ejemplo, duplicaba o triplicaba la tasa. Como era habitual, aquel viernes marchó sola al cementerio. Introdujo la moneda en la máquina y hurgó en su monedero para dejar la propina en el cepillo que don Cipriano situara junto al dispositivo automático, por si algún fiel se sentía generoso. Accedió la señora al interior, se acercó a la tumba de su marido, limpió la entrada, retiró la flores viejas y depositó la nuevas. Comenzaba a oscurecer. Terminada su tarea, se encaminó a la puerta. Intentó abrir el portalón, pero la

cerradura se resistió. Repitió la operación varias veces, sin tener éxito en ninguna de las ocasiones. Comenzó a tener miedo. No había nadie ya en el cementerio. Gritó pidiendo auxilio y nadie le respondió. Golpeó con fuerza el portalón y nadie acudió. Su horror fue definitivo cuando se percató de que ese viernes comenzaba un largo puente que duraría hasta el martes siguiente. Durante esos días el pueblo se vaciaba prácticamente en la romería que por una vieja tradición llevaba a los vecinos a la ermita de la Virgen de la Montaña. Y la ermita estaba en la dirección opuesta al cementerio.

Doña Caridad falleció a los quince días de aquel suceso. En parte fue provocada su muerte por la angustia de haberse visto encerrada en el cementerio durante cuatro días, hasta que la halló el enterrador. En parte, porque se había alimentado de las flores que halló en las tumbas y se había bebido el agua podrida de los jarrones.

A disgusto, don Cipriano eliminó el cobro de la entrada y salida del cementerio después de tan horrible suceso. No le gustaba la medida porque doña Caridad, en un último arranque de lucidez antes de morir había hecho llamar al notario y había cambiado su testamento. Sí, ese antiguo testamento cuyo contenido todos conocían en el pueblo, porque la interesada lo estuvo pregonando constantemente. Su fortuna ya no sería para la parroquia, sino para el asilo de las monjas del pueblo vecino, para esa pandilla de peseteras, pensaba enfurecido don Cipriano.

Un cordial saludo,
Hirtio

Carta 12

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Creo que ya estoy en disposición de empezar a darte razones sobre la política en Andalucía, aunque te anuncio que habrá alguna otra carta además de ésta donde trataré el asunto.

Una de mis fuentes de información es Dave. Aunque es necesario tomar sus apreciaciones con cierta reserva, ya que muestra una evidente inclinación a bieninterpretar lo que por aquí sucede. Pero aplicando un poco de sentido común, es decir unos criterios propios de planteamientos liberales, a la información que voy recopilando a través de los diferentes medios de comunicación y a la experiencia que personalmente voy ganando, las conclusiones que pueda sacar quizá sean lo más próximas posibles a lo que realmente ocurre en esta región.

Hoy te voy a adelantar tres testimonios que el propio Dave me facilitó ayer, mientras comíamos a la sombra de un mendero, junto a una fuente, en un ambiente de cierto frescor que aliviaba las crudezas del verano andaluz. Frente a un gazpacho (una sopa fría que es muy sabrosa y que me fue recomendada en ese restaurante por Dave), un maravilloso pescado a la plancha con una escueta y suave salsa hecha a base de aceite de oliva, perejil, albahaca, limón, sal y una pizca de ajo, todo acompañado de un excelente vino blanco, nuestro compatriota des-

granó tres secuencias que reflejan la mentalidad política más difundida en las gentes de Andalucía.

Al poco de que los socialistas ganasen la primeras elecciones en la España democrática, allá por los primeros años 80 del siglo pasado, un ilustre andaluz, originario de Sevilla y vicepresidente del flamante gobierno recién elegido, no tuvo empacho en proclamar a los cuatro vientos que Montesquieu había muerto. Para cualquier persona formada en los principios elementales de la única democracia real, la democracia basada en las ideas liberales, el significado profundo de esas palabras no deben escaparse del entendimiento. Para aquel ilustre andaluz, el equilibrio de poderes que consigue limitar la inevitable tendencia abusiva del gobernante, es una farsa que debe desterrarse. O sea, en otros términos, que semejante sujeto no tenía nada de demócrata y sí mucho de totalitario.

Un buen día Dave marchaba en taxi por Sevilla, ciudad a la que había ido para resolver unos asuntos y, de paso, conocer sus encantos turísticos. El conductor llevaba la radio encendida. Ambos pudieron oír la noticia acerca de que el hermano del mencionado alto cargo socialista se estaba enriqueciendo gracias a un despacho clandestino instalado en una dependencia oficial del gobierno. Cobraba dinero a aquellos que acudían a su amparo por hacer favores ante el poder político. El taxista, entonces, indignado le dijo sin mayores reparos a Dave que el sujeto hacía muy bien, ya que “los de derecha” llevaban siglos robando al pueblo y que ya era hora de que alguien procedente de ese mismo pueblo pudiera robar a gusto. El pobre de Dave se quedó con las ganas de responderle algo mucho más acorde con la racionalidad, pero se calló porque el tono y las maneras de aquel trabajador mostraban un índice tal de agresividad que temía por su integridad física. Esta anécdota es muy significativa del concepto que se tiene por estas tierras del poder y del Estado. Lo que el ignorante taxista desconocía, entre otros funda-

mentos de una democracia elemental, es que los pagos hechos por los peticionarios al corrupto socialista luego los recuperarían sacándolos de las arcas del Estado a través de mil y un procedimientos. La cadena de conclusiones es siempre la misma: déficit del Estado, aumento de impuestos, inflación, etc. Al final, el corrupto al que realmente roba, vía impuestos e inflación, es al miserable taxista que se lleva más de doce horas al día calentando su asiento y aguantando atascos, clientes y demás avatares de una profesión tan aperreada.

La guinda que corona el pastel de las concepciones políticas andaluzas es mucho más reciente. ¿Te acuerdas de esa infame canción que se puso de moda hace algunos años llamada Macarena? ¿Recuerdas cómo nos castigaron con su ritmo ramplón en aquel crucero por el Rhin durante nuestro viaje a Alemania? Si ya de por sí el soniquete es insoportable, oír cómo cantan Macarena en alemán resultó una experiencia traumática. Pues bien, los perpetradores de semejante fechoría son dos se villanos cuyo nombre de guerra es *Los del Río*. Supongo que ese “río” debe ser el Guadalquivir, el único río digno de ese nombre en esta tierra. Esos dos genios del arte musical andaluz fueron invitados como elemento folclórico a un encuentro multitudinario con motivo del referendo de esa cosa llamada Constitución europea. Los organizadores eran los socialistas andaluces, que estaban totalmente de acuerdo con lo que se declaraba en ese monumento a la indigencia intelectual y política de nuestra sufrida Europa. La televisión, que aquí está controlada en su totalidad (tanto los canales públicos como los privados) por los mencionados socialistas, les hizo una entrevista a los dos se villanos. Preguntados acerca de su respuesta afirmativa en el referendo, que se daba por supuesta, los músicos, por llamarlos de algún modo, reconocieron que no se habían leído el texto, pero que eso no era necesario. Ellos confiaban ciegamente en los políticos, porque eran gente más leída, más ilustrada e ins-

truida que ellos y que sabían mucho mejor que el pueblo lo que el pueblo necesitaba. Si los políticos (socialistas) pedían el sí, ellos les daban el sí con los ojos cerrados.

Después de estos comentarios, comprenderás que eso de la democracia en esta tierra es un concepto tan ajeno a su realidad cotidiana, como el caviar ruso a los bastos paladares de cualquier adolescente de los que pueblan los establecimientos donde se despachan hamburguesas y salchichas.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 13

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Por supuesto que dentro de las colectividades humanas hay gente de todas clases y personas que se apartan de la norma establecida por los demás. Pretender que existe algo así como un espíritu común a todos los integrantes de un pueblo es absurdo. Pero estas apreciaciones no obstan para que siempre se imponga una especie de carácter general a quienes forman parte del grupo humano. Son criterios de actuación, normas no escritas, orientaciones sobre lo que se acepta y lo que no se acepta y por tanto, lo que es bueno y lo que es malo. Siempre hay quien se excluye de estos esquemas de mentalidad, pero la imposición existe.

En este sentido, creo que una primera división universal de los pueblos, las naciones, los países o como quieras llamarlos puede establecerse entre aquellos que se sienten libres y los que se sienten siervos.

Los primeros achacan a sí mismos o a factores que pueden manejarse o reconducirse el curso de los acontecimientos. Reniegan de fuerzas trascendentes o extrahumanas que decidan de forma irrefutable lo que ha de acontecer. Por tanto, consideran que la acción es resultado de la voluntad. Estos pueblos son libres, porque son conscientes de que su actitud ante la vida nace

de la expresión de esa misma voluntad. Posteriormente, el complejo juego de las circunstancias pueden llevar a buen término la actuación o no. En todo caso, si fracasan, achacan el fracaso a sus propios fallos, lo que les permite ejercer una labor de crítica que impida un posterior fracaso. No son pueblos ateos o irreligiosos, sino que no aceptan que la voluntad de los dioses sean la última instancia decisoria del acontecer humano. Ni que decir tiene que este tipo de colectividades humanas florecen en medio de las mentalidades originarias del mundo anglosajón y del norte de Europa. Podríamos hablar largo y tendido de la influencia de la reforma protestante sobre esta mentalidad, pero ya se ha discutido bastante sobre este particular por parte de los sociólogos. No es en balde que las naciones más desarrolladas del planeta respondan a esta mentalidad. Por otra parte, han impuesto ese modo de proceder a todo el mundo, lo que provoca que quienes no lo aceptan quedan excluidos de la prosperidad.

Ese espíritu libre está acompañado de otras ventajas: la responsabilidad individual y la exigencia de respeto a la libertad igualmente individual, la única libertad real, lo que lleva a aceptar como único régimen político posible la democracia liberal con todas sus características, así como la libertad económica y el libre juego del mercado.

Existe, junto a estos pueblos, que, dicho sea de paso, son la minoría, otros pueblos que integran la mayoría de la humanidad. Son los pueblos siervos. Se caracterizan por pensar que el resultado de la actividad humana no depende de la voluntad de las personas, sino de otras fuerzas que escapan al control humano. Estas fuerzas suelen ser divinas, pero también pueden estar integradas por abstractas leyes universales de inexcusable cumplimiento. Estos pueblos son pueblos resignados, fatalistas, dados a aceptar las tiranías como único modo viable de régimen político. Son pueblos irresponsables, por cuanto renuncian a su libertad y, por ende, a la responsabilidad que le es inherente. Sue-

len ser pueblos rencorosos, resentidos y que justifican su falta de fe en la iniciativa humana en la perversa actuación de otros, que, a fin de cuentas, no son sino los instrumentos de esos poderes trascendentes que todo lo rigen y cuyas decisiones no puede uno hacer más que acatar sin rechistar. Estos pueblos no aceptan el modo de proceder de aquellos países desarrollados, se niegan a asumir sus postulados y se sumen, normalmente, en la miseria material. La tiranía impone una falta de libertad en todas sus variedades. En esas zonas no hay libertad de prensa, ni de movimiento, ni de expresión y las gentes están sometidas a las consignas del poder.

La represión que ese miedo a la libertad ejerce sobre las personas sometidas a este tipo de mentalidad provoca, asimismo, un sadismo en aspectos cotidianos de la vida. Suelen ser más insolidarios, más sectarios, y en la política suelen mostrar modos violentos, agresivos y, muy frecuentemente, sangrientos. En esta misma línea, esos pueblos se repliegan sobre sí mismos de tal manera que encumbran hasta niveles inconmensurables sus rasgos distintivos y desprecian, cuando no atacan y exterminan, todo aquello que les suene a ajeno.

Esta descripción es muy a grosso modo. Hay innumerables matices. Pero con esta digresión pretendo explicar que Andalucía pertenece al segundo tipo. La descripción de las características de los pueblos siervos encaja perfectamente con la descripción del carácter de los andaluces, siempre haciendo mención expresa de que hay muchísimos andaluces que no encajan en estos esquemas. Pero la presión de la mentalidad existe y actúa sobre los habitantes de estas tierras. Lo que salva a los andaluces es su situación geográfica. Si en vez de estar situados en el extremo sur de Europa, estuvieran situados en otra zona del planeta, su estado sería penoso. Probablemente, sería semejante a las repúblicas más míseras de Sudamérica o los países musulmanes pobres. Pero han tenido la inmensa suerte de estar

vinculados a nuestro continente, con lo cual los efectos de su mentalidad servil se ven atenuados gracias a los recursos que el resto de los ciudadanos europeos y de los demás españoles de regiones más ricas, les ofrecen.

El andaluz carece de conciencia cívica, piensa que haga lo que haga siempre va a haber alguien que se aproveche de su trabajo, lo que le inclina a la chapuza y a la huida de la labor bien hecha. Prefiere gobernantes corruptos que le faciliten una existencia precaria, pero segura y despreocupada, antes que luchar por su propia dignidad como ciudadano y elaborar su propio proyecto de vida. En esto entronco en cierto modo con Dave, ya que su afición a las manifestaciones festivas no dejan de ser un rasgo distintivo esencial, porque les permite evadirse de una realidad que no es, ni mucho menos, halagüeña. Con esto no estoy diciendo que Andalucía sea una tierra mísera. Aquí se ve riqueza y bienestar. Pero me temo que esas ventajas de la civilización se deben más a lo que otros les dan que a lo que los propios andaluces se ganan con su esfuerzo.

Ayer fui testigo de una escena que resulta muy significativa. Acudí con mi agente inmobiliario a la notaría de la localidad cercana, donde se escrituran las operaciones comerciales. Le acompañé por curiosidad. Iba con otros clientes. Unos eran compradores y otros vendedores. Almenar del Monte es un pueblo pequeño y el notario que se encarga de esta zona está en una localidad más grande a unos quince kilómetros de aquí. Los oficiales de la notaría habían dado cita a mis acompañantes para las 9,30 horas de la mañana. Llegamos a las 9,15 horas. La puntualidad se debía a que los compradores eran una pareja de jubilados de Manchester que insistieron mucho en que todos debían estar a su hora en la notaría.

Cuando llegamos, había un reducido grupo de gente esperando. Eran en su mayoría gentes de rostros endurecidos por las faenas del campo, aunque también se vislumbraba entre los

presentes alguno con aspecto más capitalino. Nada más acercarse el agente al mostrador donde estaban los empleados de la notaría, éstos le comunicaron que el señor notario no había llegado aún. Oficialmente, su jornada empezaba a las 9,00 horas, me comentó con desidia el agente. Los minutos comenzaron a pasar y el notario no aparecía. Los rostros de los empleados no mostraban ninguna sorpresa.

A las 10,45, el agente les preguntó si tardaría mucho en llegar el jefe. Ellos le respondieron que estaba al llegar. Nos plantamos en las 11,30 y el notario no llegaba. Nueva pregunta y nueva respuesta de que estaba a punto de llegar. Finalmente, ya desesperados los que en aquella reunión éramos extranjeros, porque los nativos apenas si esbozaban un gesto de resignación, el notario entró sonriente y lleno de vitalidad, sin amago de pronunciar la menor disculpa, a las 12,15 horas del día de la fecha. Los empleados de levantaron como una flecha y se metieron con él en su despacho. Previamente, había efectuado una llamada desde su coche para que uno de ellos bajara a abrirle la puerta del garaje, mandato que el hombre realizó con toda presteza y diría que hasta temor. Me pregunté si el ilustre funcionario consideraba que dentro de sus emolumentos no entraba la agotadora misión de apretar suavemente el botón del mando a distancia que abría la puerta de la mencionada cochera. Esperamos algo más, en medio de un nutrido grupo de gente que se había ido incrementando con el paso de las horas. Finalmente, entraron aquellos a los que había acompañado y en cuestión de cinco minutos estaban fuera.

De regreso a Almenar, el agente me comentó que esa era la actividad normal del notario. Llegaba tarde, en cuestión de un par de horas se quitaba de encima el trabajo pendiente y regresaba a Málaga, donde tenía su residencia. Por otra parte, no se puede dar por sentado que llegará tarde, porque ocurre en raras ocasiones que acude a su despacho a la hora prevista y

entonces si el demandante de los servicios no está presente, corre el turno y debe esperar a una nueva cita. En suma, todos están subordinados irremedablemente al capricho del notario, que, por cierto, me han dicho es una de las profesiones que permiten a quienes la ejercen enriquecerse de modo legal hasta niveles insospechados.

Con un cierto grado de indignación le pregunté si nadie lo denunciaba por ese proceder tan escasamente profesional. El muchacho se sonrió y me respondió que nadie se preocupaba de hacerlo porque daban por sentado que nada harían en altas esferas para repararlo. Así que, lo único que les queda a estas gentes es resignarse y aguantar las arbitrariedades de los poderosos. Luego, en el ámbito íntimo de sus hogares y de sus amistades, critican con extrema dureza esos comportamientos. Pero de nada sirve la crítica, ya que, una vez desahogados, piensan que es inevitable que el poderoso abuse y que la mejor manera de combatirlo es evitarlo o, al menos, robarle cuando esté distraído.

Estos hechos me han provocado una gran ira. Pero me la aguanto y sólo espero que si llega algún día en que compres aquí algo, cuando haya que escriturar, el señor notario se haya levantado con ganas de trabajar y no te haga esperar toda la mañana para realizar una labor que precisa de apenas cinco minutos.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 14

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Esta mañana he sido testigo de un acontecimiento que me ha dejado una marca indeleble durante todo el día. No he podido dormir bien. Afortunadamente, en esta ocasión no había cohetes, petardos, ni más motos escandalosas de las habituales, algo a lo que voy lentamente acostumbrándome, como todos los almenareños. Tampoco mi desvelo fue originado por una cena copiosa e indigesta. Anoche tuve el inmenso privilegio de cenar solo en el restaurante del hotel y pude gozar con un simple filete asado con una ensalada, regados con agua mineral y una manzana de postre. La noche pasada, simplemente, no pude conciliar bien el sueño porque mi cabeza empezó a escapar hacia terrenos extraños donde no podía controlarla. No me pasa nada. No te preocupes. Parece que la estancia en este sitio me está alterando un poco. Todo comenzó con una pesadilla en la que se mezclaban angustiosamente figuras desgarradas de cristos y vírgenes, llenas de sangre y dolor, con casas derruidas, personajes sádicos que me perseguían para hacer estallar un cohete en mis orejas y algunas delicias más de mi subconsciente. Por unos instantes pareció que todas las experiencias acumuladas desde que desembarqué en Andalucía se rebelaron contra mi serenidad tradicional y se conjuraron para amargarme unos mo-

mentos. Me desperté sobresaltado a eso de las cinco y media de la madrugada. Ya no pude dormir más. En un arranque de iniciativa, decidí ducharme y salir a dar un paseo por el campo, que, como puedes suponer, está lindando con los muros del hotel.

El paisaje que rodea a Almenar del Monte es una tierra cubierta de olivos, lo que confiere un aspecto poco agraciado a la estética del terreno. Son hileras interminables y geoméricamente dispuestas de árboles más bien recortados, pero robustos, frondosos en sus ramas y hojas, cargados ya de aceitunas que serán recolectadas a partir del otoño. La tierra a sus pies varía según las zonas, desde el color claro, de un palidísimo amarillento al color pardo e incluso casi negro en otros sitios. Pero a poca distancia del pueblo se elevan las estribaciones de la Sierra, con unas montañas elevadas que en invierno, me cuentan, se cubren de nieve. En las faldas y con frecuencia más hacia arriba, abundan los pinos y una vegetación apretada.

Me encaminé hacia las montañas sin ánimo de subir las, sólo con el ánimo de despejarme un poco la cabeza y respirar el aire puro del amanecer. Estas son las horas más agradables del día en el verano andaluz. Es el momento en que la tierra ya ha escupido el calor que acumulara durante las horas de extrema insolación. Durante la noche, el frescor ha ido apropiándose de la tierra y sus pobladores, de modo que al amanecer corre una brisa reconfortante llena de limpieza y frescura que convierte esos momentos en inolvidables. Paseaba mirando las cumbres, cuando empezó a amarillear el borde superior de las montañas. Me detuve y me senté en un pedrusco que flanqueaba la carretera. A lo lejos se extendían campos de olivos que cedían su espacio a los pinos y los matorrales donde lo escarpado del terreno impide la labor de hombres y máquinas. La noche se iba muriendo lentamente mientras los pájaros empezaban a piar, despertándose de su sueño nocturno y algún que otro gallo anunciaba la mañana con su canto. El aire corría abundante y gene-

roso entre los rincones de los olivares y los cipreses, encinas y nogales que bordean la carretera. Poco a poco, el color de la noche fue tornándose azulado, blanquecino, de un pálido grisáceo, hasta que el sol dio sus primeras noticias de existencia haciendo brotar de lo alto de las cumbres un colorido rojizo, luego amarillo y, finalmente, un cerco brillante e insultantemente poderoso que empezaba a dominar las superficies que iluminaba.

Este espectáculo me retuvo casi una hora sin darme cuenta. La mañana se enseñoreaba del espacio y yo permanecía absorto, sentado al borde de una pista de asfalto, rodeado sólo del rumor de los animales y de los árboles, acariciado por una brisa revivificante que me llenó el pecho de una extraña alegría.

Cuando me di cuenta eran más de las siete de la mañana y ya había amanecido completamente. Me desperté de este estado casi de golpe, sin percibir etapa intermedia alguna que me hiciera pasar prudentemente de un raro éxtasis a la realidad.

Una vez repuesto de esa sensación, me levanté y volví al hotel. Allí tomé el desayuno al que me he acostumbrado y que cada día me gusta más. Un café con leche abundante, de sabor intenso, dos tostadas generosas del pan de Almenar con aceite de oliva virgen, un zumo de naranja natural y, para terminar, un trozo de un torta que elaboran artesanalmente en la panadería del pueblo y que contiene una mezcla de frutos secos con pasas y hojaldre sencillamente deliciosa. No sé cómo me las voy a arreglar cuando esté de vuelta en Londres para poder desayunar este tipo de manjares. Habrá que escudriñar las guías sobre la ciudad para encontrar tiendas donde vendan productos andaluces, aunque hay exquisiteces que nunca hallaremos allí, como este pan o este bizcocho.

El resto del día he llevado impreso en mi mente el sabor de ese amanecer.

Bajando a cuestiones más a pie de tierra, te diré que he visitado algunas casas en otras localidades del entorno. Te envío

las fotos que he hecho y junto al nombre de cada imagen la cantidad que piden por ellas.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 15

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Te envió un nuevo relato. Está basado en un comentario que oí a una anciana.

EL TELEGRAMA

Eufemiano, el cartero, era buena persona. No importaba la hora en que llegase el telegrama a la oficina de Correos del pueblo, él se ponía su gorra, tomaba el sobre y salía a la calle en busca del destinatario. No importaba si era invierno y llovía, si era verano y el sol recocía los tejados y las cabezas de los escasos viandantes que se atrevían a salir. Eufemiano cumplía con su deber; aunque su corazón se encogiese de dolor y las arrugas de viejo campesino salvado para menesteres más cómodos parecieran ahondarse más aún en su cara. Las mejores horas eran las de la mañana. Salía con el correo habitual. Los rostros de la gente no lo miraban entonces con pánico conforme pasaba a su lado, la cartera de cuero al hombro, el uniforme reglamentario, aunque algo raído. A veces engañaba sin quererlo. Era cuando en ese horario aparentemente inocuo llamaba la puerta de quien no sabía leer ni escribir o de quien jamás recibía cartas de ninguna clase. Los peores eran los momentos fuera del horario habitual

de trabajo. En esos instantes, veía con el rabillo del ojo como las celosías de las ventanas se abrían tímidamente a lo lejos; cómo las cortinas se descorrían con miedo conforme lo miraban avanzar en su dirección. Siempre eran revuelos de tocas negras, de negros pañuelos y negros vestidos los que se vislumbraban recónditos tras los ligeros escondrijos de celosías, persianas y cortinas. Ellas, las más osadas, a veces hasta abrían un poco la puerta de la calle y la cerraban con un suspiro cuando comprobaban que Eufemiano pasaba de largo. Hasta que llegaba a la casa maldita, tocada por la mala suerte. Eufemiano llamaba, aunque sabía que dentro ya conocían su presencia y su objetivo. No hacía falta que nadie leyera el telegrama. Los de la casa estaban bien al tanto de sus noticias. Siempre eran revuelos de tocas negras los que gemían en el interior de la casa. Revuelos de madres. También de padres, hermanos, hijos. Pero, sobre todo, de madres. Ellas, aunque a veces no gritaran, transmitían a Eufemiano más que nadie su dolor. En esos momentos, pensaba que hubiera cambiado semanas de verdeo al sol de septiembre por no entregar uno solo de esos telegramas del Ministerio de la Guerra, por no comunicar a una de esas madres la muerte de su hijo.

Un cordial saludo,
Hirtio

Carta 16

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Podrás deducir de las cartas que te voy escribiendo que mi opinión sobre esta tierra y sus gentes no es precisamente positiva. Quizá me miren como un guiri altivo y estúpido que no sabe apreciar las bondades de este clima, de la fertilidad de sus campos y el buen carácter de los nativos, pero no puedo evitar someter mis experiencias a este temperamento crítico que los dioses me concedieron al nacer y que junto con mi inmensa curiosidad están dando lugar a esta serie de escritos que te hago llegar regularmente.

Esta opinión salió ayer por la tarde reafirmada. Desgraciadamente, coincidió que haciendo zapping en la televisión de mi habitación apareció en la pantalla el escenario típico de una corrida de toros. Mi ánimo me llevaba a pasar de largo porque sabía que el espectáculo no iba a ser de mi agrado; pero esta especie de obligación de recordar y conocer que ha generado mi estancia en Andalucía, me forzó a detenerme en el canal que retransmitía la corrida.

Por supuesto que para mí semejante espectáculo no me resulta extraño.

Me voy a ahorrar darte detalles, porque no haría sino volver a provocar las náuseas y el asco que sentí cuando contemplé

lo que estaba pasando en esos momentos en algún lugar de este país. Te diré que es algo deplorable e indigno de un pueblo que pretende pertenecer a un ámbito civilizado. Es, a todas luces, un triste remanente de viejos tiempos más salvajes que éstos y menos compasivos con los seres que pueblan la naturaleza y que con su aportación y sacrificio nos permiten sobrevivir en estas excelentes condiciones en las que nos encontramos.

El toro es el animal totémico de España y por ende de Andalucía, la versión meridional, mediterránea e insolada de la vieja Castilla. De allí proceden casi todos los que ahora habitan esta región. Efectivamente, el toro representa lo que estas gentes son. Arremeten ciegamente contra lo que les ataca sin poner sobre la situación la más mínima dosis de racionalidad, requisito que a todas luces no podemos exigir en un animal, pero sí en un ser humano. El toro es un animal poderoso y, cuando se le provoca, se vuelve violento. Pero no deja de ser un bóvido, es decir, tontorrón y fácilmente engañable. Si se le deja en paz en el campo, no resulta peligroso. Pero cuando se le encierra en una plaza y se le somete a una orgía de gritos, música estridente y ramplona, a un colorido exageradamente kitsch, se empieza a poner nervioso. Cuando se inicia la tortura, ese sentimiento de furia se va acrecentando. Al final, como siempre les sucede a estas gentes, el resultado de su ira es el fracaso. La historia de España, más allá de los tópicos que nos enseñan en las escuelas de Gran Bretaña, parece ser la historia de un toro encerrado en la plaza de la historia, que es atacado, abrumado, torturado y a lo que responde con furia ciega. Al final, sólo queda la derrota del animal y el triunfo del enemigo que demuestra su valentía armado sólo de un trapo de color rojo.

No me gusta ese espectáculo. Es impropio de un país civilizado, como te he dicho. Afortunadamente, las jóvenes generaciones, por lo que me han contado, parece que no sienten tanta atracción como sus progenitores hacia este horror. Ellos pre-

fieren el fútbol y otras diversiones menos sanas. Puestos a aceptar que la violencia inherente al ser humano tiene que ser expulsada al exterior, es preferible a la salvajada de los toros la brutalidad del fútbol, donde al menos por el momento, no hay ningún ritual de muerte.

El recepcionista, que cuando termina de trabajar algunas veces se viene a tomar una copa conmigo y a charlar, me ha reprochado a este respecto en alguna ocasión la caza del zorro en Inglaterra. Aparte de ponerlo al día sobre su prohibición y sobre las polémicas a las que ésta da pie, le di la razón. Cuando critico un espectáculo salvaje no lo hago desde una perspectiva chauvinista, sino simplemente humana. Por tanto, no siento ningún patriotismo herido cuando alguien me critica la caza del zorro y me avergüenzo de mis compatriotas que la practican, del mismo modo que me avergüenzo, ya como simple ser humano, de mis congéneres españoles que vibran excitados por esa orgía de sangre y sufrimiento.

Cuando vengas a Andalucía, nunca te llevaré a ver una corrida de toros.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 17

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Una de las instituciones más consolidadas de Andalucía es la del funcionario. Buena parte de los españoles aspira a ser funcionario. Pero hay zonas donde ese ansia es mayor que en otras. En Andalucía las personas con alguna aspiración personal sueñan con ser funcionarios. Hay una gran cantidad de gente que sueña en no hacer nada, también es cierto. Y también hay mucha gente que se deja el pellejo trabajando en el campo o en la fábrica. Son quienes con su sudor mantienen a los dos primeros grupos mencionados. El problema es que los trabajadores aceptan con fatalidad (carácter del andaluz) ese estado de cosas, dando por sentado que unos deben esforzarse para que otros vivan bien. Antes, el sustrato social beneficiado eran los señoritos (de quienes te hablaré en su momento), ahora son los funcionarios, los parados de profesión y los políticos con su cohorte de familiares, amiguetes y pelotilleros.

La mañana en que te levantes pensando en llevar a cabo tareas burocráticas, es mejor que te encomiendes a algún santo si eres católico; que leas el libro de Job, si eres anglicano; o que te armes del viejo estoicismo grecolatino si perteneces al sector clarividente del ateísmo. Tienes grandes probabilidades de regresar a tu casa con el asunto pendiente en el mismo estado que

presentaba cuando saliste, después de haber perdido horas y horas en colas interminables.

Como primera precaución, aparta de tu mente la idea de plantarte ante una ventanilla entre 10 y 11,30 de la mañana. Es lo que llaman “la hora del café” o “del desayuno”. Se trata de una institución tan consolidada que aparece recogida en estatutos de trabajadores y funcionarios. En los países con otra concepción del trabajo, en las oficinas hay máquinas para reponer fuerzas en medio de la jornada laboral. Y al mediodía (al mediodía real y cierto, no al mediodía español) se da al personal una hora más o menos para que coma.

Debido al extraño horario laboral español, totalmente irracional, la necesidad de ausentarse del puesto en el momento más útil de la jornada de trabajo se ha convertido en un derecho. Así que las dependencias oficiales están paradas durante ese período.

Tampoco se te ocurra aparecer a la hora en que oficialmente se abren las ventanillas. Raro es el caso en que veas al probo funcionario atendiendo a la hora que se anuncia en los carteles. Tampoco dejes pasar demasiado el tiempo, porque no cierran por la tarde, sino en torno a las dos.

Dentro del gremio, en cada oficina es importante la figura del imprescindible. Es el único funcionario con sentido del deber que existe en cada negociado o sección. Es habitual que bajo un mismo techo se presente un abigarrado panorama de personas escondidas tras montañas de papeles o, modernamente, de ordenadores. Hacen como si trabajaran; pero en realidad esta escenografía es engañosa. En ese grupo sólo hay una persona que lleva adelante en solitario el trabajo de toda la oficina. Cuando esta persona se ausenta para tomar su desayuno, labor en la que tarda exclusivamente lo estipulado por la ley, o cuando está enferma o ha pedido permiso o está de vacaciones y no acude a su puesto, ninguna gestión tendrá éxito. Cualquier ciudadano que se presente en la ventanilla o acceda a las mesas,

cuando pregunte sobre el asunto que se trae entre manos, siempre encontrará la misma respuesta de los compañeros del imprescindible: “Eso, a Menganito” o “eso lo lleva Fulanita”.

A estos hechos tienes que sumar otros de similar cariz. Por ejemplo, la mentalidad del funcionario no es que él está a tu servicio, que él vive gracias al dinero que a través de los impuestos uno le paga, sino al revés. El funcionario piensa que es el ciudadano quien es objeto de un favor y quien debe estar subordinado al ritmo de trabajo (llamémoslo así, piadosamente) del funcionario. Por tanto, debes aproximarte a su presencia con rostro humilde, cabeza baja, tono de voz rogatorio, aspecto sumiso y agradecer con rostro luminoso, cabeza alta, tono cantarín de voz y aspecto exultante su gestión, sea favorable o no, en el momento de abandonar ese salón del trono que conforman la mesa y el sillón en los que consume sus horas el funcionario.

Si echamos la vista atrás en la historia de España, sabremos que el funcionariado en los términos actuales no es más que el resultado de intentar solventar un problema que aquejaba a la sociedad española a partir del siglo XIX. La ampliación del Estado con la aparición de las nuevas concepciones políticas emanadas de la Ilustración y de la Revolución Francesa en Europa, hizo necesaria la existencia de un cuerpo de empleados al servicio del Estado. La primera forma de plantearse semejante labor se reflejó en lo que aquí se conocía como las cesantías. Durante el turbulento siglo XIX español, cada vez que un nuevo gobierno o un nuevo régimen accedía al poder, una de sus primeras medidas era expulsar a todos los que habían trabajado para el anterior gobernante, desde el primer ministro hasta el último conserje. Tenía esta manera de actuar costes muy claros. Primero, la imposibilidad de tener gentes expertas y acostumbradas a las labores de la función pública, ya que nunca daba tiempo a que nadie se asentara en un puesto estable del que pudiera dominar los entresijos. Segundo, el clientelismo que hacía

al funcionario una pieza de maquinaria del gobernante de turno, no del Estado y, tercero, este continuo ir y venir de trabajadores de los que dependían familias, creaba un importante conflicto social.

La solución fue crear cuerpos de funcionarios de carrera que mediante unas oposiciones accedieran a un puesto de trabajo vitalicio. Estas características le aportarían una supuesta independencia.

Está claro que se trata de la teoría. En primer lugar, para que el funcionario se sienta trabajador del Estado, no del gobierno, hace falta que este país tenga sentido de estado y para tener sentido de estado hay que tenerlo previamente de nación. Tener sentido de nación es sentirse parte de un colectivo con idénticos intereses y acuerdos en principios básicos, unos principios que deberían basarse en una concepción ilustrada y democrática para la que el solicitante de un servicio es un ciudadano en plenitud de derechos y deberes. Desgraciadamente, en España y en Andalucía, como parte importante de ella, toda esa retahíla de conceptos suena a ecos en ánfora vacía. Lo fundamental es que no hay sentido de estado y, por tanto, de auténtico servicio público. De este modo, quien accede a la condición de funcionario no piensa en su trabajo como una labor social de ayuda a sus conciudadanos, sino como un privilegio que le mantendrá mejor o peor suministrado hasta el final de sus días. Los gobernantes, por su parte, no piensan en el funcionario como un personaje independiente que se limitará a ejecutar leal y honradamente sus órdenes, sino como un subordinado que debe estar dispuesto a saltarse las leyes y a maniobrar al antojo del jefe. Porque si los vasallos son malos, los señores son peores, pues conciben a los funcionarios como criados que deben obedecer a sus caprichos sean o no conformes a la legalidad.

Por otra parte, en Andalucía ha tenido lugar un proceso que, como tantos otros, demuestra el carácter de sus gentes. En

el momento de reconstruir el Estado tras la muerte del Dictador, la nueva Constitución elaboró un sistema de ordenación del territorio que dividió el país en comunidades autónomas. No voy a entrar en detalles. Se trataba, en pocas palabras, de darle autogestión a las regiones más díscolas de modo que, en lo posible, se salvaguardara la unidad nacional y no se generaran agravios.

En Andalucía, tras un agitado proceso, al final los socialistas se hicieron con el poder en lo que iba a ser la futura estructura de la autonomía andaluza. En una maniobra astuta, desde el primer momento emplearon las necesidades burocráticas de la nueva administración como arma para crear un tejido clientelar que les asegurase el poder permanente. Y, para decir verdad, lo han conseguido. Los ayuntamientos, las diputaciones (entidades cuya utilidad aún ignoro y que, supuestamente, se encargan de gestionar las provincias), la comunidad autónoma, en fin, todas las escalas de la burocracia en la región están ampliamente ocupadas por personas de nula capacitación laboral, cuyo mérito es, exclusivamente, hallarse vinculadas de algún modo al partido. De estas gentes dependen, a su vez, familiares que se sienten solidarios con el funcionario de turno. A fin de cuentas, son cientos de miles, tal vez millones de votos los que se tienen asegurados.

Un ejemplo de cuáles son las prioridades de la cúpula dirigente de este funcionariado es la campaña que están difundiendo, con el gasto añadido, para obligar a los funcionarios a hablar como los jefes consideran adecuado. Sabes que, ante la ausencia de ideas económicas en la izquierda, ésta sólo tiene como arma la ideología. Mientras que las buenas ideas económicas se manifiestan en bienestar y prosperidad materiales, las ideologías sin ideas económicas se manifiestan en la propaganda. Para demostrar que esta administración es muy progresista, se están gastando sus gestores dinero a espaldas para que en los textos

oficiales por ningún lado sea evidente una discriminación de sexos a través del lenguaje. Pura retórica de un feminismo del que se apean cuando les interesa y que enarbolan como garrota para agredir a los que no opinan como ellos.

El español, a diferencia del inglés, posee una categoría gramatical llamada “género”. Como ley lingüística, la tendencia a economizar recursos ha llevado al español a englobar dentro del género masculino al género femenino. Esto que es algo natural y, por otra parte, inevitable (ya que las lenguas las hacen los hablantes, no los gobernantes) disgusta a los progresistas andaluces. Quieren que se hable y se escriba poniendo siempre juntos los masculinos y los femeninos cada vez que sea necesario recoger esos conceptos en algún texto. La consecuencia es que los documentos salen atiborrados de barras y de faltas de concordancia gramatical, ya que es antinatural que a un sujeto doble le correspondan adjetivos y participios dobles de acuerdo con las reglas de concordancia. Sírvate este ejemplo de la calidad intelectual de quienes gobiernan esta región y de la catadura política de sus ideólogos.

En suma, la burocracia andaluza es un monstruo ineficaz, corrupto y dilapidador del dinero público. Lejos de espantar a los andaluces, la mayoría (siempre hay sectores más conscientes de su calidad de ciudadanos) mira a esta costosa instalación más con envidia que con aversión. De este modo, las condiciones esenciales para el progreso material de los pueblos como son la seguridad jurídica, la sencillez y eficacia en la gestión pública y la claridad en su actuación resplandecen por su ausencia en estas tierras del sur de Europa.

Ve haciéndote a la idea de que con esto has de contar si pretendes asentarte aquí.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 18

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

He sido testigo de una interesante conversación entre el recepcionista y uno de los habitantes de Almenar que es conocido suyo. Estaba tomando una cerveza al atardecer en la terraza del hotel, dejándome embaucar por los sonidos del campo cercano, cuando se acercó el muchacho. Acababa de terminar su jornada laboral.

Ha tomado por costumbre algunos días el sentarse a mi lado y tomarse algo conmigo. Charlamos ampliamente. Junto con Dave, está siendo la otra fuente fundamental para mis observaciones sobre esta tierra. Hay que decir que su versión de las cosas es mucho más próxima a la realidad. Dave presenta una tendencia irrenunciable a embellecer todo lo que le rodea aquí y a ver siempre el lado más hermoso de todo lo que capta. Sin embargo Jaime, que así se llama, a sus veinte y pocos años percibe con mayor profundidad los rasgos del carácter local y, además, siendo como es natural de un pueblo de Cádiz, su visión es mucho más certera por cuanto está más integrada dentro del lugar en el que nació y en el que vive.

Al rato de comenzar nuestra charla, apareció un conocido suyo llamado Alberto, que al vernos, vino a sentarse con nosotros. Jaime me lo presentó. Es uno de los maestros del colegio

del pueblo. Se dedica a enseñar lo que aquí llaman Sociales, una mezcla de historia, geografía y otras materias afines de difícil concreción.

Al poco de su llegada, ambos se enzarzaron en una animada charla. Alberto pertenece a un partido político que propugna algo menos que la independencia de Andalucía del resto de España. En los tiempos actuales se está experimentando aquí una fuerza centrífuga que está conduciendo a una especie de afán generalizado por que cada región de España emprenda una búsqueda implacable en pos de todo lo que les permita diferenciarse unas de otras. Buscan y rebuscan en la historia, en las costumbres, en los ritos, en las comidas, en los lenguajes, en los paisajes y, en fin, en todo aquello que pueda caracterizar al ser humano con el único objetivo de dilucidar en qué se diferencia este pueblo de aquél que dista quinientos metros, pero que, administrativamente, pertenece a otra de las que aquí denominan comunidades autónomas.

Por supuesto que en Andalucía esta tendencia también hace furor entre las gentes. Si bien, al parecer de Jaime, es menos acentuada que en otras zonas, donde los políticos apoyados por un amplio, aunque no mayoritario sector de la ciudadanía, propugnan abiertamente la independencia de su región.

Nada de esto que te cuento debe sonarte extraño. También en Gran Bretaña sufrimos ese cáncer de Europa que es el nacionalismo excluyente de tintes fascistoides. A diario tienes que bregar con esos iluminados de los partidos escoceses o galeses que se empeñan en hacer cuenta aparte, ajenos a la tendencia universal a unir más que a dividir. Lo peor del nacionalismo moderno en Europa no es que responda a un sentimiento legítimo en las gentes de vinculación a su tierra, a sus tradiciones y costumbres, sino el carácter totalitario con que se invisten, al tiempo que recurren a unos conceptos victimistas y revisionistas del pasado. Si alemanes, franceses, británicos, polacos, rusos y

todos los nacionales de países que cuentan con una estructura estatal se pusieran como los nacionalistas de vía estrecha que estoy mencionando, a recuperar viejas rencillas de siglos atrás, creo que lo mejor que nos podría pasar a los europeos es que nos invadieran de nuevo los musulmanes, aunque esta vez de un modo completo. Pero pedir a esos victimistas una altura de miras y una proyección hacia el futuro en los que prime el interés global de Europa, antes que su deseo de formar su propio negocio político en su terruño, es quizás pedir demasiado a una facultad humana que, desgraciadamente, está ausente de la mayoría de los seres humanos. Me refiero a la racionalidad.

Con todo, y volviendo al asunto que trataba, hay andaluces que no se resisten a involucrarse con esa tendencia a bucear en las diferencias y convertirlas luego en argumentos políticos con los que sostener ideológicamente un discurso independentista. Alberto es uno de éstos, y lo que le resulta extraño a Jaime es que una persona con una supuesta formación intelectual sea capaz de sostener ideas tan peregrinas y descabelladas como las que sostiene el maestro. ¡Pobres de sus alumnos!

Por supuesto que en la cuestión de costumbres, Andalucía tiene un rico acervo diferenciado, aunque no tanto como se pudiera creer. Por nuestra tierra pensamos que la música andaluza es el flamenco y los trajes típicos son los que se venden ataviando muñecas en las tiendas de recuerdos turísticos. Pero esto no es así. Hay un folclore andaluz que no es coincidente con lo que se conoce vulgarmente como flamenco ni sus derivadas más o menos populares. El flamenco puro es el patrimonio de minorías muy concienciadas y conocedoras. Lo que las masas aprecian es una música aflamencada que no recuerda con frecuencia sus orígenes. Pero junto a estos estilos, hay otros mucho más populares, asentados en las tierras de la Andalucía profunda que recogen la herencia de los castellanos y leoneses que la colonizaron durante la Reconquista y que fueron repoblando

estas tierras conforme iban siendo expulsados los invasores musulmanes. Este tipo de folclore queda reducido a las fiestas populares de los distintos rincones de esta tierra y no suele trascender a los medios más extendidos, como la televisión o la radio.

Hay innumerables costumbres propias de esta tierra y la mayoría proceden de la adaptación a este clima y a estos campos de las costumbres que trajeron los castellanos. Este hecho es importante, porque para los andalucistas (tal es la denominación de los nacionalistas andaluces) ese pasado castellano y leonés no tiene importancia alguna. El problema de ese pasado es que no los distingue de la zona matriz de la España moderna, que es objeto de su ira y de su odio por considerarla causante de todas las desgracias y atrasos de esta tierra.

Con esto me meto en el difícil territorio de la historia, disciplina que los nacionalistas de todo cuño suelen manejar a su antojo. Porque nada hay que excite más la libido de un andalucista que la contemplación en arrobos de una chilaba, unas babuchas o un grupo de fieles tumbados orando hacia La Meca. De hecho, los que ridiculizan estas ideas andalucistas, los suelen llamar andalucistas de babucha. La historia de Andalucía es rica. Como ya te dije, tres mil años antes de Cristo ya había por estos pagos muestras de civilización. La ciudad conocida más antigua de occidente es Cádiz, fundada por fenicios. Luego se sucedieron griegos, cartagineses, romanos, godos, árabes y, finalmente, fueron recuperados para la cultura occidental por guerreros procedentes de las tierras del norte.

Parece que estos indigentes intelectuales no se dan cuenta de que gracias a que fueron reintegrados en la tradición occidental, Andalucía no es hoy una sucursal de la sociedad marroquí, o argelina o tunecina, es decir, sociedades estancadas en el pasado, enormemente resentidas a causa de su atraso en todos los aspectos de la vida, dominadas por reducidas castas corruptas y autoritarias, carentes no sólo de las comodidades del mundo

desarrollado, sino de sus más mínimos logros en el campo de los Derechos Humanos, como la libertad de conciencia o de expresión. Como le pasa a una nutrida muchedumbre de europeos, sienten un odio acérrimo hacia aquella cultura que los ha configurado como lo que son y en vez de sentirse agradecidos, de luchar por defenderla, prefieren entregarse en brazos de otras maneras de entender la vida que en Europa tenemos superadas desde, por lo menos, el final de la Edad Media. Si los castellanos y leoneses no hubieran derramado su sangre por recuperar esta tierra, ahora habría miseria, ignorancia generalizada, corrupción en esta región y un reyezuelo absoluto o un presidente que se moriría en el cargo o sería fusilado por un golpe de estado.

En mi opinión, harían mucho mejor estos amantes de la chilaba y el camello por realzar el pasado romano, mucho más creativo, fecundo y poderoso que todos los supuestos logros de los hijos del desierto. Deberían ser conscientes de que lo que supuestamente se les atribuye como logros a los árabes no son más que sus particulares adaptaciones de lo que hallaron a su paso en el mundo romano, goda, persa y bizantino. Por ejemplo, alaban las casas de estilo árabe, cuando éstas no son sino las antiguas casas romanas, con su patio central, el protagonismo del agua y el jardín posterior. O alaban el amor de los musulmanes a los baños públicos, cuando no es más que la aceptación de una costumbre viejísima entre los romanos. Podría seguir así hasta elaborar una enorme lista de supuestas aportaciones musulmanas a Andalucía que no son tales. El inconveniente esencial de reivindicar una conexión con la tradición romana es que deja a Andalucía vacía de una particularidad tan poderosa como el pasado árabe. Por eso es necesario obviarla o menospreciarla.

Hasta tal punto para los andalucistas no hay más pasado que el árabe y el musulmán que el chiflado de Alberto hablaba hasta de recuperar una extraña lengua hablada supuestamente

por los que habitaban Andalucía en tiempos de la ocupación islámica llamada algo así cómo alyamía. A la postre esta artificiosa reconstrucción arqueológica consiste en escribir con rara ortografía palabras castellanas viejas caídas en desuso o términos de origen árabe que nadie conoce y que se refieren a labores y objetos propios del campo, muchos de ellos ya extinguidos. Sencillamente, parece como si las neuronas de sus cerebros estuvieran de vacaciones pagadas en el Caribe, ya que estoy convencido que puestas a elegir, también las neuronas de los andalucistas preferirían las playas de Santo Domingo o las jóvenes cubanas a los desiertos insondables de Arabia o la miseria de las calles de El Cairo.

Como en el fondo saben que eso de recuperar viejos idiomas que nunca existieron es imposible, intentan manifestar su divergencia de lo general mediante otros recursos, así que ni cortos ni perezosos, se ponen a inventar una nueva ortografía que refleje fielmente el habla andaluza. Alberto daba cuenta detallada de esos esfuerzos. Hay hasta asociaciones de gentes con dudoso vigor mental que proponen nuevas versiones del sistema de escritura del español.

Los argumentos son los habituales en los cenáculos auto-denominados progresistas. La ortografía española normativa es imperialista y burguesa, propia de pueblos opresores, etc. etc. Por otra parte, están seguros de que la ortografía es un medio por el que las clases pudientes controlan el saber y evitan que las clases de los parias accedan fácilmente a la lectura, lo que les permite conservar la hegemonía social, económica y política a costa de los oprimidos.

El problema de reformar la ortografía del español es la misma que la de reformar la ortografía inglesa o la francesa o cualquiera otra. La ortografía permite una uniformidad del idioma que da acceso a la información a masas de gentes muy amplias. La manera de pronunciar una lengua puede variar en cuestión

de un par de kilómetros entre un punto y otro. Mientras haya unas estructuras sintácticas y morfológicas y un léxico en lo fundamental uniformes, es absurdo intentar hacer que cada diez kilómetros cuadrados se instaure un modo diferente de escribir. Contrariamente a lo que se supone, la ortografía es uno de los avances más significativos de la mente humana.

Si procuramos elaborar unas normas ortográficas andaluzas (como podríamos propugnar una ortografía para el inglés de América, el de Australia, el de la India, etc), tendríamos una diversidad tal que impediría la comunicación entre millones de personas. Por otra parte, en el caso de Andalucía, la forma de hablar de un gaditano no se parece a la de un granadino, o la de un sevillano a la de un malagueño. ¿Cuál de ellas elegir como base para la nueva ortografía? Si se elige una, los hablantes de las demás protestarán y exigirán que se respete su idiosincrasia fonética en la escritura.

El último argumento en favor de lo innecesaria que es la exigencia de concordancia entre lo que se escribe y lo que se habla, es el chino. Nada hay en su escritura que nos dé noción de su pronunciación. Sin embargo, durante los años duros del comunismo, ideología por la que aún sienten debilidad los partidarios de todas estas disquisiciones, los intentos de escribir el chino con letras, no con ideogramas, fracasaron. Gracias a los ideogramas, los chinos de un confín pueden entenderse con los chinos de otro confín. Por otro lado, una sociedad socialista como la China de Mao nunca sintió reparos por imponer su complicadísima escritura a los niños ni creyó que con esta actitud estuviera promoviendo el dominio de clases burguesas sobre la masa de los desheredados.

Como puedes comprobar estamos ante un menú de pesada digestión elaborado a base de marxismo, nazismo e islamismo (quizá no tan extraño: siempre han estado cerca) regados

con abundante gazpacho y acompañados con un estremecedor rasgueo de guitarra en la umbría de un suave jardín andalusí.

El andalucista, finalmente, es presa de un complejo de inferioridad. Conoce la marcha triunfante de sus convecinos catalanes y vascos hacia la independencia y les tiene envidia. Siente envidia de su prosperidad económica, de su orgullo de raza (sí, de raza, ya que esos nacionalismos tienen un fuerte componente étnico), del orgullo de su recién creada historia, de sus mitos, de sus lenguas y de sus héroes. De este modo, busca y rebusca hasta encontrar un “padre de la patria” a la altura de las personalidades que han forjado el imaginario nacional de esas regiones secesionistas. El resultado de esta labor de entomología en pos de un padre al que adjudicar ADN y RH se topan con un personaje llamado Blas Infante, un oscuro abogado seducido por olorosos inciensos andalusíes, fantasiosos pasados de felicidad colectiva ataviados de turbante y chilaba; arrebatado por paraísos perfumados con aromas del desierto, dulzura de dátiles y cremosidad de leche de camella. Blas Infante es el inventor de los considerados símbolos “nacionales” andaluces. En sus ensoñaciones creía ser el profeta de un renovado Al-Ándalus (nombre que los árabes daban a esta tierra, de donde procede la denominación de Andalucía) en el que sus palabras, dictadas al rumor de la alhucema y al fragor del té verde con hierbabuena, serían como una definitiva llamada de almuédano a la nueva nación andaluza.

Blas Infante es el héroe no sólo de los andalucistas, sino de los musulmanes andaluces que reivindican un nuevo califato ganado con la sangre de mártires suicidas. De hecho, se comenta que se convirtió al Islam. Murió en los comienzos de la Guerra Civil fusilado por los sublevados franquistas, lo que fue el definitivo oropel para ser ascendido a los altares de ese santoral laico que tanto agrada a ciertos sectores de la España actual. Habida cuenta de que los asesinos del prócer actuaban siguiendo

los dictados de una Cruzada, podemos estar seguros de que a su llegada a las puertas del paraíso, lo recibiría el profeta personalmente para dirigirlo sin dilación a la compañía de las huríes siempre vírgenes.

No te aconsejo que leas lo que escribió. Es una sarta continua de sandeces.

Una vez más puedo comprobar que la estupidez humana está mucho más extendida de lo que se pueda creer.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 19

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Aunque sea mediante una grabación en DVD, he sido testigo de unas escenas que me hubieran llenado de estupor si no estuviera acostumbrado a las situaciones insólitas que se viven continuamente en estas tierras.

Dave me invitó a cenar en su casa acompañados de su pareja. Me prepararon un suculento festín andaluz a petición mía. Les insistí en que no fuera un menú demasiado pesado para digerir, ya que mi experiencia me dice que las digestiones nocturnas después de una cena del estilo de las que por aquí se dan, pueden ser aterradoras. Un excelente vino blanco de tierras de Cádiz regó un par de doradas a la sal sin más salsa elaboradas en un horno de leña que Dave tiene situado en el patio de su casa. Fue plato único, acompañado de una ensalada hecha a base de cebolla, pimiento, tomate, perejil, muy picado todo, aliñado con una mezcla de aceite de oliva, limón y sal. De postre nos deleitamos con un pastel que habían encargado a la confitería del pueblo y que resultó excelente. Contenía una crema de limón horneada en su parte superior con clara de huevo batida, todo ello envasado en un hojaldre crujiente y en su punto. Fue una cena reparadora a la luz de unas antorchas, en un espacioso patio, envueltos en el aroma de la dama de noche, el jazmín y la

albahaca, bajo las estrellas de este cielo de verano, un cielo claro en el que los astros parecían contender de forma pacífica por hallar un hueco en el tapiz del firmamento.

Al final de la cena, pasamos al interior y Dave me puso un disco para ver unas escenas que grabó hace un par de años, durante la Semana Santa.

En Almenar del Monte hay dos cofradías fundamentales, sin contar aquella cuyos fieles cayeron en el paroxismo cuando les quitaron su imagen titular y a cuyas manifestaciones acudí por casualidad nada más desembarcado en este pueblo. Esta última cofradía es algo reciente y no cuenta con el prestigio de la antigüedad de las otras dos.

Una cofradía es un grupo de fieles que se reúnen, en principio para apoyarse en el seguimiento de unas normas cristianas de vida. Estos fieles se ponen bajo la advocación de unas imágenes, siempre un cristo en alguna de las escenas de su pasión, y una virgen, siempre llorosa y desencajada. El culto a las advocaciones es, en origen, el principal objetivo de la asociación, al igual que una orientación religiosa de la vida. Pero la realidad es que la inmensa mayoría de quienes están adscritos a una hermandad (otro nombre para “cofradía”), apenas sienten interés por seguir las normas cristianas y su vinculación al grupo de devotos se limita a acompañar la salida en procesión de las imágenes, en un tipo de ostentación pública al que tan aficionados son los naturales de esta tierra. También suelen asistir a algunos actos tan curiosos como lo que aquí llaman besamanos o besapiés. Son, a mi juicio, restos de antiguas ceremonias de vasallaje que se hacían con los señores y que ahora, cuando ya han caído en desuso esas costumbres, se han transferido a las imágenes. En determinadas épocas descenden las vírgenes o los cristos de sus altares, los ponen al alcance de los devotos y les permiten que besen sus manos o sus pies (esto en el caso de los cristos). Es una ceremonia muy asquerosa, ya que las gentes van

depositando restos de sus salivas y emanaciones bucales, una tras otra, sobre la misma superficie de madera pintada. Al lado se suele poner un hermano o hermana armado de un delicado pañuelito con encajes que, supuestamente, limpia las babas del que ha besado la imagen. En realidad, la labor del pañuelito es socializar las miasmas, ya que en el lienzo se van guardando los microbios de todos y cada uno de los besantes, para ser restregados, continua y acumulativamente, sobre las manos o los pies de los objetos de devoción. Finalmente el cóctel de bacterias y emanaciones humanas es inhalado e ingerido por los sucesivos fieles.

No te extrañe esta falta de consideración hacia la higiene pública. Bastaría con que entraras en alguno de los bares que pululan de forma incontenible por toda la geografía andaluza para ver lo infames que son. La gente suele tirar al suelo todo lo que se le antoja, desde las servilletas usadas hasta los huesos de las aceitunas, las raspas del pescado, los trozos incomedibles de carnes y jamones, lo que unido a la grasa que aquí lo impregna todo, crean una superficie peligrosamente resbaladiza. De los retretes y servicios sanitarios públicos, mejor no hablar. Raro es el establecimiento que los mantiene con cierta higiene. En esta labor trabajan con denuedo tanto los dueños de los locales, que no muestran excesivo interés en mantenerlos limpios, como los usuarios, que tampoco se sienten involucrados en eso de la salubridad.

Me he desviado de mi tema. Perdona. Te hablaba de las cofradías de Almenar. Te decía que había dos de rancio abolengo, enclavados sus orígenes en lejanos siglos y con imágenes antiguas, aunque alguna sufriera los embates del salvajismo que se desató en este pobre país durante su Guerra Civil.

Parece ser normal, según Dave, que en estos casos de coexistencia de dos o más hermandades en un pueblo (circunstancia muy extendida), se cree entre ambas unos odios africanos

inconmovibles que se van transmitiendo de padres a hijos durante generaciones. Cuando alguien nace en el seno de una familia de este pueblo, o de otro cualquiera, ya está asignado como fiel o hermano de una cofradía. Si por cualquier circunstancia a lo largo de la vida abandona la militancia, se decreta sobre el infiel una especie de excomuni3n civil que lo puede llegar a marginar seriamente. En descargo de esta situaci3n, te aclararé que estas traiciones son muy infrecuentes.

Los odios entre cofradías se manifiestan en la vida diaria mediante discusiones cuando sale el tema a colaci3n. Cuando esto no sucede, la convivencia es normal. Pero durante la Semana Santa, los ánim3s se encrespan a veces. Las hermandades compiten entre sí por presentar un mejor ornamento, un conjunto más rico de joyas y ropajes, mayor asistencia de fieles y repercusi3n en los medios de comunicaci3n provinciales o, si llegan a ello, regionales. Todos se esmeran para que la manifestaci3n pública de su devoci3n sea lo más esplendorosa posible.

Hace dos años, el alcalde tuvo un tremendo error de cálculo. Este fallo lo descalifica como regidor público, porque debería conocer a sus conciudadanos y saber que aquí es imposible planificar nada.

El mencionado alcalde comenzó las obras de remodelaci3n y reforma de una de las principales calles del pueblo en el mes de diciembre anterior. Pensaba que daría tiempo en tres meses y medio a que las obras concluyesen. Pero los plazos, como era de prever, no se cumplieron. De este modo, el pueblo se plantó en Semana Santa con una de sus calles cortadas al tránsito. El problema surgía porque dicha calle era de paso obligatorio para una de las hermandades. Aparentemente, había una soluci3n. Sólo se trataba de desviarla por otra. Pero los desencuentros surgieron cuando la junta de gobierno de la hermandad perjudicada exigi3 pasar por la calle que debía usar la otra hermandad. Se trataba de la única peatonal y la que llevaba más

directamente al Ayuntamiento, destino obligado de las cofradías de Semana Santa.

Hay muchos días al año, como sabemos. Pero en este pueblo las dos hermandades tienen que salir el mismo día y a la misma hora. Parece ser que ha habido intentos de solucionar esta coincidencia pasando la salida de una de ellas a otro día, o incluso a otra hora. La respuesta a estos intentos, ha sido una ceñida negativa a cambiar las tradiciones, máxime cuando ninguna de las dos estaba dispuesta a ceder. Durante siglos, pues, ambas hermandades han salido a la calle sobre la misma hora, aunque no coincidían en el recorrido, salvo por la calle del Ayuntamiento, donde hay un orden fijado de precedencia.

Tras mucho discutir, parece que la junta de gobierno de la hermandad obligada a desviarse aceptó pasar por la calle peatonal en segundo lugar. La decisión cayó mal entre los fieles de ambas congregaciones. El ambiente se fue caldeando conforme iba acercándose la fecha de la celebración. Los unos porque les parecía mal ceder el lugar en el orden de paso cuando siempre fueron los primeros en llegar al Ayuntamiento y los otros porque no entendían el empecinamiento en pasar por su misma calle cuando tantas otras había en el pueblo. Ambos se acusaban de acaparadores, insolidarios y encubridores de perversas intenciones.

Llegados al día de autos, la hermandad que siempre había sido la única en pasar por la calle peatonal y que tenía la preferencia tuvo la mala fortuna (aunque hay quien dice que fue una decisión voluntaria) de retrasarse en su horario, a causa de las florituras en el paso de los cajones donde montan la imaginería. Se lucieron como es costumbre en medio de la música, la destreza de los portadores y demás liturgia desbordante que acompaña estas manifestaciones. La otra hermandad se presentó a su hora ante la entrada de la calle. En ese mismo instante, apareció la cruz que anuncia la llegada de la que debía pasar

primero. Los hermanos de ambas empezaron a discutir quién pasaba primero. La cofradía que llegaba con retraso exigía pasar primero porque eso era lo estipulado en el acuerdo. Aludían, además, con clara intención de desprestigiar a sus adversarios, que eran más antiguos, tenían más hermanos y más dinero que la rival. La hermandad que había sido desviada se defendía diciendo que habían llegado antes y que el retraso no era culpa suya, así que tenían que pasar antes. Las voces a través de los antifaces de las vestiduras comenzaron a subir de tono. En un determinado instante, uno de los nazarenos (nombre que reciben los que salen en supuesta penitencia) esgrimió su grueso cirio y aporreó sin consideración a un nazareno de la otra cofradía.

Lógicamente, los otros salieron en defensa de su compañero agredido y he aquí que se montó una batalla campal en la que volaron antifaces, capas, cíngulos y trozos de cirios, todo esto adobado con sonoros y poco caritativos insultos, así como poco piadosas persecuciones de aquellos que salían huyendo. Las varas sirvieron de cachiporras; los inciensarios, de granadas de mano. Las señoras se tiraban de las mantillas entre chillidos ratoniles dándose latigazos con los rosarios y pinchándose mutuamente con los alfileres que les servían para sujetar la parafernalia de sus vestidos. Los monaguillos de una y otra hermandad la emprendieron a puñetazos y puntapiés siguiendo las enseñanzas de las películas de chinos, karatekas y videojuegos de moda. Los respectivos curas de las hermandades intentaron mediar en un primer momento, pero habida cuenta del fracaso de sus iniciativas, optaron por retirarse discretamente al Bar Manolo, tapas selectas y montaditos variados, situado en una esquina de la calle en disputa y esperar a que amainase el temporal asistidos por sendos vasos de un buen vino blanco llamado manzanilla y una ración de chipirones en su tinta, que dicen son los mejores que sirven en la comarca.

En las procesiones suele haber presencia de la fuerza pública. Cada paso o trono, es decir, el cajón recargado y atiborrado de adornos en los que suben a las imágenes va frecuentemente flanqueado de guardias civiles o de guardias municipales. Por supuesto, los representantes del orden también recibieron su parte alícuota de mamporros. Ni siquiera a ellos los respetaron y sus intentos de imponer calma sólo sirvieron para encrespar más los ánimos. Los civiles, más duros y resistentes, soportaron con firmeza el aluvión de insultos y golpes; pero los municipales, más entrados en carnes y adocenados, salieron corriendo al segundo par de varazos propinados por la junta directiva de una de las hermandades. El antifaz parecía conferir a los agresores un envidiable anonimato que les permitía llevar sus instintos violentos más allá de lo que sería habitual si estuvieran a cara descubierta.

Los fieles se enzarzaron también. Hubo quien escapó con sus hijos en brazos, o en carrito. Los niños un poco más mayores pugnaban por desprenderse de las manos de sus progenitores para hundirse en la pelea y repartir estopa sin atender al destinatario. Pero los devotos que no tenían a su cargo menores, o mayores en estado lamentable, se sumaron a la rebatiña con fervor religioso. Hubo quien hizo tragar la medalla del cristo que llevaba sobre el pecho a un enemigo, provocando la despedida de un par de dientes. Hubo también alguna madre desnaturalizada que, armada de la sombrillita del carro de su niño, atacaba a las hordas del enemigo despiadadamente, mientras su marido, un poco más dominado por la serenidad intentaba retenerla en vano.

Este fue el espectáculo que había grabado Dave aquel año. Al principio no entendía cómo podía reírse junto con su compañera. Pero al cabo de un rato de contemplar la encarnizada lucha, no pude menos que sumarme a la hilaridad.

Los pasos de los titulares asistían como mudos testigos a la escena, sacudidos de vez en cuando por el empujón de algún nazareno sometido a cruel tunda por parte de otro nazareno ataviado con túnica de distinto color.

Todo concluyó cuando hicieron su aparición los refuerzos de la Guardia Civil que se presentaron a sirena tonante, haciendo chirriar las ruedas. Descendieron de sus vehículos sin estar preparados para disturbios, pero esta imprevisión no supuso obstáculo alguno para que repartieran generosamente un amplio vapuleo con sus porras a diestro y siniestro. Sólo esta actuación logró dispersar la multitud enfervorecida.

La masa se dispersó. Sobre el suelo quedaron restos de túnicas, antifaces desgarrados, trozos de cirios, varas, utillaje cofradiero de diverso tipo, jirones de ropa, zapatos, pequeñas nubes de algodón dulce, envoltorios de caramelos, algún que otro lamparón de sangre, dientes, gafas rotas, fragmentos de peinetas con rastros de la mantilla que portaban, tacones puntiagudos de los zapatos de las señoras y toda clase de despojos que suelen cubrir los campos de batalla después de la contienda. Afortunadamente, no hubo muertos, pero sí contusionados que obligaron a desplazar al hospital comarcal una caravana de heridos que colapsaron el servicio de urgencias. Igualmente, la cuenta corriente del dentista del pueblo sufrió un notable incremento en los meses siguientes al luctuoso acontecimiento.

El obispo obligó a las juntas de gobierno a reconciliarse públicamente y a asistir a una misa concelebrada por los párrocos de ambas iglesias y por él mismo en persona. Pero aquello no calmó la inquina, que se sigue manteniendo.

La calle en obras fue reparada vertiginosamente y de forma milagrosa para los usos del lugar. Los años siguientes, no ha habido desencuentros de tal magnitud, aunque los ánimos de revancha están algo exacerbados, habida cuenta que nadie salió vencedor ni vencido de la batalla.

Le diré a Dave que me haga una copia del disco para que la veas. Comprobarás que tal vez mi relato no es fiel a lo que realmente sucedió, ya que sospecho que he sido bastante benévolo en la descripción de las imágenes.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 20

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Nuevo relato basado en un hecho real, por increíble que parezca.

EL FANTASMA

Aquella noche se le quitó a don Faustino esa estúpida manía de disfrazarse.

Todo el mundo sabía que su visita tenía como objetivo solazarse un rato entre los brazos de su amante. El pueblo era lo suficientemente pequeño como para que todos supieran de las andanzas del cacique local.

Por ser quien era, no tuvo reparos en ponerle casa a dos calles de su hogar conyugal. Nadie nunca se atrevió a murmurar de la amante cuando salía de compras, cuando iba a las fiestas y en todas las tiendas le fiaban sin rechistar. Tampoco nadie tenía la menor palabra para calificar la costumbre de don Faustino.

En aquellos tiempos, apenas había alumbrado en las calles y al anochecer la población se sumía en una oscuridad que sólo aliviaba la luna generosa cuando se les presentaba plena a sus habitantes.

En la comarca era famoso el carnaval del pueblo. Quizá esa tradición inspiró a don Faustino para ataviarse con una sábana blanca en la que dos pequeños agujeros auguraban los ojos lascivos del señor, y un farol del que emanaba una tenebrosa luz amarillenta. De esta guisa acudía casi a diario a casa de su amante, cuando ya había anochecido.

No sólo hacía lo que le venía en gana, sino que además sentía especial placer en hacerlo de modo que fuera comentado por el vecindario.

La salida de don Faustino provocaba la huida de los parroquianos que se atrevían a pasar por las calles a esas horas. Tras las ventanas algún que otro vecino comentaba —en voz muy baja— que de nuevo el señor sentía el acicate del deseo carnal. Ese comentario y la conmiseración por la esposa legítima que se veía obligada a tal humillación, era el pan nuestro de cada noche entre los testigos de tan fantasmal puesta en escena.

Esas andanzas se convirtieron en una impronta característica del pueblo. Y así, las madres asustaban a los niños con el fantasma de don Faustino y en los momentos de lenguas sueltas, algún jornalero borracho, lleno de amargo resentimiento, había mencionado entre chanzas la manía de don Faustino.

Aquella noche se le quitó a don Faustino esa estúpida costumbre.

Los testigos creyeron adivinar que el chucho de doña Engracia, la sufrida esposa del infiel, se había escapado con determinado consentimiento. Acudió corriendo sin asustarse hacia la sábana. También resultó sospechoso que un cierto jaleo procedente de unos músicos ambulantes provocara la presencia en las ventanas de más gente de lo habitual.

Don Faustino no iba a arredrarse porque aquella noche la calle pareciera más animada de la cuenta. De todos modos, la gente huiría al verle, como siempre ocurría. De esa manera, todo el mundo supo que el intemperante señor no llevaba ropa

debajo del disfraz de fantasma, cuando el chucho se la arrebató y salió corriendo con ella entre los dientes. Un ridículo miembro erecto indicaba, para más abundamiento, que el estado de excitación carnal llegaba al punto de que el señor evitaba cualquier obstáculo superfluo a la hora de acceder al cuerpo de su amante.

Tras el incidente, don Faustino se recluyó definitivamente (con su amante, claro) en uno de sus cortijos. Aquel año, durante el carnaval, casi todos salieron disfrazados de fantasma, con un farol mortecino en las manos. Cuando uno de los fantasmas ladraba a otro, el aludido se alzaba la sábana y mostraba a la concurrencia sus posaderas en medio de la risa general.

Contra eso, por más que lo intentó don Faustino, nada pudieron las fuerzas vivas del pueblo.

Un cordial saludo,
Hirtio

Carta 21

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

“En todas partes es, sin duda, desgracia, y muy grande, la de nacer con un grado más de talento que el común de los mortales; pero en España, dice Nuño, ha sido hasta ahora uno de los mayores infortunios que pueda contraer el hombre al nacer. A la verdad, prosigue mi amigo, si yo fuese casado y mi mujer se hallase próxima a dar sucesión a mi casa, la diría con frecuencia: desea con mucha vehemencia tener un hijo tonto y verás qué vejez tan descansada y honorífica nos da. Heredará a todos sus abuelos y tíos, y tendrá robusta salud. Hará boda ventajosa y una fortuna brillante. Será reverenciado en el pueblo y favorecido de los poderosos y moriremos llenos de conveniencias. ¡Pero si el hijo que tienes en tus entrañas saliese con talento, cuánta pesadumbre ha de prepararnos! Me estremezco al pensarlo, y me guardaré muy bien de decírtelo por miedo de hacerte malparir de susto. Sea cual sea el fruto de nuestro matrimonio, yo te aseguro, a fe de buen padre de familia, que no le he de enseñar a leer ni a escribir, ni ha de tratar con más gente que el lacayo de casa.”

He comenzado la carta de hoy con esta cita literal sacada de un autor español del siglo XVIII. Se trata de José Cadalso. Fue un militar ilustrado que, entre otras obras, alguna de las cuales

preludiaban el Romanticismo, escribió una recopilación ficticia de cartas enviadas por un marroquí de viaje por la España de su época. Su título es *Cartas marruecas* y el fragmento citado corresponde a la misiva número 83.

Esta obra está en la estela de las *Cartas persas* de Montesquieu. El género ha tenido cultivadores ilustres como José María Blanco White, un ex clérigo católico exiliado a Gran Bretaña en los albores del siglo XIX, excelente escritor en inglés y pastor anglicano, que escribió *Cartas de España* o, más modernamente, Ramón J. Sender con su obra *La tesis de Nancy*, otro exiliado.

Como puedes comprobar, el exilio parece dar a quienes lo sufren una visión clara de aquello que dejan atrás con pena. Lo que pierden de enraizamiento personal, lo ganan en clarividencia, para fortuna de personas como tú o como yo, que disfrutamos con los buenos libros.

Cadalso murió durante uno de los sitios que el Reino de España puso a Gibraltar para reincorporarlo a la corona española. Gibraltar es uno de los elementos recurrentes de irredentismo patrio. Los dirigentes saben usarlo a su conveniencia para unir a los españoles, pueblo tan poco dado a uniones. Pero harían bien en dejar en paz a los llanitos (nombre que reciben los habitantes de la roca), ya que con todas las diferencias históricas que presenta el caso, al otro lado del estrecho España posee Ceuta y Melilla enclavados en territorio de Marruecos. Un poco de sensatez podría hacer que no sólo los dirigentes de este país, sino todos, llegaran a la conclusión de que la tierra no tiene más bandera que el verde de los árboles, el ocre de las montañas, el blanco de las nieves o el dorado de las playas; de que si alguien tiene derecho a ocuparlo es quien ya está ahí. Pero esta es otra historia, otra triste historia...

He estado releendo esta obra porque me sentía identificado con Cadalso. Al llegar a ese párrafo, percibí con claridad que

es perfectamente aplicable a lo que pasa por las cabezas de la gente que habita esta tierra.

Almenar del Monte es un pueblo rico. La tierra está repartida en lotes suficientes para facilitar a sus dueños y los arrendatarios medios de subsistencia más que sobrados. El cultivo del olivar, base de esta riqueza, es mucho más agradecido laboral y económicamente que otros, lo que redundará en una situación muy saneada. Por las calles no ves miseria. Nadie pide, salvo alguna gitana ya conocida de la población y de la que todo el mundo sabe su deseo de vivir trapicheando por aquí y por allí a base de mendigar dinero y ayudas de los servicios sociales. Pero tampoco ves ostentación. Lo único que puedes contemplar en algún momento es un buen Mercedes. La coartada para disfrutar de la riqueza sin que se note la tienen los almenareños en el uso de ese tipo de vehículo que se ha puesto de moda. Creo que los llaman 4x4. Estos coches son un artículo de lujo para nuevos ricos y prepotentes si es que viven en una ciudad, donde casi nunca es necesario circular por caminos de tierra; pero para los que viven del campo poseer uno de esos medios de transporte es imprescindible.

No sólo se evita la ostentación, sino que también se hace gala de soportar apuros económicos. Todos conocen a todos y saben muy bien quién tiene una abultada cuenta corriente o un hueco en la pared disimulado tras el aparador lleno de billetes. Pero todos hacen como si creyeran que los declarados apuros son ciertos. Se llega al punto de que si alguien al que se le ha atribuido la fama de tener dinero dice abiertamente que no tiene tanto, la gente no se lo cree. Aunque esta opinión nunca se le expresa directamente al interesado, sino que el almenareño recurre a la crítica feroz a espaldas del declarante.

También en Almenar se da la paradoja del campo andaluz. Hay una abundante muchedumbre de personas apuntadas al subsidio de desempleo, que aquí llaman el paro. Ahora bien,

cuando llega el momento de recoger las aceitunas de los olivos, las calles de Almenar se llenan de marroquíes, rumanos, polacos o sudamericanos que hacen las labores que supuestamente deberían hacer aquellos que reciben el subsidio.

Hay, como puedes ver, un pudor especial en destacar en aquello que puede provocar la envidia de los demás. Cuando surge alguien con iniciativa y crea alguna empresa próspera, lejos de ser admirado, es contemplado con recelo y se le critica. Se comenta con desprecio que sólo le interesa el dinero, que explota a sus trabajadores, que sacrifica a su familia por el negocio, que su esposa le pone los cuernos por esa razón y mil excusas más para ponerlo de chupa de dómine.

Sin embargo, se acepta perfectamente la posición destacada en organismos aparentemente inocuos desde el punto de vista económico como es la jefatura de una hermandad, la presidencia del hogar del pensionista o la gerencia de la peña flamenca, por no decir, estar al frente de los clubs de seguidores de equipos de fútbol como el Real Madrid, el Barcelona y hasta el Betis, uno de los dos equipos de la ciudad de Sevilla.

Como reconoce Cadalso, ser listo y aprovecharse claramente de esa cualidad es pernicioso y es mejor hacerse el tonto, cuando no serlo. Mientras en otros lugares el nacer con talento es un don que permite al afortunado prosperar en su vida, aquí se percibe como una falta de pudor y es objeto de zancadillas, ninguneos y despellejamientos al abrigo de la sombra de los escasos árboles que se agostan en el parque municipal o de la sala de lectura del casino.

Un cordial saludo,
Hirtio

Carta 22

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Nada hay que más guste a un andaluz que las fiestas. Hay todo un rosario de festejos de diversa categoría a lo largo del año.

Si algo caracteriza a Almenar es su adscripción a todas las variedades de festejos. El año festivo comienza en febrero con el carnaval. No estoy muy enterado de la relación de actos que recoge esta celebración en otras partes del mundo, pero creo que en otros sitios no llega a durar más allá de un fin de semana. Aquí el carnaval se prolonga en medio de toda clase de actividades durante quince días. Desfiles de máscaras se suceden a lo largo de dos fines de semana y el resto de los días hay una nutrida proliferación de festivales musicales, actuaciones de las agrupaciones que sustentan el carnaval, fiestas en locales públicos y toda manifestación de jolgorio que te puedas imaginar. En las escuelas las actividades docentes se ralentizan porque el centro de atención es el carnaval y en torno a sus aspectos se organiza la actividad docente.

Las agrupaciones que se reúnen durante todo el año, se llaman chirigotas. Son un grupo de personas que se disfrazan todas de la misma manera y que entonan unas canciones populares con letras más o menos satíricas centradas en asuntos que atraen la atención de la gente. La tradición del carnaval exige

que uno de los objetivos de la santa ira del pueblo sean sus dirigentes. Pero los naturales de Andalucía tienen una marcada tendencia gregaria, como ya te he comentado en otra ocasión, y últimamente, conforme los gobernantes de esta región están apoderándose de los lugares más recónditos de la sociedad, las agrupaciones tienen miedo de criticar al poder y se centran en otros aspectos menos peligrosos para su integridad. De este modo uno de los aspectos que más atractivo confería a este tipo de festividades y que más aceptable lo hacía a ojos ajenos por su capacidad de liberación y de crítica, se está viendo difuminado a causa de la cobardía de estas gentes.

Una vez concluido el carnaval, llega la Semana Santa. En Almenar sólo hay tres cofradías, con lo que el programa de cultos es reducido. Pero en otros lugares de Andalucía, las celebraciones de Semana Santa se inician el jueves o el viernes anteriores y se prolongan durante toda la mencionada semana, hasta el Domingo de Pascua. Ya sabes que esas celebraciones consisten fundamentalmente en la salida de procesiones a la calle. La vida laboral se paraliza durante el paso de las cofradías. En ciudades grandes este hecho supone que a todos los efectos, salvo en el sector de la hostelería, la actividad económica se detenga.

A partir de mayo en muchos lugares tienen lugar fiestas en honor de la cruz. Coincide con la celebración que la Iglesia Católica hace de ese símbolo un día de ese mes. En este caso, la fiesta consiste en adornar las entradas o los patios de las casas con cruces de tamaño más grande del normal, adornarlas con flores, a veces con alimentos y con cualquier cosa que las embellezca y a partir de determinada hora de la tarde, la gente se congrega a su alrededor a comer, beber y bailar. Las mujeres se visten de trajes típicos y la alegría es obligatoria. Luego, la autoridad competente suele conceder premios a las cruces más hermosas.

Junto a las cruces, en la primavera también se celebran las ferias. La feria por antonomasia es la de Sevilla. Tiene lugar una o dos semanas después de Semana Santa. La feria es una auténtica ciudad constituida por casetas, que no son sino una especie de grandes tiendas de campaña de diferentes tamaños según el poder económico del que la promociona. En el interior de las casetas hay siempre un bar, entidad que, como sabes, es tan substancial al ser andaluz como la respiración lo es al ser humano. Junto al bar hay unos servicios que no me atrevería a llamar higiénicos, porque tienen más de pocilga que de higiene. Alguien dijo una vez que el nivel civilizatorio de una comunidad se calibra gracias a los servicios higiénicos públicos. Normalmente, en esta tierra son una calamidad y un foco de suciedad y residuos humanos acumulados desde tiempos de Abderramán o del rey goda Witiza en el peor de los casos (los romanos eran mucho más limpios, la verdad). En la feria de Sevilla, como en todas las otras, el grado de ardor coprófilo del andaluz se ve superado con creces.

Hay en las casetas un tablao donde los parroquianos bailan al son del baile típico llamado, ¿cómo no?, sevillanas, una composición musical de origen castellano que por estas tierras han adornado de requiebros y melismas que han desfigurado su origen. De hecho, las sevillanas han pasado de ser un baile de pueblo contenido a convertirse en toda una ceremonia de seducción que la mujer ejecuta sobre el hombre. Eso se comprueba fácilmente cuando quienes bailan son, efectivamente, un hombre y una mujer. Porque es frecuente que bailen mujeres solas y entonces, ese tinte seductor no se da.

La feria es, como Sevilla en general, una fiesta elitista y cerrada. En ella no tienen cabida los forasteros salvo que cumplan con un requisito previo, rendirse con armas y bagajes. Para alguien de fuera de Sevilla no hay más salvación en la ciudad que acercarse humildemente ante los monumentos humanos, archi-

tectónicos, sociales y naturales de esa ciudad, humillarse a sus pies, verter ceniza sobre sus cabezas, reconocer que no había tenido la sublime dignidad de ser humano en su vida anterior hasta que la fortuna tuvo a bien poner en su camino la muy heroica, muy noble, muy leal, invicta y mariana ciudad de Sevilla. Entonces, los naturales lo acogerán con los brazos abiertos, lo harán objeto de continuas bromas aludiendo a su condición semihumana de no-sevillano de nacimiento, le prodigarán invitaciones y guías por los secretos de la ciudad, ante los cuales, el forastero deberá mostrar sin descanso un estupor creciente.

Se recomienda, en este *cursus honorum* para ganarse la sevillanía, agarrar una buena borrachera de fino (variedad de un vino blanco fuerte, áspero y aromático) durante la cual deberá esbozar pasos de sevillanas mediante los cuales proporcionará al público nativo motivos para una hilaridad generalizada y satisfecha.

El pobre turista que se acerca a la feria armado de una guía de viajes y de la fama universal de esta celebración se verá obligado a vagar de un lado a otro, rechazado de todas las casetas interesantes (hay algunas públicas, pero están masificadas), rodeado de masas de gentes desbordantes de alegría y de cantos, sin que la citada persona acabe de adivinar a ciencia cierta cuál es el origen de ese alborozo, dado que nada pasa por las calles llenas de polvo amarillo salvo las multitudes.

Pero si tienes conocidos en Sevilla y son gentes de buena posición social, verás cómo entras en las zonas más exclusivas y en las más populares; en las más animadas y en las más rancias; en las más formales y en las más desmadradas. En todas partes serás invitado y saldrás beneficiado. La etiqueta feriante exige que el homenajeador, a su vez, homenajee cuando reciba en su caseta. Si eres forastero con buenos contactos y no tienes caseta, podrás pasar una feria inolvidable totalmente de gorra.

La feria es también el escenario de una de las manifestaciones que más agradan al sevillano y al andaluz, pasearse ante la mirada de los demás. Esto no sólo tiene lugar al paso de las mujeres ataviadas de trajes típicos que son objeto de miradas y críticas de sus congéneres, sino, fundamentalmente, en lo que se llama paseo de caballos. Por las mañanas tiene lugar un continuo ir y venir de carruajes antiguos de todo tipo, categoría y riqueza, de jinetes montados a caballo con o sin mujer a la grupa, ambos vestidos para la ocasión con los atavíos tradicionales. En esta ocasión acérrimas feministas de frondosa mata en las axilas y pelambreira exuberante en las extremidades inferiores pugnan por sentarse detrás de algún apuesto galán que las pasee, mientras se aferran con tradicional fervor mujeril a la cintura del macho, y proclamar así que, en el fondo, ese feminismo les sirve sólo para apalancarse a algún jugoso carguito público y para abroncar continuamente a quienes ellas consideran reaccionarios y carcas.

Con frecuencia la denominación de paseo es un tanto pretenciosa, ya que se forman tales atascos de concurrentes que es casi imposible moverse por las calles.

El olor de la feria entonces es una mezcla de excrementos de caballos y calor humano. Esto se acentúa si coincide la celebración con una subida de las temperaturas.

Te aclaro que la semana de feria no es festiva en Sevilla ni en las localidades donde tienen lugar fiestas similares, que es toda Andalucía. En algunos sitios llegan a disfrutar de un día o dos, como mucho. Esta circunstancia da lugar a la aparición del trabajador que llega a su puesto por las mañanas ojeroso, derrotado, con aspecto de haber sufrido un ataque feroz de milicias islámicas y que es observado con envidia por sus compañeros. El susodicho se pavonea con su aspecto derrengado, ya que todos saben que es producto de una larga noche de farra, baile, comida y bebida en la feria. A todas luces, el afortunado

de este modo da buena muestra de su poder económico (la feria sale cara a quienes la disfrutan), de su poder social y de su buen estado físico.

Lo dejo aquí por hoy. Me encuentro cansado. Continuaré mañana. En cuanto a lo de las casas, desisto. Los pretendidos vendedores me tienen hartos con sus tretas y engaños. Cuando puedas, te vienes aquí una temporada y si coincides conmigo, seguimos investigando juntos.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 23

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Habida cuenta de la predilección del andaluz por la fiesta, podrás suponer que los gastos tan enormes que se derivan de estas actividades sean costeadas en buena parte por la administración pública. Bien saben los políticos que estas masas se mueven más que ninguna otra por el viejo lema de *panem et circenses* que tan buenos réditos conferían a los antiguos césares romanos y que, hoy en día, tan buenos votos les dan en las elecciones. No te extrañes, pues, que para los andaluces sea más importante que el político prometa buenas y espléndidas fiestas antes que buenos hospitales y escuelas o rápidas autopistas.

Hay otro tipo de fiestas en Andalucía denominadas romerías. La más famosa y multitudinaria es la romería del Rocío. En lo esencial esta fiesta consiste en la peregrinación a determinado santuario situado fuera de las concentraciones urbanas. Hay variedades dependiendo de la distancia que separe el santuario de las poblaciones. Los devotos van a pie cuando la distancia es asequible y en otro medios cuando la distancia es excesiva para un caminante.

El santuario donde mora la Virgen del Rocío está en el parque natural de Doñana. Su preeminencia dentro de las romerías se debe, a mi juicio, a que cumple con los requisitos de una ce-

lebración de tal naturaleza en todos sus apartados. El entorno de Doñana es paradisíaco. Es un enclave que milagrosamente ha sobrevivido a la incuria y al desprecio tradicionales del andaluz hacia su entorno natural. Probablemente fuera debido a la circunstancia de que el parque desde tiempo inmemorial se destinó a coto de caza de los reyes y eso lo salvaguardó de la furia destructora del autóctono.

Desde el santuario, el visitante puede contemplar una hermosa marisma donde pacen caballos y se despliega un cielo de matices pocas veces contemplado. Como sucede con todos estos santuarios, procede de un antiquísimo emplazamiento dedicado a divinidades generalmente femeninas relacionadas con la fertilidad de la naturaleza.

Los romeros acuden a la aldea de El Rocío desde muchas partes. Los hay que vienen desde Sudamérica. Pero la romería más genuina es la que se lleva a cabo saliendo a pie, a caballo o en carreta tirada por animales, desde las ciudades y pueblos en un círculo a veces de más de cien kilómetros a la redonda. En el camino emplean días.

Todo se limita a acudir al santuario, pasar ante la estatua, celebrar unas misas, sacar a la imagen en procesión y luego regresar a casa. Pero en el caso del Rocío, todo esto se desborda en una orgía de emociones y en un despliegue exuberante de la parte más irracional del ser humano.

Y es que éste es el núcleo del sentir rociero. Se trata de abandonar durante un tiempo lo que de racional y ordenado tiene la vida cotidiana. Los rocieros son gentes que se permiten en el plazo de una semana abandonar la rutina, las normas, hasta aspectos tan elementales como la higiene, para sumirse en un mundo donde las cosas se vuelven del revés. Por ello, aunque sea una celebración católica, el sexo está presente. En épocas donde la homosexualidad era perseguida en España, ser homosexual en el Rocío no era ningún baldón.

En el Rocío se exhibe la aristocracia ajada de toda la vida en pleno esplendor y hacen ostentación los nuevos ricos. El pueblo llano demuestra su ser sin complejos y se expande una camaradería entre los devotos que pasa por encima de divisiones sociales.

El hecho de que El Rocío sea un momento de expansión emocional tiene curiosos resultados. Por ejemplo, conocí en mi juventud durante mis estudios universitarios a un compañero natural del pueblo de Almonte. De este lugar depende administrativamente la aldea del Rocío y es el que posee la custodia ancestral sobre la ermita. Era una persona sensata, sensible, inteligente y culta. De todo se podía hablar con él, menos del Rocío. Cuando en una ocasión salió el tema, aquel ser encantador se convirtió en un peligroso fanático. Ante la simple idea de que alguien no nacido en Almonte pudiera acceder a llevar sobre sus hombros la imagen de la virgen, este joven se deshacía en insultos y poco menos que ponía su cadáver ante los pasos de forastero tan osado.

Del mismo modo, no es extraño oír declaraciones de personas igualmente cultas y formadas que se declaran ajenas a la religión, pero que confiesan abierta y orgullosamente que sólo creen en la Virgen del Rocío, que van de vez en cuando a su presencia y que le rezan. Pero sólo a esta estatua. Aunque es necesario reconocer que este tipo de personajes son frecuentes en Andalucía. Los hay ateos furibundos, comecuras y anticlericales que todas las madrugadas se descalzan, se ponen una túnica de nazareno y cargan con una cruz en su hombro sólo detrás de determinado cristo o determinada virgen. Conocí a uno en mis tiempos sevillanos que se jactaba de acceder a partes nobles de las señoras aprovechando semejante disfraz, la masificación humana y el estupor que causaba en la víctima sentir que un penitente emprendía una labor tan poco apostólica. Eso sí, a su cristo que nadie lo tocara.

Redomados comunistas y radicales marxistas son rocieros hasta la muerte. No se avergüenzan de esta contradicción, sino que se jactan. A fin de cuentas, el Rocío es el triunfo avasallador de lo irracional.

Las hermandades a su paso van dejando un surco de suciedad y de animales muertos, ya que es frecuente que revienten de cansancio a sus caballos. Cuando por razones ecológicas es necesario salvaguardar un paraje, ten por seguro que dicho paraje acabará arrasado. Lo primero es la tradición rociera. Cuando coinciden elecciones en un domingo del Rocío, los romeros ponen excusas para evitar su presencia en mesas electorales. Aducen así pretextos tales como que es cocinero de esta hermandad o de la otra y que no puede ausentarse; o que lleva un año preparando la romería y no hay autoridad en el mundo que lo fuerce a privarse del camino.

Las afrentas entre hermandades rocieras son a muerte. Un año la hermandad matriz, la almonteña, se negó a detener el paso de la virgen delante de la casa de una de las hermandades que sientan plaza en la aldea. La conmoción fue sonada. Estas gentes que habitan tan hondamente en lo simbólico consideran todo lo relacionado con los símbolos parte esencial de sus vidas.

Finalmente, como siempre sucede en Andalucía, la falta de respeto hacia el espacio público es tal que cuando los hermanos emprenden el camino o regresan a casa, las ciudades se paralizan. Esta es otra variedad de esa seña de identidad tan andaluza. Cuando un natural de aquí disfruta, encuentra incomprensible que haya quienes no compartan su disfrute y tiene que obligar a todos a gozar con él. Ante este despliegue, el disidente no tiene más opción que la resignación o la paciencia a la espera de una venganza posterior aprovechando el propio tótem como excusa. Porque si se declara abiertamente la disconformidad, su destino está sellado y es mejor el exilio.

¿Y cuál es la postura ante este tipo de actos de quien supuestamente es la promotora, es decir, de la Iglesia Católica? Pues aplaude a rabiar. A la jerarquía estas manifestaciones le vienen de maravilla. Se excusan diciendo que es religiosidad popular. Los siete pecados capitales tienen su asiento confortable en esta romería; pero a curas, obispos y cardenales les parece fetén. No olvidemos que la Iglesia Católica, como casi todas las religiones, siente predilección por el poder terrenal y la expresión del clamor rociero no deja de ser para ellos una muestra clara de la influencia que todavía poseen en esta tierra. En esto, como en otros muchos aspectos, podemos hallar la explicación de que la Iglesia Católica sea la única institución, junto con la monarquía nipona, que ha sobrevivido durante miles de años a los avatares de la naturaleza humana.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 24

De hirtiovernier@hotmail.com a
jaweston55@hotmail.com.

Termino con ésta mis cartas sobre las fiestas andaluzas.

Durante la primera parte del verano se paraliza el calendario festivo, pero en el mes de agosto, en torno al día 15, de tan rancio abolengo agrícola, se suceden en muchas localidades nuevas ferias con la excusa de venerar a determinadas vírgenes. Muchas de estas ferias van acompañadas de procesiones.

Tras el verano, se descansa durante un tiempo. No faltan aquí y allá procesiones en el mes de octubre o noviembre. Todo aliñado con la cohetería inevitable y la escandalera en la que se sienten tan cómodos los naturales. Con estos acontecimientos nos plantamos en diciembre, cuando se celebra la Navidad que, quizá sea la fiesta que menos encaja con el carácter andaluz. Con todo, se celebra y en ella se cantan villancicos y se produce idéntica orgía de despilfarro que sufre todo el mundo occidental.

Teniendo en cuenta las informaciones sobre estadística económica, se supondría que Andalucía, al ser una de las regiones más pobres y atrasadas de Europa, no sería el lugar apropiado para derrochar un dinero duramente obtenido. Pero las estadísticas son erróneas. Sus informaciones se basan en datos ofrecidos por la actividad económica cuyos rastros son capta-

bles por los organismos oficiales. En Andalucía la actividad económica es, en un porcentaje muy elevado, subterránea o, como dicen aquí, negra.

Cuando compras una casa, por ejemplo, es de obligado cumplimiento el rito de escriturar a un precio y luego pagar un precio real. La diferencia debe darse al vendedor en metálico. Ese dinero deja de ser localizable por Hacienda y no pasa a ingresar las estadísticas. Es raro que te den una factura en forma cuando compras algún bien o servicio de cierta envergadura y si es forzoso emitir tal documento, siempre se harán dos. Uno de ambos, el oficial, dejará constancia de un movimiento de dinero menor, con vistas a contentar al fisco; y en otro constará el gasto real llevado a cabo por el comprador, pero que no pasará de ser un papel privado entre quien suministra el bien o el servicio y quien lo adquiere.

En suma, Andalucía es pobre, pero los andaluces tiran el dinero a espuestas. Pero sólo lo utilizan con generosidad en aquellos gastos que consideran importantes, esto es, fundamentalmente, buenas fiestas, entre las que se incluye, lógicamente, la Navidad.

Te repito, para concluir, que Almenar disfruta de todos y cada uno de los tipos de fiesta que te he mostrado. Aquí la gente se suma a todo lo que signifique alteración de la rutina, manifestación de alegría pública y ruido atronador.

Te adjunto un nuevo, real y cortísimo relato.

LA DELATORA

Mi marido, borracho impenitente de fin de semana, me abandonó por una mulata a la que conoció en la güisquería del pueblo. Desapareció un día con lo puesto y me dejó una nota donde explicaba su decisión. A partir de ese día, acudí al local de alterne todos los fines de semana de madrugada, y a escondidas

tomaba nota de los hombres que frecuentaban el lugar. Luego, se lo comunicaba a sus esposas. Pensaba que así les hacía un favor.

Tuve que abandonar el pueblo una tarde de forma clandestina, con escaso equipaje y mis dos hijos. Desde que me convertí en delatora, las esposas de los hombres que acusaba, habían comenzado a odiarme y a hacerme la vida imposible.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 25

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Andalucía ha sido durante mucho tiempo tierra de emigrantes. Fundamentalmente, esta tendencia a escapar de la miseria se produjo durante los años sesenta. El régimen de Franco había apoyado a las potencias del Eje durante la II Guerra Mundial. Estas simpatías las hubo de pagar España, una vez terminada la guerra, con su exclusión del concierto internacional. Pero cuando se hubieron remansado las aguas y el peligro comunista aconsejaba al mundo libre aprovechar cualquier alianza, se le permitió formalizar su presencia entre el resto de las naciones del mundo. Esta apertura propició que durante los años sesenta el país comenzara a experimentar un desarrollo económico que, a pesar de las críticas que los opositores se empeñaban en propagar, nunca antes había conocido este país. Franco puso en manos de los llamados “tecnócratas” el futuro de la nación y éstos enfocaron la gestión pública basándose en criterios puramente económicos y de eficacia. El resultado fue ese espectacular desarrollo económico que creó una clase media, hecho que a su vez facilitó una transición política pacífica de la dictadura a la democracia. Nada hay más miedoso que un mesócrata, como todos sabemos. Y ya el viejo Aristóteles afirmaba que la base social de la democracia es una abundante clase media. Esta

gente no se apunta a experimentos por miedo a perder lo que tiene, pero aspira a más y es consciente de que con sus aportaciones al Estado sustenta las instituciones, lo que le lleva a exigir derechos políticos.

Durante los años sesenta, España experimentó una enorme prosperidad que se concentró, fundamentalmente, en dos regiones a las que el régimen favorecía sobre las demás. Creo que por el miedo a que sus ansias secesionistas se fomentasen gracias al victimismo. Tarea esta inútil, como ya sabemos. Pero éste es otro asunto. Los emigrantes andaluces marcharon a países de Europa, fundamentalmente Suiza, Francia y Alemania. En España, las zonas de destino fueron Cataluña y el País Vasco, donde florecía una próspera industria en toda clase de productos.

Muchos de Almenar emigraron en aquellos años a Cataluña. Por una tendencia que continúa aún, muchos almenareños siguen yéndose a Cataluña a vivir y a trabajar. Menos que antes, por supuesto, ya que la prosperidad económica no es tan relumbrante como en los decenios anteriores. Pero sigue existiendo una corriente migratoria que comunica este pueblo con los vecinos que ya se instalaron allí hace tiempo y que siguen atrayendo a gente de su pueblo.

Una de las características de los emigrados que retornan en vacaciones a Almenar es su aparente complejo de superioridad. Por aquí los llaman tragapavos. Esta denominación se debe a que durante su tradicional visita navideña los emigrantes hacían alarde de su prosperidad con el consumo ostentoso de pavos, ave que aquí es uno de los típicos manjares de esas fiestas.

El tragapavos es hijo de algún emigrante, o un emigrante que se ha creído su superioridad. De todos modos, suelen ser los descendientes los que muestran un mayor desprecio por sus paisanos. Están convencidos de que vienen de un país desarrollado y moderno a una aldea enclavada en algo parecido a la Edad Media, oscurantista, cateta y retrasada. Hablan con un

fingido acento pseudo-catalán. Sus hijos no se llaman José, Antonio o María, sino Montserrat, Jordi o Nuria. Hacen alarde de su supuesto mayor poder económico con gesto despreciativo y se pasean con su mejor coche por las calles estrechas de Almenar.

Durante las vacaciones de Navidad, Semana Santa y verano, ocupan con sus aires de grandeza las calles de este pueblo y arrollan con un falso acento catalán a sus antiguos conciudadanos. A veces, su ansia por demostrarse superiores les hacen cometer errores y, de ese modo, no resulta extraño que detrás de una *e* pronunciada a la catalana, se eliminen de sus palabras las *eses* finales; o que junto a un horrisono grito propio de barriadas marginales se profiera uno de los nombres más comunes en lengua catalana.

Creo que esta actitud es propia de gentes con un profundo complejo de inferioridad. Es el recurso típico para ocultar el sentimiento de la propia escasa valía que en sí tienen esos emigrantes andaluces. Recurren a sobreactuar, a dimensionar por encima de su real apreciación de sí mismos de modo que sea imposible apreciar la verdad de sus sensaciones.

Este complejo de inferioridad de los tragapavos almenareños es, por otra parte, común al resto de los andaluces. Suele manifestarse también en ese afán que tiene el andaluz de exagerar sus rasgos folclóricos cuando viaja fuera de su tierra. Mientras que un suizo o un alemán no sienten necesidad de demostrar su superioridad, porque es evidente gracias a su trabajo y a lo que producen, esta gente van atronando el mundo con sus cantes y sus bailes. Se ríen y desprecian en su propia tierra a suecos u holandeses acusándolos de aburridos y de tener una nula capacidad para disfrutar la vida. Al final esta manera de proceder no revela sino su profundo complejo, a la vez que deja claro cuáles son las escalas de valoración en cuanto a lo que es importante en la vida.

Cuando el período de vacaciones termina, los tragapavos vuelven a su Cataluña habitual, a sus trabajos, a sus ciudades dormitorio, a su real posición de amplia minoría despreciada por los catalanes de pura cepa, a su real situación de ciudadanos de segunda. Y sus hijos vuelven a colegios donde se les prohíbe hablar español y donde se les somete a una limpieza de cerebros para erradicar de sus conciencias todo aquello que no remita a esa Cataluña racial y primigenia que los nacionalistas consideran la única pura y auténtica. Y en ese ambiente enrarecido, los tragapavos sólo tienen un objetivo vital, asimilarse a sus amos y disimular la impronta de segundones que los catalanes de raza les han grabado a fuego sobre sus almas.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 26

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Una de las más nefastas instituciones de Andalucía es la del vecino. Es inevitable convivir con los demás. Este rasgo forma parte de la naturaleza esencial del ser humano, como ya reconociera mi adorado Aristóteles hace bastantes años, porque nadie sobrevive aisladamente mucho tiempo. Sé que muchos desearían tener los suficientes ingresos como para construirse una casa en medio de un paraje ameno, pero solitario y poder vivir en paz y tranquilidad sin el contacto de semejantes. Pero esta opción está fuera del alcance de la inmensa mayoría de la gente. Debemos resignarnos a habitar en hogares cuyos muros están pegados a los muros de otros congéneres. Aunque por medio haya un jardín o una cierta superficie de césped, inevitablemente los ruidos y las maneras de comportarse de los demás acaban formando parte de la cotidianidad de millones de seres humanos.

Este hecho ineluctable que debería forzarnos a vivir de manera civilizada, ya que nuestro respeto al vecino redundaría en su respeto a nosotros, en Andalucía es una pretensión abocada al más radical y absoluto fracaso. La institución del vecino aquí suele ser una variante moderna de las torturas inquisitoriales.

Una de las frases más repetidas por el vecino es “en mi casa hago lo que quiero”, concebido como axioma de absoluta validez, como si no fuera más cierto pensar que no, que en mi casa no puedo hacer lo que quiera porque hay actividades más que resultan molestas a los demás y que uno debe controlarlas para hacer la vida un poco más agradable a quienes conviven con nosotros.

Dentro de esta máxima se incluyen fiestas a altas horas de la madrugada, aficiones escandalosas como las derivadas del bricolaje en sus más imaginativas variantes, el ruido escandaloso de la actividad sexual, la audición de la música preferida del vecino a un volumen atronador, la televisión a gran volumen a cualquier hora del día o de la noche y cualquier otra forma de molestia que tu mente pueda concebir.

Lo que le apetece y le gusta a un andaluz debe ser apetecido y gustado por el resto de la humanidad. Es inconcebible que exista mortal cuya sensibilidad esté tan atrofiada como para no apreciar la belleza inconmensurable de una marcha de Semana Santa o del último éxito del rapero zarrapastroso de moda. Del mismo modo, si el vecino es un manitas que domina con pleno acierto y destreza las artes del taladro, el martillo y el cincel, es incapaz de comprender que pulule por la faz de la tierra bicho viviente que no se extasíe ante sus creaciones. Es impensable, pues, que se sienta molesto por los ruidos que su actividad artesanal ocasiona a cualquier hora, sea mañana, tarde, noche o madrugada en que su voluntad creativa se sienta inspirada para elaborar sus obras de arte.

Si por alguna razón difícil de comprender alguien de manera educada solicita al vecino que al menos respete determinadas horas, el sujeto en cuestión se sentirá ofendido, mentará a la familia del discreto ciudadano que ruega un poco de respeto y acabará diciendo aquello de que “en mi casa hago lo que quiero.” Es probable que a horas avanzadas de la madrugada, como

escarmiento para alguien tan poco razonable como ese pobre ciudadano acosado por el insomnio, el vecino emprenda la construcción de un altar para la patrona de su pueblo.

Creo que esa falta de educación tiene un hondo precedente en la influencia de eso que algunos llaman la cultura mediterránea. El buen clima mediterráneo favorece la vida al aire libre, con lo que los espacios públicos son concebidos como una *res nullius* cuya conservación, orden y belleza depende de arcanas instituciones de poder, pero nunca de la personal responsabilidad de cada ciudadano en particular. Es una manera de entender la convivencia que resulta propia de países sin civilizar, donde el espacio público se considera tierra de nadie sobre la que todos tienen un derecho ilimitado de pernada. Los sitios comunes pueden ser violados, arrasados, manipulados, devastados al albur de un momentáneo capricho. En Andalucía sólo se respeta el ámbito privado, donde uno se erige en dueño y señor absoluto, donde tienen cabida todas las manifestaciones del poderío del que lo habita.

Por otra parte, el catolicismo dota al fiel de una gran sensación de irresponsabilidad. El hecho de que el perdón de las conductas erróneas o malvadas provenga de un poder que está por encima de la propia conciencia y que graciosamente confiere esa absolución tantas miles de veces como sea necesario, confiere al que se ha criado en medio de esta mentalidad dominante, sea o no creyente, la idea de que haga lo que haga, nada va a tener la menor trascendencia. Así uno se halla liberado para hacer su santa voluntad. En esto los países y las gentes criadas en el espíritu de la Reforma presentan una mayor percepción y valoración de la propia responsabilidad, ya que el juicio sobre la actuación personal depende de la exclusiva conciencia del creyente y de la seguridad de que es el propio Dios quien entra en contacto con el devoto, sin intermediarios que justifiquen y liberen de culpa al pecador. No resulta, por tanto, extraño que

en las mentalidades derivadas de la Reforma las gentes manifiesten un grado mucho mayor de respeto hacia los demás y de percepción de la propia e intransferible responsabilidad de todo lo que hacen. A fin de cuentas, el católico cada vez que el cura le da la absolución, queda limpio de toda culpa. Al evangélico sólo en el juicio tras la muerte, cara a cara con Dios y su propia conciencia podrá estar seguro de que es perdonado. El devoto evangélico es, asimismo por estas razones, mucho más cuidadoso con su trabajo, con sus relaciones y con su entorno. Otra cuestión es que se viva mucho más confortablemente si la conciencia está formada en el mundo mental del catolicismo que en el mundo de las religiones reformadas. En este sentido, el ser católico ofrece una mayor probabilidad de ser feliz en este mundo.

Finalmente, el influjo musulmán libera todavía más de responsabilidad personal la actuación del hombre. Como todo depende por voluntad de Dios y uno no es nada, a fin de cuentas, da igual lo que uno haga o no haga. Los hechos ocurren de ese modo y no de otro porque Dios así lo estipula, no porque uno fuerce a la realidad a concluir en el modo que uno pretende. La desidia, el fatalismo, la incuria, la dejación de responsabilidad y, por ende, la total ausencia de espíritu cívico es propio del mundo musulmán del mismo modo que lo es de la sociedad andaluza.

El desprecio hacia el espacio público tiene otras consecuencias aparte del nulo respeto por los que viven en torno a uno. El andaluz no tiene sentido ciudadano. La ciudadanía es un invento de la antigua Grecia, reflatado como concepto durante las revoluciones americana y francesa del siglo XVIII (si bien la base conceptual está en nuestro siglo XVII). El ciudadano es un ser que se siente vinculado con otros ciudadanos en la tarea de construir un espacio público donde la libertad y el respeto afiancen una sociedad confortable y próspera. El espacio públi-

co es el lugar de encuentro de todos los ciudadanos y donde se manifiesta la voluntad común de erigir una entidad llamada sociedad en la que todos están involucrados y que debe estar enriquecida por la diversidad de conciencias, proyectos y preferencias individuales. Cuando falla el respeto al espacio público, falla el respeto a la gente que lo emplea. Pero como el ser humano necesita vincularse a colectivos, el andaluz acaba por sentir como irrenunciable, no una sociedad, una nación ni un proyecto de convivencia general, sino su propia secta, llámesele cofradía, club de fútbol o tribu familiar. Modernamente ha aparecido una nueva versión de secta. Es el partido político. Del mismo modo que se aferran a su hermandad como único ente colectivo por el que merece la pena sacrificarse, a la que todo se da y por la que se puede aplastar a quien no la acepta, los nuevos andaluces han añadido a su acervo su militancia en el partido político, fundamentalmente el partido socialista que aquí lo acapara todo, lo controla todo y lo fiscaliza todo. Los socialistas andaluces son primero socialistas, luego de tal o cual cofradía y en última instancia, pertenecientes a una entidad difusa llamada España.

Comprenderás que con este proceder y con otros anteriormente mencionados las nociones básicas del régimen democrático tienen en estas tierras escaso arraigo.

Me he desviado del asunto con el que empecé esta carta. Terminó diciéndote que, si decides finalmente asentarte en esta tierra, te aconsejo que te tomes esto de convivir con la mayor de las paciencias. La mejor manera de disfrutar el clima (cuando es posible) y de los beneficios de esta tierra y de sus gentes, es permitirte el lujo de mezclarte con ellos cuando lo desees y de apartarlos de tu lado cuando lo desees igualmente. Cómprate una casa aislada en medio del campo y, como mínimo, a quince o veinte kilómetros del núcleo de población más cercano. Lo

demás es arriesgarte a dar con un vecino insolidario, riesgo que en esta bendita tierra se eleva a altas cotas.

Una última observación: si das con un vecino de esa laya, olvídate de los poderes públicos. Nadie hará nada por ti, ni la policía (que nunca acudirá a tus llamadas nocturnas para pedir que bajen la música del flamenco de turno), ni los jueces, ni los políticos. Con frecuencia te dirán otra de las frases favoritas del andaluz: “si no te gusta esto, lárgate a otro sitio.”

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 27

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Ayer fui testigo de una escena. Una vez asimilada, no me sorprendió en absoluto, pero en personas como tú, educadas de acuerdo con estrictos principios morales privados y públicos, a buen seguro provocaría una dosis de estupor, por no decir de rabia.

Íbamos Jaime y yo a bordo de su coche por una de las calles de Almenar. A pesar de que tanto el joven como yo mismo paseamos por el pueblo y somos conocidos, no estamos catalogados como personas integradas en el lugar ni se nos acepta como vecinos de este municipio. Esto puede explicar parte de lo ocurrido.

En España es obligatorio usar el cinturón de seguridad cuando se viaja en un coche. Normalmente, en el pueblo no se utiliza. También es obligatorio llevar un casco de seguridad cuando se va en moto. Pero tampoco nadie lo utiliza. Nada hay de extraño en este proceder, ya que para el andaluz la ley no es una creación humana destinada a crear espacios de convivencia respetuosa, sino el capricho de algún dirigente aburrido que dedica su tiempo a pensar cómo fastidiar a los demás, justificando así un sueldo cuantioso y un puesto con capacidad de situar en buenos lugares a sus familiares y amigos. Con esta manera de

entender la labor política, comprenderás que respetar las leyes no es tarea por la que el andaluz esté, salvo que su incumplimiento le acarree unos perjuicios que considere excesivos o se corra el riesgo de ser cogido en su quebrantamiento.

Delante de nosotros y objeto de nuestra risa en un primer momento y de terror posteriormente, se estuvo exhibiendo un insólito espectáculo. A bordo de un ciclomotor de aspecto lamentable iban dos muchachos de aspecto marginal, por supuesto sin cascos, en medio de los cuales aposentaba sus reales una cabra. Se podía percibir con claridad que el pobre animal iba aterrado, contrariamente a lo que les sucedía a sus portadores que estaban pasando unos momentos de enorme jolgorio.

No contentos con limitarse al transporte del animal, el conductor exhibía grandes dotes como piloto de carreras y hacía gala de diversos números circenses, entre los que no eran infrecuentes, el juego de esquivar al anciano o el de fingir la intención de atropellar a una señora con el carrito de la compra. Por supuesto, todas estas maniobras estaban acompañadas del ruido estridente, y en este caso también cascado, imprescindible en cualquier joven con motocicleta o similar.

A la entrada de la calle principal estaban apostados dos guardias municipales. Ante la aparición del par de pequeños empresarios de explotaciones ganaderas a bordo de su humilde flota motorizada de distribución, la pareja de servidores del orden sólo parecieron sentir una leve inquietud que pronto pasó a ser un atento ojo avizor seguido, finalmente, de un gesto de alto. A todas luces, estaban dispuestos a cumplir con su deber y justificar el sueldo que ganan con cargo a los bolsillos de los contribuyentes (es decir de esos tontos que no tienen la astucia de engañar al fisco). Y así fue. Detuvieron a los infractores, que no eran otros que mi amigo Jaime y yo.

Con impostada seriedad se dirigieron a nosotros tras un ridículo amago de saludo militar. El encargado de expedir el bo-

letín de multa nos aclaró que viajábamos sin el cinturón de seguridad. Comprenderás nuestro estupor. Jaime esbozó una excusa. Lo típico: que si se nos había olvidado, que si en el pueblo nadie lo hace. De nada sirvieron sus palabras. Finalmente, ya exaltado, recriminó al guardia que hubiera visto pasar delante de sus narices a dos muchachos sin casco, con una cabra entre ellos y haciendo burradas sin haberle prestado el menor caso. La respuesta del policía fue contundente: “Esos son insolventes.”

Jaime se calló. Yo miré al suelo y, una vez terminado el trámite, nos pusimos los cinturones y salimos de allí. Al cabo de unos minutos, reaccionamos y, como podrás suponer, empezamos a despotricar de este pueblo, de sus policías y de todo lo que se nos pasaba por la cabeza.

Otro relato espero que contribuya a hacerte digerir lo que te he contado.

EL ESCLAVILLO

Una de las cosas que siempre tuvo clara Nicanor era que no podía vivir sin la compañía de una mujer. No sólo el impulso del instinto lo llevaba a experimentar la desazón ante la soledad, sino la simple necesidad de compañía femenina. Buscaba en la mujer además del placer, el apoyo, la ternura, el cariño, las comidas a sus horas, la ropa limpia, la normalidad social del casado, los hijos y todo aquello que una pareja asentada debe ofrecer a sus miembros.

Desde que tuvo sus primeras nociones de la diferencia de la mujer respecto al hombre, Nicanor fue consciente de que su vida no tendría sentido sin una esposa que cumpliera todas esas expectativas. De este modo, cuando sus amigos conversaban sobre el tema de las mujeres en medio de las bromas procaces, los chascarrillos de mal gusto o las alusiones sexuales, él sin

tapujos declaraba que no quería ligues fáciles ni aventuras de una noche, sino una buena mujer, leal, cariñosa y trabajadora. Sus coleguillas se reían de él, pero Nicanor los miraba compasivo, porque en su fuero más interno algo le decía que también ellos se pirraban por obtener un premio de tal envergadura.

Incluso se sentía tranquilo cuando pensaba en el momento que más le desasosegaba de la vida: la vejez. La estadística –pensaba– trabaja a su favor. Cuando más necesaria le fuese la ayuda de otro ser humano, en los años finales de la ancianidad, no tendría que temer la soledad y el abandono (con los hijos no contaba: así era de realista). La proporción de viudas supera con mucho la de viudos. Moriría Nicanor antes que su esposa; por tanto, nada había por lo que preocuparse.

Armado de este arsenal de convicciones y proyectos, Nicanor conoció a los veintidós años a Gloria, de su misma edad. Se enamoraron. Esperaron a que aprobase unas oposiciones a administrativo y, una vez obtenida la plaza, se casaron. Al año vino un niño. A los dos años, otro. A los cinco, una niña. Ahí se cerró el ciclo reproductivo. La vida transcurrió como la de millones de hombres, entre el trabajo, la familia, los amigos y el fútbol en televisión.

Pero el destino le jugó una mala pasada. Gloria murió repentinamente de un fulminante cáncer de hígado a los sesenta años. Nicanor se vio solo. Sus hijos estaban casados y con sus vidas hechas. No quería meterse en sus hogares. El duelo fue seguido del temor y el temor, de la angustia. Con la claridad de ideas que siempre le había caracterizado, comenzó la búsqueda de una mujer con la que vivir los últimos años de su vida.

Nunca le gustó el hogar del pensionista; pero la necesidad ahogaba. Así que se convirtió en un asiduo de verbenas, fiestas, jugadas de dominó, concursos de baile retro, bingos y excursiones a Benidorm en temporada baja, de las que volvió más de una vez con alfombras que para nada le servían.

Tenía mala suerte, sin embargo. Nunca fue muy agraciado, ni física ni espiritualmente, y la vejez había deteriorado aún más su pobre imagen. Para colmo, menguaba de estatura a una velocidad que se le antojaba excesiva. Resultaba a sus sesenta y un años un tipo bajo, arrugado y mal aliñado. Gloria siempre se encargó de lo que debía vestir y le compraba la ropa. Nicanor en esos aspectos era un pobre ignorante y se las arreglaba como podía, o sea, mal.

Probablemente fuera su aspecto. Probablemente también su excesiva ansia por encontrar una esposa o el hecho de que no fuera rico, el resultado era un continuo fracaso en su acercamiento a las damas del hogar del pensionista. Pero, como dice la sentencia, la gota a fuerza de caer sobre la piedra, acaba por horadarla. Finalmente, Hortensia, una de aquellas a las que pretendía, acabó por aceptar sus proposiciones.

Bien es verdad que Hortensia no tenía buena fama en el hogar del pensionista. Era arisca, altiva y muy suya. Viuda también y, aparentemente, como todas las viudas, bastante ajena a la necesidad de un nuevo matrimonio. Esta característica la había constatado Nicanor tan pronto como inició su cacería. Las viudas parecen hallarse en un estado ideal. Para nada añoran el matrimonio, son reacias a casarse nuevo, suelen olvidar a sus difuntos maridos y hasta parecen estarle agradecidas al cielo por haberles permitido perderlos de vista.

Hortensia aceptó. Pero con condiciones: nada de boda, nada de dormir juntos. Durante el día podían estar en uno u otro hogar; pero al anochecer, cada uno se largaría al suyo. Así se dejaron constancia de algunas cláusulas más, entre las cuales había algunas concesiones hacia las necesidades masculinas que a Nicanor le parecieron compensar las restricciones marcadas. Hasta que llegó la última. No fue expresada verbalmente; simplemente, ocurrió. Cuando se levantaron las sillas de la cafete-

ría donde Nicanor había firmado verbalmente ese particular contrato, ella le tendió su bolso.

Nicanor marchó desde entonces detrás de Hortensia. Ella, erguida; él, encorvado. Ella, con las manos libres; él, con el bolso de su novia en las manos. En el barrio, Nicanor pasó de ser “el ventanillo” (mote debido a su extinta labor profesional), a ser “el esclavillo”. Nicanor todo lo aceptaba con tal de no sentirse solo. Hortensia se jactaba de su relación. Este estado de cosas no se le ocultaba al resto de las damas del hogar del pensionista. Hortensia pasó a ser una mujer popular y admirada entre el sector femenino.

Hortensia murió también antes que el pobre Nicanor. De repente, se convirtió en una presa apetecible para las señoras. Pero a su edad el administrativo jubilado pareció haber aprendido una cierta lección. La primera dama que se le insinuó, recibió una respuesta contundente: el impacto que el anciano le propinara a la señora con su propio bolso.

Después de varios años durante los cuales no volvió a pisar el hogar el pensionista, Nicanor murió solo en casa y, milagrosamente, los hijos afirmaban que su rostro manifestaba una enorme placidez.

Un saludo cordial,
Hirtio

Carta 28

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

En el curso de mis andanzas por estos rincones, me enteré de que las sesiones plenarias del ayuntamiento eran abiertas. Interesado por ver cómo se sucedían los acontecimientos dentro de esa institución, decidí asistir al próximo pleno que se celebrara.

El salón es pequeño, pero acogedor. Hay una gran mesa en el centro, detrás de la cual se despliega un tapiz con el escudo del pueblo. El centro de la mesa corresponde al alcalde, quien preside la sesión. A su derecha se sienta un funcionario y a la izquierda otro. Perpendiculares a la mesa central hay otras dos mesas alargadas detrás de las cuales, a derecha e izquierda, tienen su asiento los concejales.

Este pueblo está controlado por los herederos del partido comunista. Se llaman de otro modo, pero son los viejos estalinistas reconvertidos hasta unos extremos increíbles. Te digo esto porque durante el pleno pude oír de labios del alcalde afirmaciones tales como que la riqueza sólo vendría al pueblo de manos de empresarios con iniciativas, o como que había que hacer un esfuerzo suplementario para adecentar con la adecuada dignidad las fachadas y calles por donde iban a pasar las cofradías durante la Semana Santa, o como defender la aprobación del montaje de una verbena en el centro de la localidad con el fin

de aportar fondos a los romeros de una virgen de otro pueblo con numerosos adeptos aquí. De éstas hay más, pero te ahorro los detalles.

Esta actitud del regidor no resulta extraña. Este señor es propietario de una fábrica donde se destilan licores, posee amplias extensiones de olivos y además se lucra, como todo el mundo sabe, de la información privilegiada que a través de un funcionario del ayuntamiento puesto por él mismo, emplea para hacer prosperar su agencia inmobiliaria. En el fondo estas gentes son astutas. Apoyan verbalmente a la ideología dominante que es la colectivista con mayor o menor radicalidad, pero luego en los hechos, actúan como avezados sabuesos tras el dinero, provenga de la administración pública mediante subvenciones o provenga de algún negociete que marche con cierta soltura.

Hay una zona del pueblo, justo en una de sus salidas, que desde hace tiempo es motivo de disputa. Se llama *El abrevadero*. Un buen día alguien decidió construirse una casa en un terreno de su propiedad que, en principio, sólo podía destinarse a uso agrícola. Aquí nadie puede construir donde le dé la gana lo que le dé la gana. El territorio está dividido en diversas clasificaciones según el uso al que esté destinado. Por ello en zona rústica no se puede edificar o se puede hacer bajo ciertas condiciones. Quien decide el destino de los terrenos es el ayuntamiento, con lo que el poder sobre ese tipo de decisiones es muy cotizado. Siempre hay promotoras inmobiliarias que intentan comprar tierras a muy bajo precio, recalificarlas y construir viviendas que luego venderán a precios exorbitantes. Sobornar concejales, provocar cambios de gobierno mediante pases de sillones de un partido a otro gracias a las aportaciones económicas de empresarios y toda la variedad que puedas imaginar de corruptelas es algo a la orden del día. En cualquier circunstancia, el control del ayuntamiento es vital para esta variedad fraudulenta de movi-

miento económico que por estas tierras tiene una enorme vitalidad. Aunque para decirte la verdad, este problema no es propio de Andalucía en exclusiva, sino que se presenta en toda España.

Como podrás prever a tenor del conocimiento que vas adquiriendo sobre esta gente, las especificaciones legales en realidad apenas suponen obstáculo para hacer su voluntad. Si se desea construir casas hay que disponer de suelo calificado para viviendas y preparar una serie de servicios como alcantarillado, luz, recogida de residuos, etc.

Otro buen día un empresario decidió instalar en el mismo solar de *El abrevadero* lo que aquí llaman una compra, esto es un sitio donde se traen las aceitunas recogidas de los árboles, que se depura de hojas, ramas y tierra y se preparan para llevarlas a las almazaras donde se elaborará el aceite. Otro día un buen señor puso una granja de pavos. A continuación de la granja, hubo quien se hizo construir un chalet con piscina, y así una y otra vez.

Según me cuentan mis informadores, llegó un momento en que la mencionada zona era un caos urbanístico. O era tierra para industria, para agricultura y ganadería o para vivienda. Lógicamente, quienes tenían allí su casa no disfrutaban precisamente de un paisaje acogedor, ni de olores ni de ruidos agradables.

Parece ser que cuando algún vecino o empresario más prudente acudía al ayuntamiento a preguntarle al alcalde cuál sería el fin de esas tierras, el alcalde no sabía responderle. Y ante la pregunta acerca de la posibilidad de edificar una nave o una vivienda, el alcalde le decía con una sonrisa cómplice que hiciera lo que quisiera, que mientras se arreglaba o no el asunto, iba a pasar mucho tiempo.

El abrevadero es uno de los puntos de conflicto de este pueblo. Hay dos partes de la comunidad enfrentadas. Los propietarios de viviendas exigen que se derriben las construcciones

industriales y ganaderas para que aquella zona quede de uso urbano exclusivamente; los pequeños empresarios exigen que se derriben las viviendas para dejar aquella zona de uso industrial.

Me cuentan que ha habido propietarios de viviendas que han llegado a encadenarse al ayuntamiento pidiendo una solución acorde con sus deseos. El asunto, en todo caso, es peliagudo. Lo último que se ha decidido, parece ser, es crear una nueva figura legal que ignoro si tendrá base cierta en la legislación, mediante la cual esa parte del pueblo tendrá un uso industrial con tolerancia. O lo que es lo mismo, que cada cual siga haciendo lo que le venga en gana. Como es lógico, los ánimos de los propietarios están calientes. Los plenos suelen ser movidos porque unos y otros aprovechan las reuniones para exponer sus pretensiones y hacerlo no siempre de manera educada.

El pleno al que asistí tenía como un punto del orden del día la aprobación de las normas de urbanización y su envío a instancias superiores para su definitiva aceptación. Había entre los asistentes representantes de los dos colectivos que se miraban con odio.

Generalmente, hasta ahora, la inquina de los afectados suele desbordarse en mayor grado con el consistorio municipal antes que entre ellos mismos, aunque hay notables excepciones. Por eso la llegada del alcalde un poco tocado por una cierta visita previa a un bar cercano y una determinada preparación para la convocatoria a base de güisqui, provocó un murmullo entre los asistentes.

El alcalde suele animar su corazón y alegrar su alma antes de cada pleno, como es bien sabido, pero normalmente sabe mantener la dignidad del cargo. Ese día no era así. No es que viniera borracho, pero sí más alegre de la cuenta.

Tras los trámites de rigor, se trataron diversas cuestiones entre las que se encontraban las que más arriba te mencioné sobre la política religiosa del lugar. Finalmente, se entró en el

meollo de la reunión: el destino definitivo de *El abrevadero*. El alcalde, entonces, esbozó el inicio de un pequeño discurso acerca de la concordia en el pueblo, de los beneficios del acuerdo y, desgraciadamente, no se le ocurrió mejor idea que aludir a una de las hijas del portavoz de la oposición (que aquí es socialista, ya que la derecha apenas cuenta), un personajillo sin oficio ni beneficio, dedicado sólo a la política, excesivamente metijoso y susceptible que suele pontificar a cada ocasión que se le presenta representando una comedia, dado que comunistas y socialistas están siempre a partir un piñón en esta comunidad y en el resto de España. En el caso de Almenar del Monte, la inquina entre uno y otro partido no es necesario escenificarla en exceso, ya que en la política municipal, como sabes, predominan las preferencias y aversiones personales sobre las siglas de los partidos.

El alcalde nombró con palabras apelonadas, en tono impostadamente condescendiente y moderado, a la hija menor del mencionado edil para hacerle reflexionar sobre lo importante que sería para su desarrollo psíquico y físico, como miembro del colectivo infantil del pueblo, el contar con una fuente de ingresos para las arcas del ayuntamiento tan abundante como sería un polígono industrial en *El abrevadero*.

Allí estalló la guerra. El concejal aludido gritó que no consentiría que nadie y menos un rijoso como el alcalde, manchara el nombre de su hija mencionándola. La razón de este enfado está en un hecho que se comenta por el pueblo. La niña del concejal es tan bruta como su padre y está dotada de tan escasos encantos físicos y capacidades intelectuales como su progenitor.

Los concejales de ambos partidos se enfrascaron en una discusión a gritos durante la cual unos insultaban a otros con el grito de guerra que en estos casos emplean las gentes de esa adscripción política, esto es, fascistas, que en versión hipocorística y cariñosa se suele abreviar por esta tierra con la forma *facha*.

El asunto terminó de complicarse cuando se integraron a la contienda los asistentes. Los industriales apoyando a los comunistas y los propietarios de viviendas a los socialistas. Los policías municipales que supuestamente debían mantener el orden esperaban con evidente pánico, dada su inveterada indigencia resolutive, una orden del alcalde, quien en esos momentos no sabía si sumarse al coro de insultos de sus correligionarios, pedirle perdón al ofendido o salir corriendo.

Te soy sincero. Cuando el asunto empezó a derivar por un sendero que me pareció peligroso para mi integridad, tomé la decisión de irme de allí, no fuera que entre unos y otros la emprendieran con un pobre inglés que estaba simplemente de paso.

Me enteré posteriormente de que el ofendido había puesto una denuncia al alcalde; de que se celebró una vista ante un juez durante la cual el alcalde pidió disculpas al concejal agraviado y éste, lejos de aceptarlas, pareció sentarle mal aquella solución e intentó provocar a su adversario delante del juez. Afortunadamente, éste abortó la discusión y consiguió con sus palabras convencer al concejal, quien acabó aceptando las excusas del alcalde a regañadientes.

El abrevadero sigue ahí, tan caótico como siempre. Pero lo que más me llama la atención es que hay dos parcelas en las que se están empezando a levantar dos viviendas, cuyos propietarios van por el pueblo criticando al alcalde por no recalificar como urbana la zona.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 29

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Una de las prioridades de la nueva clase política que desembarcó en Andalucía cuando se erigió el entramado burocrático de la autonomía fue la creación de un sistema de radiodifusión. Como es habitual en todos los lugares del mundo, los medios de comunicación llamados públicos son en realidad un medio de propaganda del gobierno de turno. Las continuas soflamas en pro de la independencia y pluralidad con que llenan sus bocas todos los directores de medios estatales en cualquier rincón del globo son mera retórica que pocos creen.

De ese modo, se creó la RTVA, la radiotelevisión de Andalucía, con el nombre de guerra de “Canal Sur”. Y desde el más humilde de sus trabajadores hasta el directivo de mayor responsabilidad de dicha empresa está bajo la férula, el control y la exigencia de fidelidad del gobierno socialista que posee el poder desde los comienzos de la burocracia autonómica.

Como siempre, por curiosidad, me he estado asomando a las pantallas de la televisión autonómica. Te confieso que ha sido una de las actividades que más ha requerido de mi esfuerzo y de la clara conciencia de esta especie de obligación que parece he ido contrayendo contigo y conmigo mismo respecto a la redacción de estas cartas. Te puedo asegurar que si mi equili-

brio mental ha quedado incólume es debido a mi sólida formación y a mis firmes convicciones personales. De lo contrario, probablemente me hubieras tenido que visitar en algún centro psiquiátrico.

La radio la dejo de lado, ya que lo fundamental en este medio de propanda es la televisión.

Una reciente encuesta realizada por un periódico de tirada nacional acerca del público que veía las diferentes televisiones del país, daba como la audiencia más amplia de este medio a las capas de nivel cultural más bajo, las amas de casa, la población de zonas de la Andalucía más profunda (como Almenar del Monte) y las personas mayores. Como puedes comprobar, no se trata de los sectores más creativos y dinámicos de la sociedad.

Lo fundamental del dato es que esos sectores conforman la mayoría de las personas con derecho a voto en las elecciones. De este modo la labor propagandística de la televisión surte un efecto fenomenal y asegura, elecciones tras elecciones, una mayoría absoluta, cuando no suficiente, para que los socialistas, que se apoderaron de la autonomía desde el primer momento, atesoren todos los resortes del poder y de la sociedad en su conjunto.

Las escenas que podrás ver en Canal Sur son de sonrojo. Oficialmente, los jerarcas del régimen van difundiendo por doquier un conjunto de lemas en los que continuamente se incide sobre términos tales como progreso, moderno, imparable, industria, comercio, prosperidad, etc. Los reclamos publicitarios de la burocracia autonómica muestran sin cesar hermosas muchachas de lozanía impecable, ancianos con todos sus dientes bien puestos, ensortijados pelos canos, tersa piel en sus cutis y aderezo indumentario más propio de jubilados americanos en una playa de Florida; profesionales con relucientes cascos de obra, mientras en sus manos portan rollos de planos; autovías impolutas donde no se percibe ni una mala anfractuosidad del

firme: hospitales de hiriente blancura sanitaria, con personal sonriente y feliz de ejercer su labor bajo la protección de tan bondadosos y eficientes jefes. Añádeles a estas delicias unas escuelas llenas de ordenadores con maestros jóvenes en cuya mirada se percibe una vocación infinita a prueba de padres con aficiones boxísticas, hijos más pendientes de cómo acabar con semejante opresor de su libertad y espontaneidad o de inspectores de educación dedicados en plenitud de facultades a que nada de la realidad de los centros trascienda fuera de sus muros y alambradas. Súmales agricultores a bordo de tractores del último modelo en medio de feraces campos llenos de toda clase de productos, todo en medio de mucha, mucha agua y así de forma interminable hasta configurar en conjunto una Andalucía inexistente. De tanto repetirlo, las gentes acaban por creer que la realidad emanada de las pantallas es la realidad cierta que viven en las calles día a día.

En los informativos de Canal Sur raramente verás una crítica al partido gobernante ni una noticia que le perjudique. Cuando no queda más remedio que hacerla, recurren a mil y un subterfugios para que sea lo más leve posible. En cuanto a los partidos, a los intelectuales, a las organizaciones sociales y, en general, a aquella parte de Andalucía que no acepta pasar por las horcas caudinas que el partido dominante decide, y actúa de manera ajena o crítica con el poder autonómico, apenas la verás representada. Si aparece, será más o menos sutilmente desautorizada, cuando no sacada a relucir sólo en aquellas circunstancias en que se vea envuelta en situaciones negativas. El partido cuenta en esta labor con la ayuda inestimable de los dos sindicatos mayoritarios de la empresa cuyas políticas de defensa de los trabajadores se subordinan a las prioridades del régimen.

Con el sustrato de audiencia que posee esta televisión, puedes hacerte una idea de por dónde van las líneas de la programación. Hace poco, el programa más visto era dirigido por un

presentador que reunía a un grupo de ancianos con la finalidad de buscarles pareja a través de la pantalla. En esto de los ancianos, Canal Sur es especialmente cuidadoso, dado el número de votantes potenciales que supone. Cuando aparece público en los programas, indefectiblemente, la mayoría está representada por ancianos y mucho más mujeres que hombres. Supongo que los estrategas del partido han llegado a la conclusión de que es fundamental dorarles la píldora a la abuela o la madre ya mayor. Las culturas mediterráneas son muy machistas, pero veneran la maternidad. El prestigio del que están rodeadas y el amor de sus familias harán que el clan las tome como referencia cuando proclamen lo bueno que es el presidente de turno y sigan sus pasos cuando destinen sus votos a la lista que la matriarca haya declarado.

Junto a los ancianos, los niños, especialmente los que dan muestras de dotes folclóricas andaluzas, son con frecuencia los protagonistas de las pantallas. Así, podrás ver, fundamentalmente, a pequeñas convertidas en adultas prematuramente y ataviadas con trajes típicos cantando coplas mientras imitan a las grandes figuras del arte español. Entre gorgorito y gorgorito de la figura del cante, las cámaras enfocan a padres y familiares con las lágrimas a punto de salir de sus ojos, aplaudiendo a rabiar y transidos de un arrebató místico. Unas semanas atrás, un coche armado de megáfono estuvo torturando mis oídos (no los oídos de los almenareños, que como sabes están inmunizados) con el anuncio de que una tal María Dolores, natural de un pueblo cercano, iba a intervenir en uno de esos programas. El promotor pretendía que la gente viera el programa y participara en no sé qué votación para que ganara no sé qué concurso.

En otra ocasión dieron gran publicidad a otro programa que los directivos del canal adivinaban como un gran éxito. El esquema consistía, esencialmente, en que ciertos naturales de esta región se desplazaran a costa del contribuyente, que es quien

financia el engendro, a grandes capitales de Europa. El prototipo de andaluz elegido para el espacio respondía a unos requisitos ineludibles, que puedes sospechar con temor. Enviar a Londres a un abogado o a un profesor no encajaba en las pretensiones de los creativos. Se trataba de que el andaluz expresase sin cortapisas sus impresiones sobre la ciudad en la que lo soltaban del mismo modo que se suelta a un cigarrón en un corro de niños. El perfil requería que cuanto más cerrado e inculto fuera el andaluz de turno, mucho mejor. Las pretensiones de quienes imaginaron el asunto eran que el protagonista comparara lo que veía con aquello que correspondía a su entorno natural. De este modo, se dedicaban a decir que todo era muy bonito, pero que como el gazpacho que se preparaba en casa, no había nada; o bien que las calles eran muy derechas pero como los callejones de su aldea, no había nada; o que la gente era muy seria, iba muy deprisa, pero que en su pueblo, todo el mundo te saludaba y preguntaba por tu familia.

Era digno de ver cómo una señora oronda, bajita, vestida con un bambito de flores y alpargatas chillaba horrisonamente y expelía carcajadas mientras señalaba el Obelisco de la Plaza de la Bastilla en París o el monumento a Nelson en Trafalgar Square, al tiempo que mandaba un saludo a la tía Florentina y al Sacabuches que estarían viéndola en su pueblo, para decir al final que esos monumentos eran filfa comparados con el reloj de la plaza del ayuntamiento de su pueblo, que, a pesar de llevar estropeado más de cincuenta años, era mucho más bonito. El indiscutible a la vez que sagaz criterio estético seguido por la turista era que “el reloj es muy nuestro”. Por supuesto que los extranjeros eran todos unos esaboríos y unos malajes y unos aburríos y unos pringaos que no sabían vivir.

En suma, al final la impresión que se deseaba transmitir al andaluz televidente es que París podía ser muy bonito y tener mucha fama, pero que como Villanueva del Porrón, no había

nada en el mundo. Creo que no era más que una forma de baílarle el agua a los andaluces, que son de lo más chauvinista que hay en el globo. De paso, los disuadían de salir más allá de un kilómetro a la redonda de su entorno. De ese modo carecerán de información más allá de los informativos de Canal Sur y así pensarán que viven en el mejor de los mundos posibles y, consecuentemente, votarán de manera indefinida a sus socialistas del alma.

Esos socialistas presumen de comecuras y laicos. Muchos son anticlericales acérrimos; pero a la hora de ganar elecciones, saben muy bien que eso de la religiosidad popular es algo enraizado en el alma andaluza y que actuar contra estos ritos y costumbres es letal para su permanencia en el poder. Por ello, a pesar de que se les llena la boca atacando al papa y al clero, y ridiculizando en otros rincones del globo a todo lo que representa la Iglesia Católica (con otras religiones no se meten y del Islam están enamorados), en Andalucía en época de Semana Santa la mayor parte de la programación se dedica a los desfiles procesionales de las ciudades y pueblos de la región, adornados con comentarios empalagosos de un barroquismo estomagante por parte de reporteros con nula formación intelectual. Estas retransmisiones vienen enriquecidas con palabras llenas de una pasión almibarada en boca de cronistas, periodistas o figurones locales que a las primeras de cambio endilgan al televidente una sarta de ripios a los que denominan “poesías” llenos de floreadas metáforas en las que se mezclan sangre y lágrimas con dolores, sufrimientos, arrepentimiento y una pretendida belleza. Todo esto evoluciona aderezado con apretadas alusiones a rincones típicos del lugar o a monumentos señalados. Aparecen sin pudor curas párrocos, obispos y cardenales. Si el alcalde de la localidad es del partido, no perderá oportunidad para copar buenos minutos del programa alabando su pueblo o ciudad, ensalzando a esta o aquella hermandad, bailándole el agua a sus

conciudadanos y poniéndose en la vanguardia del fomento de las tradiciones ancestrales. El conjunto aparecerá rebozado con imágenes de fieles sumidos en un arrobó extático al paso de sus veneradas imágenes, de guardias civiles o policías de escolta, de bandas de música que cada año presentan un aspecto creciente de mala guardarropía propio de horteras con ínfulas, donde colorines chillones, uniformidad militar supuestamente antigua y una marcialidad llevada de muy mala gana por los músicos se acompasa con la marcha de las imágenes devocionales.

La romería del Rocío copa la programación cuando llega su momento, igual que los toros y, por supuesto, el fútbol. Teniendo en cuenta la audiencia de Canal Sur y sus objetivos, es normal ver cómo despliegan toda clase de medios para informar sobre la boda de una cantante famosa, por ejemplo. Pero no se les sonroja el rostro a estos gobernantes cuando retransmiten en directo con amplias imágenes de los protagonistas y del pueblo llano asistente, la boda de un hijo de la duquesa de Alba, la mayor terrateniente de España y la representante de la más rancia y ajada aristocracia de este país. Canal Sur da al pueblo lo que el pueblo demanda.

Las telenovelas son parte importante de la programación y su estilo puedes imaginártelo. Son tan insulsas e irrelevantes como todas; pero aquí sirven para darle bombo al régimen. Con motivo del referendo acerca de un nuevo estatuto político para la comunidad autónoma, las autoridades de control electoral hubieron de reprender a la dirección del canal porque en un capítulo de la telenovela más seguida, uno de los personajes decía claramente que se tenía que ir porque iba a votar “sí” en la consulta. El partido era el que promovió el nuevo estatuto y el que, lógicamente, más esfuerzos hizo por convencer de la respuesta afirmativa. Como puedes comprobar, la sutileza en la propaganda no es precisamente una de las virtudes más extendidas de esos supuestos profesionales de los medios de comunicación.

En un determinado momento, los jerarcas decidieron colmar más aún el espacio audiovisual y crearon un segundo canal de esta televisión. La publicidad incidía en su carácter eminentemente cultural. Y es así. Pero la cultura que difunden es la más manida y tópica de la izquierda: antiglobalización, antiamericanismo, antiliberalismo, elogio del mundo islámico, antisemitismo, elogio de las dictaduras de izquierda, elogio de grupos guerrilleros siempre que sean de su facción. En suma, toda la parafernalia que pueda ser incluida en el repertorio de lugares comunes de esa ideología. De vez en cuando exhiben alguna película hecha en Andalucía; pero no muchas, ya que suelen ser pretenciosos objetos intelectualoides donde con la excusa de exponer situaciones sociales extremas, se hace propaganda del entramado ideológico de los burócratas. De vez en cuando, pasan alguna de contenido humorístico donde sí he de reconocer que dan la talla.

Y todo este tinglado, por supuesto, no existe más que con la intención de fidelizar (como dicen los publicitarios) a un público que seguirá viendo la televisión en ese canal cuando lleguen las noticias y les atiborren con esa imagen celestial de una Andalucía que existe gracias a la competencia, dedicación, honradez, inteligencia, eficacia y buen hacer del partido socialista. Y en las siguientes elecciones, ya se sabe...

El otro día me enteré de que un pobre anciano había fallecido de un infarto. Estuvo a las puertas de las urgencias de un centro de salud que hay en el pueblo. No había ningún médico, ni enfermero. Nadie. En horas diferentes al horario de atención al paciente, sólo hay un doctor para este pueblo y para algunos más de los alrededores. Y un par de ambulancias que casualmente, ese día no se encontraban allí. Mientras me lo contaban, desde el televisor instalado en un bar cercano se podía oír al presidente de este gobierno ensalzar las bondades de la prosperidad andaluza gracias a su buena labor gestora. No pude evitar pensar

que los miles de millones de euros que se gastan en ese monstruo llamado Canal Sur bien podía usarlos en llenar de buenos centros de salud hasta el más recóndito rincón de esta tierra y evitar casos como el que oía relatar.

Un cordial saludo.

Hirtio

Carta 30

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Como dicen que dicen los italianos, *se non è vero, è ben trovato*. Me han contado una anécdota que se cuenta sucedió en mayo del año 1968 en la comisaría general de una importante ciudad andaluza. El comisario jefe, natural de la provincia de Santander, entró demudado una mañana en la oficina con varios periódicos bajo el brazo y con algún comunicado confidencial remitido desde el Ministerio de la Gobernación (así se llamaba en aquellos tiempos). En París acababa de estallar una especie de revolución que tenía asustado al propio De Gaulle. En el imaginario de los gobernantes españoles más reaccionarios, cualquier sacudida en el país vecino era percibido como una más que probable amenaza al buen orden español. Todavía habría algún gerifalte del régimen franquista que se imaginaría una nueva invasión de los gabachos y se vería volviendo a las andadas de la sublevación contra Napoleón en los primeros días de otro mes de mayo, en este caso del año 1808, y defendiendo aquello de “Dios, patria y rey”.

Dicen que se dice que cuando París estornuda, Europa se resfría. Esa sentencia tenía su punto de razón en otras épocas, cuando los franceses suponían algo en el entorno europeo y mundial. Hoy en día, lo dudo mucho. En 1968, podría tener

alguna relevancia. En todo caso, el comisario jefe mencionado anteriormente estaba bastante nervioso. Ante las noticias procedentes de Francia, algún mandamás del régimen había ordenado que se estuviera alerta por si a alguno de los pocos que se batían el cobre dentro de España contra la dictadura, le diera por aprovechar e intentar sacar ganancia en río revuelto.

Dicen que al verlo entrar en la comisaría aquella mañana, uno de sus más avezados subordinados, un andaluz de pura cepa, se le acercó. Estaba al tanto de lo ocurrido en la capital francesa en los términos reales de la revuelta, ya que la población en general tenía un acceso bastante restringido a la información directa de los acontecimientos. El relato de esa posible historia continúa con las declaraciones nerviosas del jefe sobre la posibilidad de desórdenes públicos.

Cuentan que aquel inspector se quedó mirando fijamente a los ojos de su superior y le espetó con una media sonrisa, en un tono de absoluta calma y con el debido respeto a la superioridad: “No se preocupe, señor Comisario, en Andalucía no va a haber ninguna revuelta al estilo de lo que está pasando con los franchutes. Aquí ya tenemos la romería del Rocío.”

Sin duda un buen policía, pues no se equivocó.

Un saludo cordial,

Hirtio

Carta 31

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Entender la actitud política del andaluz requiere entender el concepto de lo que aquí llaman “señorito”. El señorito es la versión autóctona del cacique. Se trata de alguien que gracias a su riqueza planea con prepotencia sobre el resto de la gente. Es el que posee dinero y poder suficiente como para decidir qué se debe hacer y qué no. La figura del señorito, según alguna teoría que he oído por aquí, ancla sus raíces en la Reconquista cristiana de estas tierras. Es una interpretación que merece ciertos reparos desde el punto de vista histórico, aunque es a mi juicio perfectamanete coherente,

Conforme las huestes castellanas iban avanzando hacia el sur e iban desplazando a los invasores árabes y bereberes, las tierras conquistadas eran cedidas como feudos a los caballeros del rey que éste más estimaba. La posesión de tierras, que era la única riqueza admisible en el Antiguo Régimen, se fue concentrando en unas pocas manos. Andalucía es desde entonces tierras de latifundio. Con el paso del tiempo, se creó una casta aristocrática que mandaba sobre almas y haciendas de quienes les estaban sometidos.

La evolución social de Andalucía quedó vinculada a la explotación del sector primario, con algunas excepciones, como

Sevilla en los siglos XVI y XVII y Cádiz en el siglo XVIII, beneficiadas por el comercio con el Imperio en América. Pero los beneficios de este comercio nunca redundaron en favor de esta tierra. Sevilla y Cádiz eran puertos de llegada de bienes que inmediatamente partían en otras direcciones. Este asunto es muy interesante. ¿Cómo es posible que uno de los Imperios más extensos y más ricos de la historia de la humanidad apenas sirviera para mejorar la situación económica y social de la metrópoli? Pero no hay lugar aquí para extenderme en este particular y, por otra parte, hay una enorme bibliografía de excelente calidad española y, curiosamente, británica que disecciona sabiamente la cuestión.

Hubo intentos en el siglo XIX de crear una industria en Andalucía. Fundamentalmente, se centraron en la actividad minera. Las minas de Riotinto en la provincia de Huelva y las situadas en la provincia de Jaén son algunas de las pruebas. Pero las primeras fueron explotadas por concesiones británicas y las segundas fueron yuguladas a mediados de siglo por el programa político de lo que aquí llaman Restauración. Pasó algo similar a lo ocurrido en Italia cuando el Risorgimento y su unificación. Conscientemente, se planificó una distribución de papeles en la economía de la nación. El norte se reservó para la industria y el sur para la agricultura. De este modo, fundamentalmente las dos regiones secesionistas de hoy en día, se vieron favorecidas por una política activa de promoción de su labor empresarial e industrial, en la cual destacaba un sistema de aranceles que primaba la producción catalana y vasca. Esta política es la responsable de que ambas regiones sean por tradición las más ricas y prósperas de España.

Por supuesto que hemos de pensar que detrás de ese reparto de papeles había un sustrato social que lo justificaba. La mentalidad de vascos y catalanes favorecía que a ellos se les encomendara el sector más dinámico de la economía. La situación

social andaluza, dominada por una rancia nobleza terrateniente, era propicia para que se le asignara a esta región el papel de suministradora de los bienes primarios.

Los señoritos eran, pues, ya en el siglo XIX y XX, los descendientes de esa vieja aristocracia que todavía controlaban el único medio de riqueza en esta región. La caída del Antiguo Régimen lejos de fomentar en Andalucía la aparición de una burguesía industrial, provocó la emergencia de sectores sociales no aristocráticos que se hicieron con la posesión de tierras y reprodujeron los comportamientos de ese modelo de señorío que era la nobleza de sangre.

Los terratenientes disfrutaban de casa palaciega, según las posibilidades de cada cual, en la capital, y cortijos en medio de sus tierras. En éstas se hallaban asentadas distintas poblaciones que corresponden a los actuales pueblos. La población rural vivía exclusivamente de servir en las tierras del señorito y de la actividad económica que generaba la agricultura y la ganadería. El señorito confiaba sus finanzas a un administrador, que solía ser un hijo aventajado de cualquier familia labriega. El administrador, en general, le estaba agradecido al señorito y ello lo convertía en un servidor fiel. Aunque había de todo, como es comprensible suponer...

Dentro de la población cuyo sustento dependía del señorito había grados. Los que le servían directamente gozaban de una mejor situación económica, aunque tampoco creas que esta expresión daba para muchas alegrías. La escala social iba descendiendo hasta llegar a los jornaleros. Eran gentes que trabajaban a jornal, esto es, a cambio del sueldo irrisorio que se les pagaba por un día de labor en las tierras del dueño. Pasaban grandes penurias porque su situación estaba al albur de los caprichos del señor y de la estacionalidad del trabajo rural. Si un año había malas cosechas o había un excedente de mano de obra o surgía cualquier circunstancia que impedía el trabajo habitual en los

meses habituales, el jornalero y su familia estaban condenados al hambre y a la miseria. Se cuenta que hubo momentos en los que la barra de pan costaba ocho pesetas y el jornal del trabajador era siete pesetas.

El señorito derrochaba el dinero que ganaba sin esfuerzo en caprichos. Hubo, lógicamente, terratenientes que supieron velar por sus intereses y que vivían a pie de campo controlando sus posesiones. Pero también es cierto que mostraban alegría en el derroche. La cuestión es que tal derroche tenía lugar en las capitales. Nada de la riqueza engendrada por una tierra tan fértil como la andaluza revertía en sus moradores.

La mentalidad que esta situación social de siglos ha imprimido en el alma andaluza es persistente. De una parte, el andaluz, en su inmensa mayoría descendiente de antiguos trabajadores del campo sometidos al arbitrio de un aristócrata lejano, siente escaso apego al trabajo. Sabe que el producto de su esfuerzo no es recompensado. Es más, no conviene esforzarse mucho porque para nada sirve y es mejor disimular que se trabaja antes que hacerlo efectivamente. De otro lado, su última aspiración social sigue siendo ser señorito, esto es, disponer de una cantidad casi ilimitada de dinero obtenido no gracias al esfuerzo personal, sino a cómodas y desahogadas fuentes, preferentemente una herencia o un premio de lotería. Ese dinero está destinado a ser derrochado en actividades tan poco provechosas como desopilantes palacetes, exorbitantes cortijos con inmensos terrenos, saraos, festejos y donaciones a vírgenes y cristos, para que en cualquier reunión social sea admirado y señalado con envidia.

Como ya ha sido mencionado anteriormente, es verosímil pensar que la afición desmedida de los andaluces a las fiestas tenga su origen en el contraste entre su triste realidad y su realidad soñada, a lo que hemos de añadir el clima benigno y la naturaleza bondadosa. Las fiestas son el lugar y el momento en

que uno puede dar rienda suelta a las frustraciones, olvidarse de las amarguras y disfrutar de todo aquello que el resto del año está vedado.

Resulta significativo que el género que universalmente se asocia a esta tierra, el flamenco, sea un canto de quejidos. Cualquiera persona sagaz que se aproxime a estos rincones con el acervo de los tópicos que la adornan en el exterior, puede fácilmente sentirse desorientado ante esta contradicción. Pero creo que la explicación que te he dado puede aclarar un tanto esa impresión.

Andalucía nunca tuvo revolución industrial, nunca tuvo burguesía y nunca tuvo una Ilustración que calara en sus huesos. Hubo, durante el siglo XVIII y XIX casos notables de regeneracionistas nacidos en estas tierras. Y no podemos olvidar que en Cádiz, en torno a la Constitución de 1812, se inventó la palabra “liberal” y el concepto que lo sustenta. Pero todo fue empeño baldío. Los ilustrados andaluces acabaron todos despreciados, en el exilio o asesinados en linchamientos o ejecuciones.

Tras la derrota de Napoleón gracias al duque de Wellington y a sus aliados españoles y portugueses, este país se sumió en largas décadas de enfrentamientos intestinos que acabaron por arruinar la prosperidad que había sobrevivido al siglo XVIII.

Durante la dictadura, Andalucía estuvo con Franco. Nunca hubo alzamientos, ni rebeliones, ni nada similar a lo largo de su mandato. El general supo unir el paternalismo hacia las clases medias y bajas con el apoyo sin condiciones hacia las clases altas. Aún hoy quedan restos bastante firmes de la actitud del andaluz ante esas clases altas a las que se admira. Hasta dónde llega ese fervor servil queda patente en las manifestaciones de cariño hacia un personaje apergaminado, cuyo papel en la sociedad es más que cuestionable, la duquesa de Alba. Sus méritos son una rebosante fortuna, su persistente presencia en cualquier acontecimiento folclórico andaluz y un título cuya aura aristo-

crática encandila tanto al andaluz llano que las mujeres llegan a llamarla guapa (te paso una fotografía en documento adjunto para que aprecies cómo el afán de servidumbre andaluz nubla las escasas facultades de apreciar la belleza que aún posee el natural de estas tierras). A tenor de esta devoción, sus andanzas son seguidas y jaleadas por las masas, la televisión retransmite acontecimientos en los que es protagonista (como ya te he contado). Alcaldes socialistas le dedican plazas y hasta se le concede una medalla de honor institucional por parte de un presidente al que se le cae con asco la palabra “derecha” de su boca cada vez que menciona a la oposición. Como anécdota te contaré que en el exterior del teatro donde se celebraba tan solemne acto, un grupo de sindicalistas campesinos pertenecientes a una organización radical de izquierdas muy combativa fue reprimida con dureza por la policía. Estaban criticando la concesión de la mencionada medalla.

Pero si el andaluz llano hereda esa mentalidad jornalera, la mentalidad del señorito pervive encarnada en otra tipología. Tras la muerte del Dictador, como sabes, los socialistas se adueñaron de esta región. Han llegado a elaborar un sistema de gobierno muy adecuado a estas gentes que les está dando unos resultados fabulosos. Han tenido éxito en el objetivo de controlar todos los resortes económicos y sociales de la región, de modo que si consideran que no eres una persona afecta o, por lo menos indiferente, y en todo caso, sumisa, puedes encontrarte con una pertinaz y solapada persecución para acabar en lo que los resistentes llaman “muerte civil”.

La vanguardia del auténtico progreso es el individuo libre con ideas en un medio económico libre que sea propicio para el desarrollo de las mismas y donde la seguridad jurídica sea dogma irrenunciable. Este panorama aquí es una utopía. La realidad se halla controlada por la burocracia y los intereses particulares del partido y sus cargos. Los empresarios andaluces están

más pendientes de no molestar a las autoridades y de recibir sus subvenciones que de disfrutar de una auténtica libertad de mercado y así prosperar económicamente generando, al tiempo, la prosperidad en su tierra. De este modo, en una pirueta ideológica y social, los sectores mentalmente conservadores y de derechas son una buena parte del sustento del régimen. Si a esto le unes el apoyo de los otros sectores sociales, comprenderás el poder absoluto de ese partido.

Y es que la mentalidad del señorito ha encontrado un nuevo cuerpo en el que encarnarse. Es el miembro del partido con cargo público. Ellos han recogido el esquema y lo repiten. Se caracterizan por hacer ostentación de su poder superior, por su paternalismo trincón y una despectiva soberbia hacia quienes no se les someten, así como por despilfarrar sin reparo el patrimonio que se deposita en sus manos. Se justifican diciendo que ellos no hacen más que dignificar el cargo y emplear los medios del poder para hacer progresar al pueblo. Pero su actitud corresponde a la del señorito tradicional, con el inconveniente de que el dinero empleado en el clientelismo sale de los bolsillos de los contribuyentes, no de su propia fortuna personal.

Los andaluces reaccionan ante esta realidad como lo han hecho siempre. Ellos son del que manda, sea quien sea, porque tienen tan poca fe en su esfuerzo personal que achacan el resultado de su trabajo y lo que consiguen más a la bondad del que está por encima de él, que a su propia labor.

He llegado a oír a un concejal socialista decir que al pueblo hay que enseñarlo y que por ello es preciso emplear gestos simbólicos que sean apreciables de manera meridiana. Venía al caso el comentario en una reunión donde se hablaba del encarcelamiento inesperado de una cantante famosa a raíz de un caso de corrupción en un ayuntamiento. Todos sabían que se estaba manipulando sin rubor a las instituciones del Estado. Aunque, to-

do hay que decirlo, no resulta nada extraño este comportamiento. Suelen ser muy sumisas a los cargos políticos.

Podría llamar al régimen de esta región un despotismo ilustrado, por aquello de “todo para el pueblo, pero sin el pueblo”, si no fuera porque el grueso de las filas socialistas está integrado por gentes sin formación, oficio, ni beneficio, personajillos de dudosas capacidades cuyo sustento vital es exclusivamente el partido.

La conclusión de todo este entramado es que Andalucía queda relegada a una zona alejada de las corrientes más modernas de la economía; que subsiste gracias a lo que otras partes de España y de Europa le aportan; que vive acorde con esquemas mentales ancestrales que la apartan de la prosperidad de países avanzados. En suma, que tiene la inmensa fortuna de hallarse en este continente, aunque sea en su punta occidental y meridional, ya que de hallarse en otro enclave geográfico, sería uno más de los cientos de países subdesarrollados, sumidos en la miseria y gobernados por los dictadores menos escrupulosos.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 32

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Hacía tiempo que no te hablaba de cuestiones relacionadas con la vivienda. Dejé de facilitarte datos acerca de mis pesquisas cuando mi nivel de tolerancia al respecto había llegado a su punto más bajo. Me cansé de bregar con los nativos de estos lugares y con sus ansias de estrujar los bolsillos de cualquiera que arribase a sus orillas con el aspecto de ser originario de tierras lejanas y de acarrear en alguna parte de su vestimenta una cartera llena de billetes de 500 euros.

Pero la conversación de ayer con Dave me hizo recordar viejos tiempos de ajetreo inmobiliario y no me resisto a reproducirte en mis propios términos la experiencia de nuestro pobre compatriota cuando decidió reformar la casa que se había comprado.

Dave llegó aquí con la intención de adquirir una casa pequeña, antigua, en un lugar tranquilo y de estilo típico. Era su deseo reformarla y acondicionarla a sus escuetas necesidades dentro de las características propias del entorno. Era preciso, pues, contar con un contratista de obras que se hiciera cargo de esa tarea. Mientras llevaba a cabo esas gestiones, Dave alquiló un piso, en donde se alojó hasta que pudo entrar en su nuevo hogar... dos años después de haberlo comprado.

Su indagación sobre el mercado inmobiliario te la ahorro. Como fue un pionero de la colonización turística británica, resultó menos costosa de la que yo he sufrido por mor de una amistad más fuerte de lo que pensaba, si tenemos en cuenta lo que he debido pasar por tu causa. Pero esto es un aspecto que doy por bien empleado ya que te aprecio mucho más de lo que yo creía. Mi vagar descorazonado por los entresijos del alma mercantil almenareña ha supuesto un cierto viaje interior hacia las fuentes de ese fenómeno humano que es la amistad.

Por ese motivo Dave tuvo algo más de suerte que los británicos que accedieron a estos lugares después de él. Cuando hizo su aparición aquí, no había ningún extranjero que se tostara a este sol que castiga a sus adoradores. Por no haber, no había ni moros, rumanos, polacos o sudamericanos que vinieran a trabajar en la recogida de la aceituna, como ocurre actualmente. Ya estás al tanto de que los naturales de estas tierras están “trabajando en el paro” y no tienen tiempo para dedicarse a menesteres tan rudos. Su carácter de extranjero insólito le granjeó alguna que otra simpatía furtiva y este hecho facilitó su tarea. En tiempos posteriores todos se han resabiado mucho y, como conoces, dedicarse a buscar casa para un guiri inglés es una función poco menos que misional, en la senda de aquellos asendreados frailes que en los lejanos días de la conquista americana recibían un nombramiento de misionero *in partibus infidelium* con el que marchaban a las Indias. Allí hacían méritos no sólo para tener un buen asiento de sombra con derecho a cojín y refresco en la plaza del cielo (por usar términos taurinos que te explicaré algún día), sino también para servir de merienda más o menos magra durante los festejos de celebración de alguna tribu caníbal en la selva amazónica. Y digo lo de “magra”, porque es de razón conjeturar que los frailes de camino, polvareda e indiada no solían llevar en su adusto equipaje la tradicional

barriga con la que sí cargaba el fraile de convento dominico situado, por poner un ejemplo, en alguna de las abadías belgas.

La verdadera vía dolorosa de nuestro querido Dave comenzó el día que se puso en manos de un contratista. O de lo que podríamos denominar como tal, ya que en realidad no pasaba de ser un albañil con años de experiencia en eso de remover el cemento y acarrear ladrillos. Pero se trataba de un sujeto mucho más avisado que los otros y con mayores ambiciones económicas, que no profesionales. Dave había pedido presupuestos de algunos otros y decidió darle la obra al que consideró más ajustado a su disponibilidad económica y a sus proyectos.

El mencionado profesional le aseguró que en cuestión de un mes se pondría manos a la obra. Le dijo que estaba ultimando otro trabajo y que nada más concluirlo, se dedicaría al suyo. El mes pasó. Dave aguardó una semana de cortesía (concepto exótico para los naturales de esta tierra). Lo llamó por teléfono. El sujeto se deshizo en disculpas y le aseguró que era cuestión de quince días. Pasaron los quince días y otra semana más. No hubo noticias. Dave lo llamó. El contratista se volvió a disculpar y le juró por sus hijos que en tres semanas, ni un día más ni un día menos, le metía mano al tajo.

Dave comenzaba a desesperarse. Creyendo ilusamente en las leyes del mercado, pretendió darle la obra a otro contratista. Y así lo hizo. Buscó entre los viejos presupuestos pedidos al inicio de su particular odisea los datos de otras empresillas de chapuzas similares a la del contratista de marras. Pero la color de su rostro se demudó cuando percibió en el tono, la pose, los gestos y las palabras del primer personaje al que acudió enarbolando el antiguo presupuesto. Lucía idénticas características a las del albañil en quien ya había confiado. Llegó, entonces, a la sabia conclusión de que si le daba la obra a este nuevo profesional, sería plantado a la cola de otra interminable lista de obras previas y que, por tanto, pondría el contador de su proyecto de

nuevo a cero. De este modo los dos meses largos que llevaba de ventaja con la empresilla de chapuzas ya adjudicada, se convertirían irremisiblemente en tiempo perdido.

Así que se resignó y se dedicó a llamar a su primer contratista una vez por semana para exigirle que empezara la obra, alternando amenazas apocalípticas, con ruegos sollozantes e intentos de compadreo. El objeto de sus solicitudes siempre le respondía con buenas palabras y ni siquiera cuando Dave un día le gritó más de lo que su *fair play* británico le exigía, mostró la más mínima alteración de su tono de voz, es más le dijo paternalmente que se lo tomara con tranquilidad, porque de otro modo podría sufrir un infarto, algo que no compensaba habida cuenta de lo insignificante que era el motivo de su enfado. En suma, era un personaje escurridizo como las serpientes que lo mismo le daba un insulto que una caricia.

Al cabo de casi seis meses, un buen día, el sujeto llamó a Dave y le comunicó que al día siguiente, a primera hora, estaría en la casa dispuesto a empezar. Dave se sintió en un primer momento presa de un estado de euforia indescriptible, pero inmediatamente, como persona experimentada de la vida que es, se percató de que unos nubarrones se cernían sobre su alma y de que una voz procedente de lejanos empiresos le decía: “¡Iluso! Ahora te vas a enterar de lo que es bueno.”

Y así fue. Pero te lo cuento en la siguiente carta.

Un saludo cordial,

Hirtio

Carta 33

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

La casa que había comprado Dave tenía dos plantas. La baja no medía más allá de 55 metros cuadrados y la superior no tenía más de 30. En total la superficie habitable no llegaba a los 90 metros cuadrados. La estructura de la vivienda era relativamente nueva y no precisaba de reformas. En suma, la labor del profesional se limitaría a tirar algún que otro tabique, instalar un cuarto de baño, una cocina, un salón y dos dormitorios, siempre en el interior y sin tocar cimentación, muros externos ni tejado. Una tarea que, a simple vista, parecía requerir de poco tiempo para quien estuviera acostumbrado a trabajar en este tipo de obras.

El primer día de faena se presentaron dos albañiles acompañados del contratista, quien con amplia sonrisa y arrolladora franqueza saludó a Dave y le aseguró que la obra estaría hecha en nada de tiempo. Nuestro amigo permaneció un rato atento a los primeros movimientos de los trabajadores. A la media hora, luego de dar las instrucciones pertinentes, el jefe se marchó arguyendo que tenía otra obra que supervisar. Los dos empleados, uno de claro origen magrebí y el otro sudamericano, se pusieron manos a la obra inmediatamente. Por el aspecto de am-

bos y su manera de moverse entre el material que habían traído consigo para empezar la obra, Dave pensó que quizá podría iniciarse el fin del calvario que había sufrido a causa de los retrasos. Reconfortado con estas reflexiones, se marchó con la intención de pasarse a diario, al final de la jornada, para controlar cómo avanzaba el trabajo.

Al día siguiente, no sabía si por una desconfianza súbita que le había entrado, o por la ilusión que le provocaba asistir a la génesis de su futuro nuevo hogar, se presentó a eso de la una del mediodía en el lugar de los hechos. Su sorpresa fue grande al observar que no había nadie, que la puerta estaba cerrada y que no se percibía el menor indicio de movimiento. Preguntó a un vecino si había visto llegar a los albañiles. Le respondió que nadie había hecho acto de presencia en toda la mañana. Bastante enfadado, llamó por teléfono al contratista. Hubo de insistir durante toda la tarde, porque no atendía a su llamada. Finalmente, ya de noche, Dave pudo oír su odiosa voz al otro lado del auricular. Se disculpó diciendo que le había surgido una emergencia en otra obra, que sin falta al día siguiente reanudarían la tarea y que no se enfadase tanto porque su salud podría resentirse.

Fueron dos semanas las que tardaron los dos albañiles en regresar a la casa de Dave. Las continuas llamadas de nada sirvieron. Derrotado, nuestro amigo decidió recurrir al sistema de la gota malaya y estar continuamente colgado de su teléfono acosando al supuesto profesional.

La obra duró más de un año. Cuando no era porque llegaba el período de vacaciones, era porque alguna fiesta se cruzaba en el camino de los planes de Dave. En otras ocasiones, había que esperar la llegada de baldosas; en otras, se estropeaba alguno de los viejos y renqueantes cachivaches que los pobres empleados usaban como material de trabajo. Cada vez que surgía una incidencia de este tipo, Dave se echaba a temblar, porque

cualquier interrupción en la marcha normal del trabajo suponía un corte prolongado, mucho más largo de lo que en principio era esperable a tenor de la causa de la suspensión. Y es que esas incidencias le servían al propietario de la empresilla para enviar a sus subordinados a alguna otra de sus obras, donde, a su vez, era necesario esperar algún problema para poder rescatar a los trabajadores y encajarlos de nuevo en la obra de Dave.

El cuarto de baño hubo que rehacerlo dos veces porque surgió un desacuerdo entre el fontanero y los albañiles, de modo que la toma para el grifo del lavabo estaba a la altura de un supuesto bidé con el que Dave no contaba en sus proyectos. La superficie que debía albergar un plato de ducha daba para que se asease una persona con vocación y ademanes de momia egipcia, ya que hubiera sido preciso ducharse de lado sin poder estirar los brazos en ninguna dirección. Todo esto sin decir que el ventanuco cuya función consistía en ventilar el mencionado cuarto de baño estaba a una altura lindante con la planta superior, lo que hubiera impedido abrirlo al más alto entre los más altos jugadores de baloncesto de la NBA.

La cocina fue rehecha otras dos veces y aún así, nunca llegaron a coincidir los enchufes para el horno y las fuentes de calor en el lugar en que éstos estaban planeados, y el frigorífico quedó encajonado en un espacio tan ínfimo que requirió malabares para extraerlo de su cubículo cuando fue necesario repararlo. El experto instalador de cocinas, quien recibiera a Dave con amplia sonrisa y firme apretón de manos, colocó las puertas al revés y luego tardó tres semanas en convencerlo de que acudiera a arreglar el desaguisado. El electricista dejó sin luz al barrio entero cuando casi revienta el poste de la luz que había estado manipulando desde hacía días. Esto ocurría justamente a los dos segundos de despedirse de Dave asegurándole con cara satisfecha que su trabajo estaba terminado y que había quedado fetén.

De vez en cuando, al aparecer por la tarde en el escenario de las fechorías, podía observar aterrado cómo los profesionales habían tomado la iniciativa y habían erigido pequeñas supuestas obras de arte arquitectónicas que él nunca ordenara. Lo más llamativo fue una cupulita de lejanas reminiscencias chinas que el contratista se empeñó en levantar sobre un dintel que daba acceso al patio posterior de la casa. Trabajo le costó a Dave convencer al hombre de que aquello no le gustaba. Para el experto era un toque de distinción que lo haría ganar puntos delante de sus amistades británicas. Consiguió que derribaran el espanto, pero tras una ardua batalla argumental. Parece ser que aquí la construcción o reforma de una vivienda es una tarea más de prestigio social que de confort personal; por ello tanto los dueños como quienes la reforman están hechos a la idea de que es preciso adornarla de todo aquello que demuestre el poder adquisitivo y el gusto estético del propietario. Son imprescindibles, pues, materiales caros y exóticos, originales elaboraciones arquitectónicas (aunque siempre se procura que no rompa demasiado la estética del entorno), inusuales creaciones en las diferentes labores que entran en juego dentro de la reforma y, en suma, todo aquello que deje claro a los vecinos el poderío crematístico del promotor. En este contexto, la total sencillez que exigía Dave les parecía una excentricidad, cuando no una chifladura, a los distintos profesionales.

Era frecuente que los diferentes especialistas se pusiesen mutuamente a caer de un burro unos a otros, siempre en ausencia de los agraviados, echándose en cara una supuesta falta de profesionalidad. El fontanero acusaba de mil y una chapuzas a los albañiles; el carpintero, al fontanero y a los albañiles; los albañiles, al fontanero, al carpintero y al electricista; el electricista, al carpintero, etc. etc. etc. Al final, el propio Dave debía servir de intermediario y orientar a los distintos personajes, él que lo ignoraba casi todo del noble arte del ladrillo.

Y todo lo que te cuento debe ser aliñado con las notables dificultades que Dave tenía en su dominio del español, agravadas por el hecho de que la variedad dialectal andaluza de Almería desfigura tanto las formas del idioma normativo que es preciso reemprender el aprendizaje una vez desembarcado el interés en Andalucía.

En fin, podría seguir hasta llenar un libro de cientos de páginas. Dave, cuando ya estaba acercándose al año y medio de dedicación a esta ciclópea tarea, se vio obligado a ir al médico y pedirle que le recetara algún ansiolítico, porque pasaba las noches en vela, pensando en mil y un métodos para arrear a los profesionales sin tener que llegar a las manos o al juzgado. Esta última instancia era totalmente indeseable por añadir mayores consecuencias perjudiciales para su salud. La justicia en este país tarda la intemerata en resolver un caso y la sentencia queda al albur de la conciencia del juez de turno, la cual no siempre se muestra apegada a lo razonable.

Cuando conseguía conciliar el sueño, Dave soñaba con ladrillos, cemento, solerías, niveles y andamios. Soñaba con un albañil renegrido ataviado de turbante y chilaba que lo perseguía esgrimiendo un alfanje en forma de palaustre mientras era acompañado por un cholo de multicolor indumentaria quien, entonando melodías andinas con una quena sacada de una tibia humana, azuzaba al moro a ganar el paraíso acabando con un imperialista de piel blanca y dudosa religión. En otras ocasiones, se veía aplastado por la inmensa barriga que lucía con orgullo el contratista. El pobre de Dave la veía caer sobre su cabeza cubierta por una tupida mata de pelambre negra y rizada, engrasada por una apestosa capa de sudor asentado a lo largo de siglos, mientras el sujeto le sonreía y le decía que se tomase un valium para calmarse, porque si no, le daría un infarto y entonces sí que nunca llegaría a disfrutar de su ansiado hogar.

Concluido el suplicio, llegó el momento de pagar. Pero de nuevo esto, que para cualquier persona un poco curtida en los intrínquilis del intercambio económico, es lo fundamental, aquí se convierte en un calvario. De entrada, cuando te terminan una obra o te hacen un servicio, el profesional no te extiende una factura; antes bien, te emplaza *ad kalendas gracas* para cobrar. Como es habitual sólo adaptándose al proceder normal de estas gentes puede uno sobrevivir con integridad psíquica. Dave, sin embargo, hubo de sufrir en su equilibrio mental y crematístico, ya que acostumbrado a modos más serios de actuar, tenía previsto abonar el importe de cada una de las obras en el momento en que le fuera extendida la correspondiente factura. Pero le fue imposible.

Primeramente, presa de un sentimiento de culpabilidad propio de personas educadas en las formas de cortesía comercial, se sentía mal cada vez que se cruzaba con alguno de los profesionales que habían trabajado para él sabiendo que les debía mucho dinero. Ante su asombro, los interesados apenas se inmutaban. El siguiente paso fue recordarles que tenía cuentas pendientes con ellos, algo que era respondido con un gesto de despreocupación y un asegurarle que ya llegaría el momento de pagar. Así, poco a poco, fue cayendo una lluvia de facturas a lo largo de muchos meses, con un doble perjuicio. Las gentes honradas son buenas pagadoras y, al tiempo, buenas administradoras. Les gusta saber en todo momento con qué dinero cuentan y con qué dinero no cuentan. Tener retenida una suma importante sin poder emplearla porque no se sabe con seguridad hasta dónde ascenderá el importe de las deudas es un claro perjuicio para el cliente. Pero en estos sitios surge otro inconveniente. El avisado profesional, cuando finalmente hace cuentas y extiende la factura, aplica los precios del momento en que se realiza la operación burocrática, no los precios vigentes en el momento de realizar el servicio. Con lo cual se aprovecha de un

fenómeno que es casi inevitable en toda evolución económica de un colectivo, la inflación. Ellos realizaron unos trabajos que requirieron una inversión previa y que fueron presupuestados por un determinado importe a tenor de los precios que regían en ese preciso instante. Luego, por esos trabajos cobraron los materiales y la mano de obra al precio vigente en el momento de la factura que, a todas luces, es superior al del momento de la obra. No te exagero si te digo que a veces puede pasar medio año entre la finalización de la labor y su cobro.

Todos los profesionales se empeñaron en cobrarle con dinero contante y sonante. Sólo el contratista le facilitó una factura en forma, pero por el importe de la mitad del montante total. Es uno de los muchos sistemas que por aquí se estilan para evadir dinero al fisco, al tiempo que justificar una cierta cantidad de IVA y así no ser molestado por una inspección de Hacienda que, dicho sea de paso, sólo acostumbra a molestar a aquellos que honradamente son tan estúpidos que declaran lo que realmente ganan. Así que hubieras podido contemplar a nuestro compatriota, cuando ya se acercaba el final de su vía crucis, acarreando abultados sobres llenos de billetes de cinco, diez y veinte euros camino de los locales donde los mencionados reyes de la chapuza asentaban sus reales.

Termino diciéndote que la suma desembolsada por Dave superaba bastante lo presupuestado y le pareció un auténtico robo a mano armada teniendo en cuenta la calidad de los servicios prestados.

Mañana sigo con esta peripecia. Contarte estos sucesos me están provocando la misma ansiedad que le provocaron a Dave en su momento.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 34

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Con motivo de estas andanzas dentro del ajetreteado mundillo de las profesiones especializadas en el Mediodía español, Dave pudo constatar en primera línea la sagacidad de la burocracia andaluza. Concienciado del respeto al medio ambiente, decidió instalar un sistema de energía solar térmica y así ahorrar en el agua caliente sanitaria. Tras el conocido y angustioso protocolo de pedir presupuestos y elegir el firmado por el profesional que a su buen entender parecía más experto y honrado (en esto también se equivocó, por supuesto), tuvo lugar un nuevo capítulo del ya conocido *way of working* de estas gentes.

El instalador autorizado cobra una subvención de la Junta de Andalucía por su trabajo. Como los gerifaltes que hacen reposar las partes más nobles de su anatomía en los despachos junteros no suelen destacar por su preparación, sino por su afiliación a esa particular secta que es el partido, han establecido un sistema de subvenciones totalmente abracadabrante.

Resulta que el instalador cobra la subvención por sustituir un equipo de energía no renovable (a gas o eléctrico) por uno de energía solar térmica. Para ello es preciso que el hogar donde vaya a ponerse la energía solar ya tenga un viejo sistema que debe ser sustituido. Por supuesto que a Dave nadie le dijo nada.

El pequeño empresario que le iba a facilitar su energía limpia y renovable dio por sentado que el comprador estaba al tanto de todos los extremos del asunto o bien, lo que es más creíble, tenía prisa para irse a tomar una cervecita en el bar de la esquina y comentar con los amigos los resultados de la última jornada de la liga futbolera. Puestas así las cosas, un buen día el pequeño empresario le preguntó dónde estaba el termo de gas original. Dave le dijo que no había, que la casa la había comprado sin sistema de agua caliente. El pequeño empresario quedó pasmado y casi lo bronca por no haber previsto este particular. Dave le respondió que nada sabía. El otro le insistió en que le había advertido de que debía tener un termo de gas porque era el equipo que había declarado en su solicitud de subvención a los burócratas. Dave le volvió a asegurar que no le había dicho nada. En un tono de perdonavidas y como absolviéndolo de su pecado mortal gracias a su tolerancia con los clientes, siempre desnortados y entontecidos, el pequeño empresario le dijo que hiciera instalar un termo de gas, pero sólo con aquella parte del montaje que se viera. De este modo, el inspector podría comprobar la existencia de ese viejo equipo y dar el visto bueno para cursar el pago de la subvención.

Ahí fue la de Troya. Dave comenzó a gritarle que se negaba a decirle a los albañiles que tiraran ahora una parte de la pared de la cocina para poner un aparato que no servía para nada. Pero más pálida quedó la cara de nuestro pobre sufridor cuando el pequeño empresario le aseguró que no debía preocuparse de mucho, que no debía ser un montaje demasiado convincente ése del termo de gas simulado, porque el supuesto inspector casi nunca aparecía y si, por algún extraño milagro, hiciese su aparición, sería cuestión de dos segundos y una ojeada rápida.

Dave, por supuesto, se negó y el pequeño empresario no volvió a sacar el tema. El asunto de la energía solar no quedó ahí. El dueño de la empresa de energía solar lo emplazó a que

lo avisara cuando los albañiles hubieran terminado. Así lo hizo. En ese momento, sin saberse exactamente cómo, el experto en energías renovables le hizo alusión a algo así como que sus chicos debían subirse a un andamio para montar toda su parafernalia. El caso es que los albañiles, al haber concluido, habían desmontado todo el andamiaje. Nuevo enfado, nueva bronca, nueva llamada a los albañiles pidiéndoles el favor de que volvieran a instalar los andamios... Tampoco pudo disfrutar del agua caliente con normalidad, ya que una vez terminada la faena de los muchachos solares, al no salir agua del grifo, Dave se enteró de que hubiera sido preciso instalar primeramente un motor que hiciera ascender el agua al depósito situado en el tejado. Nuevas gestiones de súplicas, esta vez ante el fontanero. Tras las sufridas y aterradoras andanzas habituales, el motor estuvo en su sitio y todo parecía indicar que la tortura de la energía solar había concluido.

Coincidió que durante los dos primeros días en que Dave estuvo viviendo en su recién estrenada casa, hubo sol. El agua salía caliente de los grifos y Dave se sentía orgulloso de su contribución a la lucha contra el cambio climático. Pero, como es habitual en invierno, época en la que Dave se trasladó a su nuevo hogar, a los dos días de sol le sucedieron unos cuantos de nubes y lluvia. La jornada que siguió al primer día nublado, el agua comenzó a salir tibia, para finalmente, salir totalmente fría.

Dave llamó al pequeño empresario para preguntar qué pasaba. El sujeto, siempre en su tono de suficiencia y superioridad, le comunicó que eso era normal. Cuando no hay sol, no hay agua caliente, a menos de que se conecte la resistencia que hay en el interior del depósito. Era para Dave la primera noticia. Cualquiera que haya tenido que ver con sistemas de energía solar térmica sabe que no es otra cosa que un enorme depósito con una resistencia que calienta el agua tomando la energía eléctrica de la red cuando no hay sol. Esto no lo sabía nuestro sufridor

ni tenía por qué saberlo. Hubiera sido función del vendedor hacérselo saber; pero como es habitual en este tipo de personajes que tanto proliferan y pululan por Andalucía, la información se facilita a cuentagotas. Hay que extraérselas a los reponsables con sacacorchos, a fuerza de tropezar una y otra vez con problemas que van surgiendo y que cuando se presentan provocan en quien debiera haber dado una completa información un gesto de “a mí que me registren”, para decir seguidamente que no pasa nada y que con su acendrada destreza corregirá el desaguisado.

Pero en ese mismo instante se enteró de que, si bien el depósito viene ya preparado para esa contingencia con su toma de corriente eléctrica, no podía enchufarlo a la red hasta que apareciese ese fantasmal inspector que se supone existe, pero que no tiene presencia física y carnal, sino a lo sumo ectoplasmática.

Así que Dave, a tenor de las disposiciones legales de la Junta de Andalucía, había sustituido un viejo sistema de agua caliente de gas por uno nuevo de energía solar que quedaba inutilizado cuando no había sol, por lo cual debía recurrir al primitivo sistema. Este procedimiento tendría vigencia hasta que apareciese un funcionario cuya visita es más que improbable, el cual daría fe de la existencia de ambos equipos, momento a partir del cual, la administración daría curso al pago de la subvención al vendedor y permitiría al comprador conectarse a la red eléctrica y así gozar de las ventajas del agua caliente sanitaria obtenida mediante una energía limpia. Tal cual.

Dave mandó a cierto sitio al pequeño empresario, llamó inmediatamente al electricista, le ordenó conectar el depósito a la red y se dijo que si algún día hacía aparición ese inspector de ultratumba, lo mandaría al mismo lugar al que previamente enviara al pequeño empresario, aconsejándole con amabilidad británica pero con contundentes términos en español que fuera acompañado en su viaje de cuantos más colegas suyos mejor, a los que sugería sumara toda la caterva de albañiles, fontaneros,

electricistas, carpinteros y pretendidos especialistas de toda laya y condición que con su penoso hacer empantanaban de zozobra los días, que debían ser plácidos, de un pacífico jubilado extranjero.

Con todo, a Dave se le olvidó su odisea y vive feliz ahora en este pueblo. Cuando lo cuenta se ríe y hace reír a la concurrencia, aunque a mí esa risa se me congela en la cara pensando en lo que sería de mí si me encontrara en su pellejo.

En cuanto a ti, mi querido amigo James, estás advertido.

Un cordial saludo,

Hirtio

Carta 35

De hirtiovernier@hotmail.com a jaweston55@hotmail.com.

Esta va a ser mi última carta. Me he cansado de enviarte lo que me pasaba por la mente y detallarte algunas de las experiencias que he tenido en este lugar. Me he dejado llevar, el tiempo va pasando y mi libro no está en el momento que había planeado. A partir de ahora mi tiempo va a estar dedicado a concluir con el ensayo que tengo entre manos. Espero que todo lo que te conté te haya servido para hacerte una idea de lo que es esta tierra a criterio de quien escribe estas líneas. De todos modos, te aconsejo que pases una temporada por aquí. A fin de cuentas desde tiempo inmemorial ha habido aquí gente de toda clase, raza, condición y variedad que han podido y sabido sacarle a la vida todo el jugo que posee.

Como despedida, te envío mi último relato. Cuando regrese a Gran Bretaña te llamaré para que podamos compartir nuestras experiencias acompañados de un estupendo vino de Jerez que he adquirido exclusivamente para beber en compañía tuya.

LA VENGANZA

En otros tiempos la familia de don Andrés había sido rica y poderosa. Buenas extensiones de olivos, alguna almazara, un mo-

lino, inmuebles en el pueblo habitados por inquilinos y otras fuentes diversas de dinero. La joya del patrimonio era el cine. Fue capricho del padre. Era un enamorado del séptimo arte y lo mandó edificar más para su propio placer que para el placer del pueblo. Con el cine mató dos pájaros de un tiro y supo hacer rentable una afición personal, maniobra de la que se sentía especialmente orgulloso y que no dejaba de recordar a su círculo íntimo de amistades. El reconocimiento a su ingenio era general.

Cuando murió su padre, don Andrés quedó a cargo de los bienes. Era hijo único. Mimado por su madre, estaba poco dotado para la vida, no por su físico que era de cierto atractivo para las mujeres, sino por su nulo interés en ese diario bregue con los demás que suponía sacar adelante los negocios familiares. Inevitablemente, la vieja prosperidad fue dando paso con ritmo lento, pero sostenido, a una progresiva decadencia. La madre tuvo la fortuna de no ver el desastre final; pero como lo veía venir intentó evitarlo casando a su hijo con Encarnita, la hija de Jerónimo, un astuto agricultor con un afán de renombre social tan abultado como su patrimonio. El relumbrón de matrimoniarse a su Encarnita con el hijo único de la que se suponía era la familia más rica del pueblo pudo más que su olfato comercial y no pudo apercibirse del estado real de las finanzas de su futuro yerno. La madre de don Andrés, por su lado, había pensado en esa muchacha porque conocía sus cualidades de mujer centrada en el hogar, sensata, austera e inteligente. Confiaba en que esa actitud podría poner coto a las desmayadas capacidades de su vástago, además de aportar una buena tajada de la abundante riqueza de su consuegro.

Lo único que desmerecía de las virtudes de Encarnita era su fealdad. La naturaleza no la había dotado de ese don y este hecho era causa de todo tipo de comentarios poco favorables entre sus convecinos. Había otro hecho que a la población le

importaba menos, pero que a don Andrés le resultaba particularmente enojosa. Su suegra era un personaje casi diabólico, metomentodo, controlador y, como oyera una vez en una película en referencia a alguien similar a su suegra, una auténtica castradora. Para colmo, el suegro falleció al poco de casarse y tras un breve plazo, murió también su madre.

Don Andrés vio instalarse en el antiguo caserón familiar, ya casi un pecio destartelado y sin ángel, a ese espantajo brujeril y comenzó a sufrir en carne próxima las andanzas del monstruo.

Mucho sufrió don Andrés toda su vida. Primero, su esposa y su suegra no sólo fracasaron en remontar la crisis financiera, sino que le robaron todo lo que pudieron. Don Andrés sólo disfrutaba viendo películas en blanco y negro, único aspecto en el que la genética había cumplido con su deber de transmitir la herencia paterna. Los negocios le aburrían y le salían siempre mal.

Sólo se sentía orgulloso de sí mismo una vez al año. Lo que acontecía regularmente en esa jornada especial nunca fue previsto. Surgió espontáneamente. Tan espontáneamente como son los niños, dulces criaturas del Señor. El padre de don Andrés no daba gratis ni los buenos días; pero don Andrés era distinto y una tarde se le ocurrió la idea de regalar a todos los niños del pueblo, a los que el aforo del cine podía recibir holgadamente, una sesión de películas gratis durante una mañana. La naturaleza no le había dado hijos a su matrimonio y sentía un cierto vacío en su corazón. Habló con los directores de los colegios y éstos acogieron la idea con alegría. No hay placer comparable a una mañana de trabajo en los centros escolares sin más ruido que el canto de algunos pajarillos despistados que se posan en los esquilados naranjos de los patios.

La primera mañana que tuvo lugar el acontecimiento, fueron llegando al cine las manadas de colegiales alborozados por la calle abajo. Entraban sin verse sometidos a filas ni a discipli-

nas, ya que tanto los maestros como el autor de la idea deseaban que fueran momentos de expansión.

Una vez sentadas las criaturas en medio del habitual griterío, don Andrés hizo su aparición en el palco que su padre había mandado construir en la planta superior del patio de butacas. Venía con su señora. Su suegra había fallecido meses antes, hecho que ayudó no poco a la celebración de este acto ya que se hubiera negado a su ejecución alegando mil y un problemas y, sobre todo, su argumento favorito: “¡Tú eres tonto, Andrés!”

Y aconteció algo que justificó casi toda la vida del pobre don Andrés. Todos los niños a una, sin que nadie los aleccionara y asesorados por los comentarios que sin duda corrían por el pueblo desde tiempo inmemorial, corearon la frase más dulce que nunca oyera aquel hombre: “¡Viva don Andrés y el cochino de su mujer!”.

La ceremonia se repitió imperturbable cada año hasta que murió su inventor. Tras su entierro, en cuestión de un mes, el cine fue derribado por orden de la viuda y el solar vendido a un supermercado.

Un saludo cordial,

Hirtio

EPÍLOGO NO MENOS ACLARATORIO

El verdadero autor de estas líneas prefiere mantener su identidad bajo un pseudónimo por razones que el avisado lector puede fácilmente suponer. Con todo, no puede evitar agradecerle a Vd., amable comprador, haber gastado parte de su apreciado dinero en adquirir este auténtico panfleto. Gracias a su aportación crematística y a la de otros estimados consumidores, el creador de estas líneas espera poder acumular un capitalito para asentarse en un rincón de Finlandia y exiliarse de esta bendita tierra andaluza, algo con lo que sueña desde que vio, por primera vez en su tierna infancia, un desfile procesional.

Eternamente suyo,
El autor

